

OTIUM SINE LITTERIS MORS EST ET HOMINIS VIVI SEPULTURA (las prácticas de ocio durante el Alto Imperio Romano) ¹

Maximiliano Emanuel Korstanje

INTRODUCCION

Roma ha atraído a muchos sectores del mundo occidental moderno y lo seguirá haciendo pero la mayoría de las civilizaciones que mira la cultura romana la transforma mito-poéticamente a las propias necesidades y frustraciones. En este sentido, los imperios han sido históricamente construcciones culturales y políticas arbitrarias en donde (en apariencia) confluyen diversas identidades particulares como cuerpos orgánicos. Esta clase de matriz identitaria (mismidad), la cual sólo es la percepción que los diferentes grupos tienen de sus similitudes, se contrapone con respecto a una matriz de alteridad, la cual también se constituye por medio de un grupo exógeno (Polakovic, 1978). Estas abstracciones, sin embargo, son articuladas por medio de arquetipos míticos arcaicos cuya denominación llamaremos “matrices de origen”. Estas no sólo evocan a un pasado “siempre” mejor, sino condicionan las prácticas sociales en el presente (Eliade, 1968) (Sahlins, 1988).

Los grupos humanos fijan sus solidaridades, por medio de eventos míticos los cuales adquieren una carga emotiva muy alta. En los procesos de etnogenesis diversos grupos humanos se funden (arbitrariamente) para dar nacimiento a una forma más compleja de valoración e imagen: la identidad (Bartolomé, 1997). Este proceso (a la vez) dialoga con su homólogo, la alteridad. Ambos mecanismos son reduccionistas desde el momento en que “invisibilizan” o “excluyen” de su construcción “ideal” ciertos elementos culturales de otros pueblos. Existen estudios políticos comparativos de sumo interés como el conducido por la profesora García Quevedo de Rama sobre las influencias de la Roma Republicana en los “padres fundadores” de los Estados Unidos como Jefferson o Washington, sobre todo con respecto a la tensión entre dictadura y poder republicano (García de Quevedo Rama, 2005).

Por algún motivo, existe una fuerte atracción por parte de algunos investigadores en turismo de recurrir constantemente a la historia del ocio y del tiempo libre en la antigua Roma, como elemento comparativo a la época actual. En ocasiones, tales comparaciones se han realizado sin distinción alguna del tema, varias obras comienzan haciendo una breve introducción histórica sobre la forma en que los antiguos romanos o griegos concebían al ocio. Si bien, este tipo de introducciones pueden ser (en parte) ilustrativas; por lo general carecen de profundidad, claridad o relación con el tema que se estudia.

Discusión inicial

En este contexto, Norberto Fortunato señala acertadamente que tanto griegos como romanos concebían en sus mitos, al desierto en forma ambigua. En parte, éste

¹ EL OCIO SIN LA LITERATURA ES LA MUERTE Y LA SEPULTURA DEL HOMBRE VIVO. Frase comúnmente atribuida a LUCIO ANNEO SENECA. El concepto de ocio en los antiguos tiene poco o casi nada que ver con aquel que usan los modernos. Fuera de la ocupación, el ocio representa (sobre todo en el mundo griego) la capacidad de creación y realización del espíritu. Por ese motivo, hemos elegido esta célebre frase de Séneca como título del trabajo. El filósofo, recordemos, estaba en oposición a la práctica del ocio sensual u placer de los sentidos, por llamarlo de alguna manera.

representaba una búsqueda constante del paraíso terrenal antes del pecado, mientras que por otro lado, lo consideraban un lugar vacío de humanidad sumido en las tinieblas y el caos (Fortunato, 2005:322). La espacialidad y la territorialización advertían caracteres mitológicos bien marcados, de los cuales nos ocuparemos en los siguientes apartados. Misma tradición se observarán en la mayoría de las culturas indo-europeas como las germánicas y las célticas; pero más aún dentro de la propia cultura semítica. Es por demás interesante señalar que aun cuando últimamente, algunos estudiosos han encontrado algunas similitudes lingüísticas entre las lenguas semíticas e indo-europeas con respecto a los lexemas propios de la alteridad y la identidad (Segovia, 2007), este hecho parece asemejarse más a las figuras bíblicas de tradición judeo-cristiana con arreglos a rituales expiatorios que a la propia cosmología románica o latina; en parte, descansamos y nos desplazamos para descansar movidos por arquetipos míticos adoptados por la religión cristiana y judía (Korstanje, 2009). Sin embargo, ello no autoriza aún a hablar de un movimiento turístico propiamente dicho.

En efecto, “*la existencia de un movimiento turístico en sentido moderno se constata por primera vez en tiempos del Imperio Romano*”, señalaba el británico J. A. Norval en el año 1935. (Norval, 1935). Otros exponentes como Osvaldo Getino explican que en Grecia antigua existían dos tipos de estratos sociales: los aristócratas y los esclavos. A los primeros les estaba reservado el *Scholé* o también conocido como el ocio, a los segundos su negación *a-scholé*. Análogamente a Grecia, en Roma los ciudadanos también tendrían la posibilidad de practicar el *otium* (ocio) mientras los esclavos el *negotium* (negación del ocio, negocio) (Getino, 2002). Considera Norrild que “*al hacer referencia al turismo como parte del tiempo de ocio, Getino aplica un particular enfoque marxista al análisis y establece que cuanto más grandes sean los derechos que una sociedad ejerza sobre su tiempo de trabajo, mayores serán los de su tiempo libre. Con el objeto de legitimar el ocio, el autor se remonta al homo sapiens griego quien se dedicaba al cultivo del cuerpo y de la inteligencia; y muestra cómo en esa época anterior a Cristo el trabajo era considerado un mal necesario*” (Norrild, 2005). La esclavitud era un sistema de trabajo y en cierta forma generador de prestigio; particularmente los patricios (una de los estratos mejor posicionados) consideraban que a mayor cantidad de trabajadores (esclavos) y tierras, mayor debía ser su fama y popularidad. Algunos esclavos (carentes de su libertad) poseían y vestían joyas que más de un ciudadano libre envidiaba. La comodidad y el confort de ciertos esclavos o libertos (sobre todo aquellos que eran patrimonio de la clase patricia) no coincidían con las sucesivas limitaciones que tenían los ciudadanos pertenecientes a la plebe.

Obviamente, que el resto de los estratos aspiraban a convertirse en patricios por uno u otros medios, y por ende copiaban o imitaban parte de sus prácticas. Ahora bien, esto no nos autoriza (por el momento) a señalar que la civilización romana disponía de cierta aversión hacia el trabajo. Por ejemplo, muchos legionarios –incluyendo oficiales de alta gama– una vez terminados sus servicios en los frentes (de batalla) se retiraban a sus campos para cultivar y disponer de sus cosechas. (Grimal, 2002)

De este modo (al igual que Norval), Getino da un salto conceptual enorme y presenta a las prácticas de los antiguos griegos y romanos como las formas elementales del turismo moderno. En esta línea, el autor olvida (tal vez) que el Imperio ha recibido aportes culturales de diferentes pueblos tales como celtas, egipcios, germanos, eslavos y otros (Korstanje, 2008a). Por ende, trazar una línea directa entre Roma y Occidente parece una hipótesis que requiere ciertos reparos (Grimal, 2002). Por otro lado, el investigador

Cioce Sampaio considera que la civilización griega fue un hito en la historia de la humanidad debido a su recontextualización y diseño de fenómenos estéticos y naturales expresados en la filosofía moral y espiritual (resaltando la solidaridad humana al bienestar individual). Aún con un desprecio manifiesto por los extranjeros, el autor sostiene que Grecia es al intento de unidad humana como Roma lo es al legado del Derecho (Cioce Sampaio, 2005:293). El problema que surge de esta interpretación es que (en primer lugar) hablar de Grecia es referirse a varias ligas que incluso después de la muerte de Alejandro (323 AC) estuvieron enfrentadas durante largo tiempo. Desde este punto de vista, los griegos no parecían ser tan unidos como sugiere el profesor Sampaio.

En consecuencia, el concepto de privación de derechos hacia los extranjeros sugiere una explicación más profunda y extensa. En realidad, no es que los griegos supusieran que los extranjeros (*barbaroi*) no tenían derechos por sólo serlo, sino que era “el entendimiento” aquel elemento cultural que marcaba la diferencia. Es decir, fue gracias a la influencia de la filosofía estoica, la cual ordenaba el mundo de acuerdo a la razón que quienes se pensaban “no poseedores de esa facultad”, que surgió la aristocracia greco-latina. No obstante, esto no nos autoriza a afirmar que la civilización griega consideraba en forma discriminatoria a los extranjeros. Así, existían tribus que daban indicios de la razón y otros que no. Para la época y esta forma de pensamiento cuyo máximo exponente fue Zenón de Citio, la única diferencia entre los hombres es aquella que existe entre aquel que hace uso o no de la razón (y del alma), la ciudadanía por lo tanto era abierta a todos los pueblos. En sus comienzos, las tribus de Lacio también parecían ser tribus bárbaras para las ligas griegas. No obstante, el espíritu helénico (occidental) alcanza paulatinamente un nivel de transculturación que fue influyendo en la construcción de civilidad gracias a la interacción económica y cultural entre ambas civilizaciones. (Grimal, 2002)²

En Miguel Khatchikian y su construcción sobre la historia del turismo también existen errores que deben ser analizados. Katchikian sostiene que “*en forma simultánea con la decadencia de la cultura griega se fue consolidando en el mundo antiguo la supremacía de Roma. A diferencia de los micro estados griegos, Roma estableció un verdadero imperio de hecho, aun antes de que Octavio tomara el nombre de Augusto*” (Katchikian, 2000: 34). Sin embargo, si partimos de la base de que el comienzo de la caída de Grecia debe computarse cronológicamente con la muerte de Alejandro en el 323 AC (13 de Junio), entonces el autor parece olvidar que Roma recién se perfila como un Imperio tras la tercera guerra con Cartago o Púnica -149/146 AC- (Grimal, 1985) (Grimal, 2002). Lo cierto es que para la época en que Grecia comienza a declinar como civilización, Roma todavía seguía siendo un clan de pueblos agro-pastoriles (indo-europeo). Para la era de los Escipiones, Roma va a estar más cerca de una dura y rígida moral patriarcal cuyos valores máximos eran el trabajo y el respeto por la tierra, que la ambición de un Imperio a gran escala (Robert, 1992). En lo castrense, aún se encontraban presentes las enseñanzas y la construcción ideal de Alejandro Magno según resaltan las investigaciones de Torrecarav (2003) por las cuales los romanos se identificaban como sucesores del impulsivo líder macedonio.

Por otro lado, no comprendemos bien el sentido que Katchikian quiso darle a la frase, “Roma estableció un imperio de hecho”. En este sentido, cabe mencionar que el

² Hecho que obviamente no sucedió (por varios motivos) con Cartago.

imperium era una figura teórica y no pragmática. El término *imperium* tenía características ambivalentes; por un lado su connotación hacía referencia a la organización y relación política entre dos pueblos de diferentes culturas que coexistían en paz e intercambio, mientras que por el otro, esa relación se ubicaba en un plano territorial específico y definido. En este contexto, el ocio y sus prácticas (derivadas) conformaban toda una industria que no sólo tenía como objetivo el entretenimiento del pueblo romano sino que también el mantenimiento ideológico de “la romanización”. La lucha en las arenas y la consecución de los diferentes deportes expresaban y reflejaban al superioridad romana en el manejo tecnológico de la época.

Desde nuestro punto de vista, uno de los problemas principales que la mayoría de estos trabajos no pueden resolver es el hecho de concebir ciertas prácticas occidentales como producto exclusivo derivado de la antigüedad. Si bien esto, podría explicar algunas cuestiones de base que hacen al turismo como hoy lo conocemos, esta actividad mantiene una distancia considerable con respecto a la forma de ocio que practicaban los romanos. En este sentido, concebir a las sociedades modernas como las continuadoras de Roma no sólo se convierte en una tesis falsa sino también ideológicamente sesgada (Wolf, 1993). En relación a este tema, surgieron algunas cuestiones que comenzaron a diagramar nuestra investigación tales como: ¿Cuál es la relación entre la mitología, la religión romana y el ocio?, ¿cómo eran realmente las formas de ocio en la antigua Roma?, ¿qué vínculo existía entre el ocio y la estructuración social? y ¿qué similitudes y diferencias mostraban esas formas de practicar el ocio a lo largo de las diferentes regencias?.

Obviamente, que intentar abordar esta clase de problemas (desde una perspectiva científica) requiere deshacerse de ciertos prejuicios propios del occidente moderno. En efecto, la imagen que en la actualidad se ha construido de los romanos parece no coincidir en muchos casos con el objeto histórico. Sobre todo si comparamos los textos de aquellos contemporáneos al Imperio como Cayo Suetonio o Tácito entre otros. El marco cronológico en la cual se lleva a cabo este estudio se sitúa en el Alto Imperio cuyo inicio va desde la dinastía Julio Claudia, comenzada con Octavio Augusto en el 27 AC hasta la dinastía Flavia con la muerte de Tito Flavio Domiciano en el 96 DC.

Desde esta perspectiva, si bien consideramos que la franja histórica tomada como unidad de análisis es amplia (casi 123 años sin contar a César), existen características comunes que permiten su estudio en forma estructural, aisladas de otras unidades como pueden ser las dinastías Antonina (98-180 DC), Severa (193-235 DC), el Imperio en Crisis (236-268 DC), el Imperio Galo (269-274 DC), los Ilirios (270-284 DC), la Casa de Constantino (285-363 DC), la Valentiniana (375-394) y la Casa Imperial de Teodosio cuyo fin llega con la caída de Rómulo Augusto (395-476 DC) entre otros.³

³ Metodológicamente, hemos decidido organizar el trabajo en tres secciones. La primera de ellas, hace referencia a la religión romana y su vínculo con el ocio, la segunda al ocio y la estructura jerárquica de Roma, mientras en el último apartado se hace una breve biográfica de tres emperadores parte de las dinastías Julias, Claudias y Flavias. Por sus características y perfiles, totalmente diferentes hemos escogido a Augusto con cuyo reinado comienza el Alto Imperio, César Nerón con quien no sólo cae la dinastía Claudia sino que además comienza el declive para Gibbon (otros sostendrán que el declive de Roma comienza como Cómodo y su paz con los Marcomanos). Finalmente, hemos tomado a Domiciano con quien culmina la dinastía Flavia y se abre paso la dinastía de los Antoninos. Cada uno de estos emperadores practicaron y fomentaron el ocio de diferentes formas que van desde los excesos hasta las formas más reguladas y cuidadas de prestigio. Tal vez, tan ambivalentes como sus dioses, estos regentes poseían vidas que nos parecen interesantes de abordar.

Cabe aclarar, que si bien algunos autores consideran a las dinastías Antoninas y Severías también como parte del Alto Imperio (Blázquez, 1989), a nuestro modo de ver las particularidades económicas, militares, sociales e institucionales de estas regencias difieren en cuanto a la estabilidad de los límites, el apego del culto imperial, y las tradiciones religiosas. Esta diferencia, hace que no se pueda encuadrar a los Antoninos dentro de la misma unidad que a los Flavios (Suetonio, 1985).

CAPITULO I (características principales de Roma)

Comenzamos este apartado señalando que la etno-génesis latina estaba conformada por un conjunto de otros pueblos de la región de Lacio. Diferentes tribus como pelascos, sículos, sabinos, samnios, oscos, latinos, etruscos, volscos, arcadios, peloponesos, troyanos y algunos inmigrantes helénicos fueron conformándose acorde a una identidad común. (Martínez Pinna, 2002:174). Se cree que estos grupos conformaban geográficamente una extensión de 28 kilómetros desde el río Tiber hasta el mar Tirreno. En este sentido, fue recién en el siglo VIII AC que estos asentamientos tomaron el nombre de “*Roma Quadrata*”. (Grimal, 2002:82)

La historia comienza con el asentamiento en el primer milenio AC en la península italiana de los *ligures en el norte, los etruscos en el valle Po, los italiotas en el centro y los griegos en el sur*. Algunos latinos de origen pastor y agricultor se asentaron a orillas del Tiber camino a Campania. Aproximadamente, para el siglo VIII, se forma una federación llamada de las siete colinas (*septimontium*). En el siglo siguiente, los latinos sufrirán las invasiones y conquistas de otro pueblo vecino: los etruscos. Este último, fue el encargado de modernizar Roma trazando una línea urbanística y mejorando los caminos existentes. Recién para fines del VI A.C los latinos expulsaron a los etruscos como resultado de una sublevación constituyéndose como uno de los primeros Estado-Nación de la región. Se estableció una forma de gobierno constituida por dos cónsules elegidos todos los años por los ciudadanos, un senado, y el tribuno de la plebe (con el atributo de vetar las leyes perjudiciales para los plebeyos) (Suetonio, 1985) (Grimal, 2002:84).

Se les debe a los etruscos la constitución del Foro como centro de reunión del pueblo romano. Este se estima estaba atravesado por una vía axial llamada *cardo* en dirección norte-sur y por una longitudinal o vía principal (decumanus) de este a oeste. En forma ilustrativa, Grimal nos explica que “*en este momento, la villa de Roma se constituye seguramente en una ciudad, una ciudad de tipo análogo al de las villas etruscas, asiáticas y griegas con su ágora, el Foro, y más especialmente el comitium, donde se reunía el pueblo, su acrópolis (la ciudadela capitolina) y su Bulé, su sala de Consejo, la Curia, próxima al Comicio, donde tradicionalmente se reunían los Padres ... como se ve, ya está en formación, bajo la influencia griega, la constitución de un Estado en que los elementos heredados de la tradición latina se adaptan a las exigencias de una administración menos primitiva y, sin duda, menos exclusivamente sacral*” (Grimal, 2002:87).

Por el 391 AC Roma es conquistada, saqueada e incendiada por el avance de una tribu de galos senones. Este hecho generó una rivalidad entre romanos y galos cuya máxima expresión se refleja en la muerte de Vercingétorix por orden de Julio César. Pierre Grimal advierte “*la invasión gala dejó profundas cicatrices en el suelo de la ciudad, que hoy pueden advertir los arqueólogos, y también en el espíritu de los romanos, en*

quienes se despertó un duradero sentimiento de temeroso respeto hacia los galos, del que César se aprovecharía para inmolar a Vercingétorix.” (Grimal, 2002:104)

Desde el punto de vista histórico, existen tres etapas en la vida de la antigua Roma: la etapa de la Monarquía, la República y el Imperio. La primera de estas etapas, la *Monarquía* se caracterizaba por la regencia de un Rey (Rex) elegido por un consejo de ancianos (Senatus) y su brecha cronológica va desde la fundación de Roma hasta el 509 AC, tras la caída de *Lucio Tarquino “el soberbio”*.⁴ Desde ese año hasta el siglo I AC, surge lo que los historiadores conocen como *La República*. Esta forma de organización política estaba conformada por cónsules quienes previa lucha con el antiguo senado, se instalaron en el poder expandiéndose en forma gradual y extendiendo los límites de Roma. Así en el III AC ésta enfrenta formalmente a Cartago en las célebres *guerras Púnicas*.

El historiador Pierre Grimal advierte “*sería erróneo imaginar a la Cartago del siglo III como una ciudad de comerciantes encerrada dentro de sus murallas y abierta sólo al mar. En realidad, el resto del país estaba verdaderamente colonizado y en él se encontraban prados, viñedos, campos de trigo y olivares. Cartago no sólo vivía por sí misma, sino que podía exportar el excedente de su producción agrícola. En el siglo II este cultivo intensivo, casi hortícola, de las tierras púnicas sorprenderá mucho a los romanos, que veían en la agricultura cartaginesa una rival peligrosa*” (Grimal, 2002:69). Para el siglo I, una nueva lucha entre “patricios” y “plebeyos” se hace inevitable. En resumidas cuentas, el Imperio surge (formalmente) con la victoria de Octavio (más tarde Augusto) sobre Marco Antonio. Desde ese entonces y hasta el 476 DC la estabilidad política de Roma quedará en manos de un nuevo régimen: *los emperadores*. Si bien la dinastía *Julio-Claudia* (a la cual pertenecían Julio César y su sobrino Augusto) caería en el 68 con Nerón, el Alto imperio continuará funcionando con Vespasiano, proveniente de la dinastía *Flavia*.

La expansión militar de Roma se llevó a cabo en cuatro fases, la primera de ellas se ubica en el siglo V AC, más precisamente en las luchas defensivas entre latinos y etruscos. Estiman los historiadores que en el 264 AC Roma pasó al ataque conquistando casi toda la península Itálica (incluyendo Sicilia). Sin embargo, esta expansión colonizadora llevó al enfrentamiento con una potencia militar de esa época: Cartago. Tres sangrientas guerras con Cartago, conocidas como *púnicas*, llevaron a Roma en el II AC a colonizar nuevas tierras en África, Asia Menor, Grecia. Luego en el siglo I AC se expandieron hacia las Galias (actual Francia) y Gran Bretaña en manos de Julio César; Judea, Armenia, Galitzia, y España por Pompeyo. Nació de esta manera, uno de los imperios más poderosos que la historia ha tenido conocimiento. (Suetonio, 1985)⁵

⁴ María Delia Solá (2004:268), en su libro titulado *Mitología Romana* nos explica que “*cuenta cierta leyenda que la sibila de Cumas se presentó en cierta ocasión ante el rey romano Lucio Tarquino el Soberbio como una mujer muy anciana y le ofreció nueve libros proféticos a un precio extremadamente alto. Tarquino se negó pensando en conseguirlos más baratos y entonces sibila destruyó tres de los libros. A continuación, le ofreció los seis restantes al mismo precio que al principio; Tarquino se negó de nuevo y ella destruyó otros tres. Ante el temor de que desaparecieran todos, el rey aceptó comprar los tres últimos pagando por ellos el precio que la sibila había pedido por los nueve*”. Estos libros proféticos, eran guardados en la *collegia fabrorum* hasta que fueron destruidos por el fuego en el 83 AC. Esta narración marca toda una tradición romana orientada en la interpretación del futuro como modo de comunicación entre el mundo profano y el divino. Este tema será abordado en secciones posteriores.

⁵ Tras la muerte de César el 15 de Marzo del 44 AC, Roma enfrenta una nueva guerra civil entre Octavio y Marco Antonio. Este último es derrotado en la batalla de Módena, surge de esta forma un segundo

La organización territorial se llevó a cabo por provincias, empero existían de dos tipos: las senatoriales y las imperiales. Cada gobernador, dependiendo del tipo de provincia tenía funciones especiales que iban desde la recaudación impositiva hasta el cuidado de los intereses financieros del senado en la región. Para el año 177 DC el Imperio se componía de 53 provincias entre ellas: Aegyptus, Baetica, Lusitania, Narbonensis, Aquitania, Bélgica, Britania, Germania (inferior/superior), Corsica, Dacia, Tracia, Armenia, Rhaetia, Pomphylia, Africa, Macedonia, Asia, Arabia Petraca, Dalmatia, Pannonia, Pontus, Judaea, Lycia, Alpes y Lugdundensis entre otras. Algunas provincias formaban regiones tal es el caso de Hispania, Britania, Germania y Galia todas ubicadas en la actual Europa.

En palabras de la prosa del poeta Virgilio, quien escribiera la Eneida por pedido del Emperador Augusto observamos la pomposidad con la cual los romanos construían discursivamente los hechos históricos de la guerra cartaginesa y su fundación: *“yo aquel que en otro tiempo modulé cantares al son de leve avena, y dejando luego las selvas, obligué a los vecinos campos a que obedeciesen al labrador, aunque avariento; obra garata a los agricultores. Pero ahora. Canto las terribles armas de Marte y el varón que, huyendo de las riberas de Troya por el rigor de los hados, pisó el primero la Italia y las costas Lavinias. Largo tiempo anduvo errante por tierra y por mar, arrastrando a impulso de los dioses, por el furor de la rencorosa Juno. Mucho padeció en la guerra antes que lograrse edificar la gran Ciudad y llevar sus dioses a Lacio, de donde vienen el linaje latino, y los senadores albanos, y las murallas de la soberbia Roma... hubo una ciudad antigua, Cartago, poblada por colonos Tirios, enfrente y a gran distancia de Italia y de las bocas del Tíber, opulenta y bravísima en el arte de la guerra”* (Virgilio, I, .p9).

El crecimiento de Roma como civilización fue dándose lenta y paulatinamente, cuyas consecuencias fueron notándose también en su mitología y sus costumbres morales. El profesor Jean Noel Robert nos introduce (por la segunda guerra púnica) en la paulatina incorporación de la Venus del monte Eryx, (lugar en donde se dio la exitosa ofensiva romana contra Cartago). Una forma de demostrar agradecimiento, era la veneración y el tributo a Venus. Asimismo, esta Diosa conformada en Sicilia por costumbres orientales

triumvirato formado por tres cónsules: Antonio, Lépido y Octavio a cinco años. Las provincias se reparten en forma equitativa, Sicilia y África para Octavio, Galia Cisalpina para Marco Antonio y Galia Nabonense e Hispania para Marco Emilio Lépido. Esto cambia, para el 40 AC, tras el tratado de Brindisi, cuando Lépido recibe África, Octavio Occidente y Antonio Oriente. En el 36 Lépido es quitado del triumvirato y elegido máximo sacerdote. La separación entre Octavia (hermana de Octavio) y Antonio recrudece de alguna manera la relación entre los triunviros y tras la decisión de éste último de aliarse con Cleopatra (madre de Cesarión) comienzan la primer guerra ptolemaica. La batalla de Accio, en la que nuevamente sale victorioso Octavio marca el final de la República y el comienzo imperial. Más específicamente, el 16 de Enero de 27 AC el senado proclama a Octavio Emperador de Roma bajo en nombre de Augusto. El nuevo emperador, pacífica las revueltas acaecidas en las provincias periféricas como Galia e Hispania. (Suetonio, 1985). Desde ese entonces, se suceden una larga lista de emperadores cada uno de ellos con diferentes características entre ellos: Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón César, Galba/Otón/Vitelio, Vespasiano, Tito y Domiciano. Así diferentes dinastías y gens dominaron Roma: *julio-claudia, Flavia, Antonina y Severa entre otras*. Finalmente con la muerte del emperador Domiciano en el 96 DC finaliza lo que los historiadores especializados conocen como el Alto Imperio Romano y el comienzo de la dinastía Antonina con Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio, Lucio Vero, Avidio Casio y Cómodo hasta el 180 DC. Con la muerte de éste último comienza la dinastía Severa con Pertinax, Didio Juliano, Septimio Severo, Pescenio, Clodio, Caracalla, Geta, Macrino, Diadumeniano, Héliogabalo, y Alejandro Severo cuya muerte se registra en el 235 DC.

que los antiguos romanos de la República consideraban escandalosa trajo no pocos problemas al senado. Como bien señala el autor, *“este culto siciliano, de carácter fuertemente oriental, estaba servido por esclavas de la diosa que se entregaban a la prostitución. Introducir en Roma un culto tan poco moral espantaba a las autoridades, que, sin embargo, en estos inciertos tiempos, consideraron que la victoria no tenía precio, ni siquiera el de la virtud.* (Robert, 1992:17).

De esta forma, el senado intentó por todos los medios aceptar a la Venus Erycina, la cual simbolizaba el desenfreno, el amor, la pasión y la lujuria, oponiendo una figura totalmente contraria a ésta: la Venus Verticordia, orientada a la virtud, la castidad, el amor como signo de belleza y pureza. Esta inevitable rivalidad, sostiene Robert, *“la del placer, la Venus Erycina, y la de la virtud, la Venus Verticordia, constituye una buena imagen de la evolución de las costumbres en Roma y de la lucha del placer contra la amoral”* (ibid: 17). Esto nos lleva a suponer que entonces hubo una era dentro de la historia latina, en la que ocio y placer parecen no haber sido la misma cosa. Aunque por otro lado, si bien la mayoría de los romanos (de poca instrucción) confundiera placer con ocio, existía un grupo de individuos cuya visión sobre el placer adquiere caracteres negativos: los filósofos. *“El filósofo aconseja a su discípulo que no siga estos preceptos... el pueblo no es apto para la ascesis intelectual. Lucha contra la muerte, que se presenta como na nada, quiere huir y aturdirse... únicamente la moral puede servir de pantalla para los impulsos del deseo”* (ibid: 15).

En el mundo romano, y tal cual lo refleja Séneca, existían tres esferas en la vida de un ciudadano libre: el placer, la contemplación (pensamiento) y la acción. En algún punto, para los filósofos y fiel a la razón estoica, la contemplación se antepone a las otras dos esferas. Pero a medida, que se ascendía en la jerarquía del Estado, el placer y la acción se convalidaban como poderosas herramientas de control social y político-institucional (Séneca, 2007). Tema que en ocasiones, llevaba al príncipe a enemistarse con su propio senado como en los casos de Calígula y Nerón César. De resumir las causas que llevaron a Roma a convertirse en un Imperio, podemos señalar a) los botines y riquezas obtenidas de las conquistas militares y la llegada de capitales en busca de inversiones; b) diversas alteraciones en la forma de producción agrícola.

Más específicamente, muchas tierras eran compradas por el senado o repartidas a una suma muy cómoda, generando una nueva forma de trabajo. Numerosa cantidad de esclavos eran enviados a trabajar los campos; con la excepción de que en este nuevo sistema económico los amos no residían en los latifundios sino que se habían instalado en las grandes urbes. Finalmente, los ex propietarios de las tierras, quedaban casi acorralados en un camino de difícil solución, quedarse en los campos como arrendatarios o incorporarse a las filas de los clientes en las ciudades. (Gerlomini, 2004)

Tras pacificar una zona, los romanos acostumbraban a traer a los pueblos vencidos y alojarlos en las llanuras (castros)⁶, otorgándoles tierras y brindándoles todos los beneficios posibles que implicaba la cultura romana. Sostiene acertadamente Blázquez *“los castros no son urbanizaciones de tipo romano; ni existe la presencia romana de la religión en el capitolio, ni los espectáculos de carácter religioso, típicamente romanos,*

⁶ Al respecto Blázquez (1989:162) nos cuenta *“la política romana tendió a agrupar en los castros, las poblaciones que antes de la conquista estaban diseminadas por los montes en aldeas o en muy pequeñas concentraciones de casas, de éste modo era más fácil controlarlas, tenerlas pacificadas, recaudar las contribuciones y hacer los reclutamientos”*

vinculados con la tríada capitolina, teatro, anfiteatro, y circo, todo lo cual indica bien claramente la ausencia de la cultura romana” (Blázquez, 1989:165).

Por otro lado, por medio del patronazgo, Roma ofrecía a la tribu (pacificada/dominada) un protectorado al cual llamaban *patronatus*. En ocasiones, era motivo de guerra entablar un conflicto directo con un pueblo “aliado” del Imperio, por lo menos así lo demuestran las crónicas de las guerras entre romanos y cántabros, tras los saqueos que éstos últimos incursionaron sobre los autrigones, turmódigos y vacceos (aliados a Roma). A este proceso paulatino de aculturación se lo conoce como la “romanización” (Blázquez, 1989:157). Al respecto de los cántabros, siguiendo los comentarios de Estrabón, García y Bellido afirman *“su rudeza y salvajismo no se deben sólo a sus costumbres guerreras, sino también a su alejamiento, pues los caminos marítimos y terrestres que conducen a estas tierras son largos, y esta dificultad de comunicaciones les ha hecho perder toda sociabilidad y toda humanidad. Sin embargo, hoy el mal es menor gracias a la paz y a la llegada de los rhomaíoi. Allí, donde estas dos ventajas no han penetrado, conservan su carácter más feroz y brutal”* (García y Bellido, 1945:136-137).

Sin embargo, algunos autores no están de acuerdo en usar este término por cuanto que implica criterios propios de la colonización europea en los siglos XIX, lo cual poco tuvo que ver con la colonización romana. En efecto, como advierte el autor *“a no ser que por romanización se entienda explotación de productos materiales, o de los pueblos”* (Blázquez, 1989:147) sería correcto referirse a asimilación en lugar de romanización. El problema será comprendido en breve cuando se toque el tema del *imperium*. (Rostovtzeff, 1962) (Mehesz, 1967) (Pagden, 1997). Desde el punto de vista económico, las conquistas romanas suministraron no sólo equilibrio institucional, sino que emanciparon a las clases menos favorecidas ha emigrar hacia las nuevas tierras en búsqueda de oportunidades bajo la figura legal del *ager publicus* (*propiedad colectiva*). Fundamentalmente, este hecho es simultáneo a un proceso masivo de acuñación monetaria, en el cual la moneda clásica de plata de los siglos V y IV es reemplazada para el siglo III por bronce. (Grimal, 2002:109)

En sus orígenes, los romanos comerciaban con animales hasta que instituyen su primera moneda en plata, luego para la República establecieron un rudimentario sistema con los ases (*rude/signatum*); que a su vez tomaba diversas formas de las cuales nos ocuparemos en otra ocasión, pero cabe mencionarlas: *semis* (*medio as*), *trines* (*tres partes de as*), *cuadrans* (*cuatro partes de as*), *sextans* (*sexta parte de as*), *uncian* (*doceava parte de as*). Desde el S III AC hasta el III DC, Roma se esmeró en acuñar los famosos Denarios, y los Sestersios (según las fracciones ya mencionadas). Estas ya circulaban entre las dinastías Julias y Flavias. Aproximadamente un romano medio podía ganar entre 700 y 1900 sestersios. El denario equivaldría a 10 ases, cuyo valor también se expresaban en el quinario (5 ases) y el sestercio (dos ases y medio). Parece conveniente mencionar que, las imágenes impresas en las monedas estaban relacionadas a las divinidades como Cástor y pólux; con el tiempo y el transcurrir comenzará a observarse los rostros de las autoridades políticas o económicas.

La Lex imperio era administrada en cada provincia por medio de los pretores para quienes su principal función consistía en confirmar y observar la ley romana en todas las relaciones sociales que se suscitaban dentro su jurisdicción. (Montesquieu, 2004) (Mehesz, 1967). Si bien la cantidad de pretores y sus funciones fue variando acorde a

cada emperador, existían de dos tipos bien definidos, los pretores urbanos destinados a guiar las causas y a administrar derecho en las ciudades con ciudadanos romanos, y los pretores peregrinos, cuya jurisdicción era exclusiva sobre los extranjeros o peregrinos (que visitaban la ciudad) y los conflictos que entre ellos se derivaban (Mehesz, 1967:25). Habrá que imaginarse, que los extranjeros una vez que llegaban a las grandes aglomeraciones urbanas, como Alejandría o Roma, encontraban varios obstáculos para hallar a una familia, debido a que las direcciones (como hoy las conocemos con número) no existían. Por lo general, sólo referencias poco precisas sobre el nombre de la región o su número hacían que los “peregrinos” pudieran pasar largas horas del día tratando de dar con una localización. También los monumentos y los teatros funcionaban como nodos de ubicación geográfica. En ese contexto, diversas situaciones surgían (desde los robos hasta las luchas callejeras) que debían ser reguladas por la ley (Paoli, 2007:216).

En este sentido, como claramente señala el profesor Mehesz “*el imperium otorgable a un praetor electo y sorteado, podía ser imperium militae, y si era designado para ser pretor urbano o peregrino, entonces le concedían imperium domi. El imperium militar, llamado también imperium duplex, era dado a los pretores que desempeñaron el importante papel de jefes militares o que eran gobernadores de provincias... el imperium domi a su vez se dividía en dos clases principales: imperium nerum e imperium mixtum...el imperium nerum autorizaba al pretor urbano a desempeñar funciones especiales en los tres distintos campos de la vida civil y dentro del ámbito teocrático*” (Mehesz, 1967:39). En los espectáculos públicos y en las calles de Roma, los pretores urbanos tenían el poder de desterrar a aquellos espectadores que cayeran en alguna insolencia o falta de buena costumbre hacia los actores. A este hecho se lo llamó el uso del *ab libitum*. En ocasiones presidían las fiestas Compítales y eran anfitriones en su propia casa de los festejos de *Dea Bona* (Mehesz, 1967:42)⁷.

Su lengua el latín se puede encuadrar dentro de las lenguas indo-europeas, cuyo nombre proviene de una zona en la Península Itálica, *vetus latium*. De todos modos, a medida que el imperio se fue extendiendo las elites tomaron como modelo otras lenguas como el griego (distanciándose así del latín vulgar). En efecto, para las elites romanas, los griegos simbolizaban el progreso del espíritu humano cuya máxima expresión eran sus deportes, mitología, lengua, arquitectura, artes, poesía y filosofía. (Bram, 1967) (Grimal, 2002). La cosmogonía del mundo romano (*orbis terrarum*) está legitimada por la voluntad de los dioses. El objetivo de conquistar, dominar pero a la vez pacificar y equilibrar eran una de las tensiones y contradicciones de la ideología romana como herramienta política. Los límites (limes) del imperio, no sólo marcaban el fin de la autoridad romana, sino que era comprendida como las fronteras de la civilización. El término *imperium* tenía características ambivalentes; por un lado su acepción hacía referencia a la organización y relación política entre dos pueblos de diferentes culturas que coexistían en paz e intercambio, mientras que por el otro, esa relación se ubicaba en un plano territorial específico y definido. La legitimación de la conquista romana se basaba en estos dos principios diferentes, pero que unidos conformaban un intento por

⁷ Básicamente, existe un campo de bibliografía bastante amplio en cuanto a las funciones del pretor romano. De poder hacer un resumen, podríamos sostener que sus funciones eran dos: a) garantizar dentro de la estructura de Derecho aquellas desviaciones o inequidades no contempladas por la Lex en beneficio de aquellos quienes corresponde jurisdicción; y b) suplir y mejorar las formas de Derecho o las lagunas no tenidas en cuenta (intervención extrajudicial interlitigosa)

conformar “la comunidad universal entre los hombres racionales” (Kaerst, 1929) (Grimal, 2002).

Por ese motivo, no es extraño observar que en este mundo antiguo las victorias militares significaban algo más que una mera demostración de valentía o de intereses económicos, y de hecho eran celebradas en honor a los dioses y a su póstumo objetivo: *la civilización del mundo (humanitas)*. La figura del emperador, se concentraba el *consensus universorum* que no significaba otra cosa que la regencia cultural, económica y política de Roma sobre todo el mundo conocido (romanización) (Hidalgo de la Vega, 2005) (Grimal, 2002)⁸. Acorde a lo expuesto, entre los gastos financieros (de mayor envergadura) en que incurría el Imperio se destacan el pago a los oficiales públicos y legionarios, construcciones edilicias y subsidios a los ciudadanos. Sobre estos últimos, es conveniente señalar que por lo general se llevaban a cabo en momentos previos al asenso de un nuevo emperador o con arreglo a una victoria militar extraordinaria (Chamley, 2006). En lo que respecta a sus creencias religiosas, los romanos se adhieren al sistema politeísta, ya que no creían en un dios único. No obstante, existen algunas hipótesis interesantes que señalan al fuego del hogar sagrado, y al culto de los “lares” como elementos arcaicos de la religión romana. Paulatinamente, y con las diferentes transformaciones políticas y sociales, los lazos religiosos a ese fuego sagrado se fueron debilitando. Con la imposición de las doce tablas, las luchas intestinas disminuyeron notablemente. Los plebeyos podían tomar participación indirecta en la vida política por medio de los Comicios. (Solá, 2004:13) (Coulanges, 2005)

Puntualmente, el romano antiguo rendía culto a sus antepasados quienes le esperaban y garantizaban un buen pasar en el “otro mundo”. Extinguido el fuego sagrado, la familia debía desintegrarse inexorablemente (Solá, 2004) (Coulanges, 2005). No obstante, también existían otras necesidades que debían ser satisfechas por los dioses. En este punto, los romanos, como señala Solá “*esperaban de ellos tan sólo buena cosecha y negocios prósperos, y para que se llevara a cabo cumplían rigurosamente las ceremonias religiosas aplicando la máxima do ut des (te doy para que me des)*” (Solá, 2004:6). Esta época en que al pater familias parece haber tenido una autoridad sacra casi inquebrantable, se fundamentó sobre una vida agrícola y militar de trabajo duro, y escasos momentos de ocios y placeres. La frugalidad, se enfrentaba directamente a la especulación intelectual, el derroche y la ostentación parecía algo impensado en la Roma de Catón. Sin embargo, algo y en algún momento cambio en la moral romana, sobre todo en su forma de concebir el placer mundano. Este tipo de moral estaba constituida en su mayoría por la tradición y el culto a los antepasados (Robert, 1992:22-23).

Las civilizaciones adaptan sus propias condiciones técnicas y valores a la utilidad o necesidad requeridas para su equilibrio. El contacto entre civilizaciones “más evolucionadas” con aquellas “primitivas” generan verdaderos cambios culturales recíprocos (Firth, 1961: 209). Este tipo de efectos “demostración” o procesos de aculturación tienen la función de llevar estabilidad al sistema social. Una de las formas, de poner orden en un nuevo grupo es asimilar pautas y creencias en común sus integrantes.

⁸ Hidalgo de la Vega, al respecto, sostiene “*es como una envoltura de naturaleza humanizada que produce placer a la vida de los hombres en aquellos aspectos en que antes sólo tenían dificultades y rigores*” (Hidalgo de la Vega, 2005:279)

En este sentido, podemos afirmar que tras la conquista de Grecia, los romanos identificaron su propia religión a la del pueblo conquistado. Con referencias a sus poesías y relatos míticos, tomaron gran parte de la herencia griega, exacerbando valores específicamente políticos relacionados con los atributos de un líder unipersonal; como por ejemplo el caso de Virgilio (contemporáneo de Augusto) con Eneas y su viaje de Troya a Roma. De esta conexión entre leyenda y actualidad histórica se derivan ciertos elementos que resaltan el papel del Estado con arreglo al heroísmo y la valentía. (Cristóbal, 2006) (Grimal, 2002).

Pronto las ciudades se convierten en un peligro “moral” para los campesinos y los legionarios en épocas de paz. Los diferentes entretenimientos puestos al servicio de quienes se dispongan a pagarlo, la prostitución, los días festivos, el mercado conspiran contra la antigua moral de Roma. Poco a poco los romanos van a dejar el trabajo en la tierra para identificarse con el teatro, las termas y las luchas de gladiadores. (Robert, 1992:24). Dicho en otros términos, la sensualidad que despierta la experiencia del placer es considerada corruptora de la moral tradicional; y dicha tensión habrá estado presente en la primera parte del Imperio por varios años. Al respecto, no es extraño observar los intentos desesperados de Octavio por volver a esa moral perdida (mítica y ejemplar), aunque no con el ejemplo personal. En definitiva, hay algo de Cartago en Roma. Tras la terminación de la segunda guerra púnica, ciertas costumbres orientales con arreglo a la ostentación, la riqueza personal, y el individualismo se propagan paulatinamente e invaden la vida cotidiana. Los esclavos aumentan en forma estrepitosa, de calcularse 600.000 en el 225 AC se pasa a 3.000.000 para el siglo I AC. La población servil salta de uno a cinco, y los campos quedan bajo la influencia de los grandes terratenientes alojados en las grandes urbes (Robert, 1992:31).

Las diferentes conquistas contribuyeron a la formación de un Estado inmenso, gobernable sólo por medio de la mercantilización del placer, la manipulación política del tiempo libre y la transformación del trabajo en ocio codificado. La rígida moral de los primeros padres de Roma se tornaba insuficiente, para mantener pacificados a esos millares de ciudadanos y peregrinos que invadían las ciudades. Para ello, ha contribuido en gran parte la tergiversación de las doctrinas epicúreas. El mismo Epicuro sostuvo que el placer era necesario para el sufrimiento de cuerpo y espíritu. Sin embargo, pronto los dichos del filósofo griego iban a ser comprendidos acorde al contexto social y político en el cual se vivía en las puertas del I AC. El conductor de esta nueva moral de placer y deseo, han sido el teatro y la comedia en donde la cortesana es la figura principal (productora de placer y dinero) (Robert, 1992:25-27). Si se analizan los textos de Aristóteles, para ser más exactos su octavo capítulo en Política dedicada enteramente a la educación de los jóvenes, se observará que el ocio y la filosofía dentro del ocio ocuparan un papel de privilegio como forma de adoctrinamiento. Así comienza nuestro filósofo *“nadie pondrá en duda que el legislador debe poner mayor empeño en la educación de los jóvenes. En las ciudades donde no ocurre así, ha resultado en detrimento de la estructura política ...y que el cuidado de ella debe ser asunto de la comunidad y no de la iniciativa privada, como lo es actualmente cuando cada uno se ocupa en privado de la educación de sus hijos”* (Aristóteles, VIII, v. I, p. 301).

Siguiendo este razonamiento, el ocio es siempre preferible al trabajo y tiene su razón si puede desprenderse y separarse del juego. En efecto, el juego es para Aristóteles un mal consejero. En resumen, la educación permite adoctrinar a los espíritus y por medio de

éste a la estructura política toda. Pero si los ciudadanos se dan ciertas permisiones en sus prácticas ociosas, entonces los placeres exceden a los deberes y eso trae desobediencia. *“Está claro, por consiguiente, que deben aprenderse y forma parte de la educación ciertas cosas para poder dirigir nuestros ocios, y que estos conocimientos y disciplinas tienen un fin en sí mismas, mientras que aquellas otras orientadas al trabajo se estudian por necesidad y como medios para otros fines... ni en fin, como la gimnasia, que es útil para la salud y la fuerza (Aristóteles, VIII, V. II, p. 302).* Si bien la postura aristotélica no sólo estará presente en todos los filósofos estoicos (incluyendo Séneca y Cicerón), es innegable también que el placer y la desmedida ambición comenzaban a hacerse presentes en la vida de los romanos. En este aspecto, Grimal no se equivoca cuando afirma *“Roma, en el momento en que va a entrar en la historia general del Mediterráneo, se ha convertido en un Estado complejo que dispone de considerables recursos, y no ya reducido a una economía agrícola, y abierto, gracias a Capua, a Nápoles y a sus aliadas etruscas, a las grandes corrientes de comunicación que atraviesan la oikumene” (Grimal, 2002:110).*

En cuanto al poder militar romano, la investigadora C. Balmaceda analiza el significado de la palabra virtud (virtus) dado en toda la República y principios del Imperio. Particularmente, la autora señala *“en una sociedad altamente militarizada como la romana, la habilidad física y el coraje- especialmente mostrado en la guerra- permanecieron como los elementos centrales de la masculinidad a lo largo de todo el período republicano y hasta bien entrado el Imperio. Era el valor de sus soldados el que habría ganado a Roma la reputación de una nación fiera e invencible” (Balmaceda, 287).* Sin embargo, la valentía es un atributo necesario no sólo para mantener el honor en batalla sino para fundar y sostener a la propia estructura familiar. En efecto, la gloria ganada en el campo de batalla es transferible en épocas de paz al hogar o a la comunidad más cercana.

Por medio de la valentía, la sociedad romana aseguraba la confianza necesaria para mantener las solidaridades entre los agentes. Este sentimiento sublime se ve indefectiblemente orientado hacia la esfera pública aun cuando plausible de ser corrompida tanto por el exceso como por el defecto. De esta manera el mundo romano comienza a tejer una densa trama discursiva en donde cada familia se debe al honor de entregar a la República y luego al Imperio a sus hijos varones con el fin de enviarlos a los campos de batalla fuera de la península. Si vivir con honor es un privilegio que los hombres romanos buscan frenéticamente, morir con valentía en el campo de batalla da a la familia de deudos toda una batería de beneficios. Así si bien Roma pudo constituirse como una sociedad de guerreros altamente especializada y conquistar gran parte del mundo conocido, también las diversas campañas bélicas generaron una gran tasa de mutilados o veteranos de guerra quienes engrosaron las filas de las colegiaturas en ocasiones afectando la propia hegemonía romana en forma interna y generando revueltas o guerras intestinas.

Por otro lado, la estructura política de Roma se torna no sólo compleja sino (en cierta forma) ambigua y fascinante. Por un lado, para la muerte de Augusto, el Imperio gobernaba con mano firme a sus provincias, aunque por el otro, los cambios de “príncipe” traían consigo mucho malestar e incertidumbre a los legionarios apostados en ellas. En uno de sus pasajes, Cornelio Tácito cita que tras la asunción de Tiberio varias tropas comenzaron una rebelión en Panonia (situada al sur del Danubio). *“Este era el estado de las cosas en la Ciudad, cuando surgió un motín en las legiones de Panonia;*

no hubo ninguna causa nueva excepto que el cambio de príncipe daba pie a los desmanes de la tropa y a su esperanza en algunas recompensas como las que suelen seguir a una guerra civil. En el campamento de verano estaban juntas tres legiones a las órdenes de Junio Bleso, quien, al enterarse del final de Augusto y de los comienzos de Tiberio, en señal de luto o tal vez de alegría, había suspendido las tareas habituales. A partir de entonces, comenzaron los soldados a relajarse, a estar divididos, a prestar oídos a las palabras de los peores y, en fin, a buscar el desorden y la inactividad despreciando la disciplina y el esfuerzo. Había en el campamento un tal Percennio, antiguo director de obras teatrales y luego soldado raso, procaz en la expresión y experto en alborotar las reuniones con sus dotes histriónicas” (Tácito, I, 16).

El texto que antecede es de una gran valía, básicamente por dos motivos. Como ya hemos dicho, en primer lugar, muestra la fragilidad y la ambigüedad de un Imperio el cual aún debe lidiar consigo mismo, sofocando rebeliones, y manteniendo en equilibrio a sus periferias. Por otro lado, la particular mirada que tenían los aristócratas que residían en Roma sobre el ocio militar. En efecto, Tácito pertenece a un grupo privilegiado dentro de la aristocracia romana⁹. Es en principio, ingenuo sostener que un histrión haya levantado a todos los legionarios apostados en Panonia, mas si así fue, no sabemos con que fuentes Tácito reconstruye ese hecho¹⁰. Obviamente, que los legionarios en épocas de paz tenían sus momentos de ocio al igual que los ciudadanos que residían en Roma; y claro está que las rebeliones no se iniciaban producto del tiempo libre. A nuestra consideración, este punto es muy importante a los efectos de señalar una hipótesis por demás interesante: *para el romano y sobre todo el aristócrata el ocio debía estar regulado en forma de ritual y conducido en ámbitos específicos y fijados para tal fin como por ejemplo un espectáculo teatral o deportivo.*

No obstante esto, es posible que el motín haya existido, pero no producto del transcurrir del tiempo libre, sino debido a causas sociológicas más profundas, algunas de ellas arraigadas en la *mitología, la jeraquización o estratificación social y la influencia (imagen) de cada emperador tanto dentro como fuera de Roma*. En otras palabras, el ocio no sólo se configuraba como una herramienta política sino también como un mecanismo generador de solidaridad social. Lo expuesto hasta el momento, lleva a preguntarnos ¿qué figuras mitológicas fundamentaban y legitimaban el ocio romano?.

MITOLOGIA Y OCIO

Comprendemos al mito como una historia *fabulada* la cual relata un acontecimiento *atemporal* que ha tenido lugar en un pasado mejor. Como tal, éste adquiere una complejidad que puede adaptarse e interpretarse en perspectivas múltiples. La función del mito es ordenar por medio de un sistema taxonómico la realidad social, influyendo sobre las prácticas presentes y condicionando la cosmovisión del mundo (Eliade, 1968). En este sentido, el mito fundador del mundo romano comienza como Rómulo y Remo (hijos de Rea Silvia y el dios Marte) quienes fundaron Roma al pie de siete colinas tras ser abandonados a su suerte y amamantados por una loba, luego de que su tío el rey Amulio los enviara a asesinar. Al igual que la mitología griega, la romana consta de una compleja trama de personajes que deben ser analizados por separado (Solá, 2004: 12). Por una cuestión de espacio, en este apartado sólo nos ocuparemos de aquellos relacionados al trabajo y al ocio.

⁹ Por lo menos, así, lo demuestra su matrimonio con la hija de Agrícola en el 78 DC y sus designaciones como Pretor, Quindecinviro y Cónsul.

¹⁰ Ya que Tácito siquiera había nacido para el 14 DC cuando muere Augusto y asume Tiberio Nerón.

La economía estaba centrada en la agricultura y en parte eso explica la cantidad de rituales y divinidades que eran invocadas en su nombre (Grimal, 1985). Cada tipo de actividad como la cosecha o la siembra poseía un dios particular. Cualquier empresa sin interesar su naturaleza, debía ser “inaugurada”. Es decir, que antes de realizar una empresa, el romano invocaba a los dioses en búsqueda de aceptación. Aquellas personas encargadas de interpretar los designios divinos se llamaban a sí mismos “augures” (Solá, 2004:18). “*Se nos dice que cuatro eran patricios y cinco pertenecían a familias plebeyas. Los augures no eran celebrantes de ritual, sino intérpretes de los signos enviados por los dioses. Es posible, que en un pasado muy lejano tuviesen un papel más activo. En el tiempo que nos ocupa son esencialmente testigos... los augures tenían también el poder de entorpecer, incluso bloquear efectivamente el funcionamiento de las instituciones políticas. Les bastaba con declarar ante una elección, por ejemplo, que los dioses estaban irritados, para que no pudiera celebrarse el escrutinio. Más todavía: una elección ya realizada podía ser reconsiderada si los augures decidían que adolecía de algún vicio por una u otra razón*” (Grimal, 2002:300).

Los signos de los “augures” pueden clasificarse en dos tipos: *auspicia caelestia* y *auspicia ex diris*. El primer caso aplica sobre la caída de relámpagos. Según el profesor Zoltan Mehesz, cuando éste se presenta de izquierda a derecha los dioses ven con benevolencia ciertas empresas; por el contrario, cuando caía de derecha a izquierda la voluntad era negativa. En el segundo caso, los dioses transmitían su disconformidad categórica, generalmente con respecto a un acto político o comicio. A su vez, los signos de augurios imperativos se dividían en *auspicia pedestria*, interpretación del ruido de los cuadrúpedos, *auspicia ex Avibus*, tomando como referencia el paso y el vuelo de las aves, y finalmente *auspicia ex Tripudiis* profecías a cargo del hambre de ciertas gallinas sagradas llamadas “popularios” (Mehesz, 1967:19).

Un excelente trabajo del profesor Montero de la Universidad Complutense de Madrid demuestra una tensión política entre la adivinación tomada como una forma discursiva de poder de ciertos grupos sacerdotales en antagonismo con la adivinación que practicaban los esclavos. En efecto, algunos textos antiguos permiten entrever que los esclavos al imaginario colectivo poseían una capacidad natural para la clarividencia. “*Quizás mejor prueba de esta antigua consideración de culto de Fortuna la constituye la participación de las mujeres y los esclavos en la fiesta de Fors Fortuna, marcada – por el contrario – por la ausencia en ella de magistrados y miembros del orden social más elevado. La diosa Fortuna, como las sortes practicadas en los santuarios oraculares itálicos ... pertenecían a las mujeres y, en general, a corporaciones laborales, libertos esclavos y elementos plebeyos*” (Montero, 1995: 152).

Desafiar a los dioses y a sus designios, embarcándose en una empresa con pocas posibilidades (augures) implicaba para los gobernantes un serio costo político y social. Nos cuenta Grimal, que durante las guerras púnicas los senadores romanos acusaron públicamente a Claudio Pulcro, de no haber oído los presagios dados por “las aves sagradas”. Producto de esta “supuesta” omisión, la flota fue aniquilada por los cartagineses en Drépano (Grimal, 2002:288). Para los desplazamientos o viajes, existían dioses lares también llamados *viales* a los cuales se invocaba implorando protección. Se utilizaba, un altar específico situado dentro del hogar *lararium*. Tanto Mercurio (padre de todos los dioses lares) como los lares viales protagonizaban un papel fundamental cuya misión consistía en ayudar a que el viajero no se perdiera y que retornara sin haber

sido dañado. Las capillas entre el punto de salida y el de llegada, contribuía como base para la comunicación con los dioses. Así el viajero, antes de proseguir buscaba la protección por medio de la confección de diferentes rituales (Solá, 2004:22). El miedo a la diosa Hécate llevaba a que los viajes no se emprendieran de noche, pero si no había más remedio debían hacerlo bajo la protección de la luna llena o de la diosa Diana.¹¹

Pan, dios de la sexualidad irreprímible, se creía que acosaba a todo aquel que se internara en los bosques. Se lo representaba como mitad humano y mitad cabra, y simbolizaba “los instintos sexuales más bajos del ser humano”. Sin distinción alguna de sexo o jerarquía, Pan violaba a todos aquellos que osaran atravesar los bosques. De su figura, proviene la actual palabra “pánico” pues ese sentimiento era el que despertaba sobre todo en mujeres y niños. (Solá, 2004: 77)¹². Existen testimonios que indican que ya la figura de Pan era invocada por los griegos en el siglo III AC. Cuenta Grimal, que tras la derrota gala en Lisimaquia a manos del ejército de Antígono, se crearon algunas leyendas con el objetivo de apuntar al dios Pan como aquel quien había generado en aquellos *barbaroi* (bárbaros celtas) el miedo y la confusión. (Grimal, 2002:116).

Hemos de suponer entonces, que en similitud con la modernidad, en la antigüedad existían una gran cantidad de expatriados que retornaban en épocas de receso a las ciudades que los vieron nacer. En parte como una forma de reificación de los lazos sociales, cierto revanchismo, pero también como mecanismo de evasión ante las presiones que exigía la vida urbana. Es de conocimiento común que la adivinación por medio del uso de arúspices o augures estaba difundida en la antigüedad, y también en Roma. Sin embargo, algunos testimonios como los de Cicerón apuntan a que ya para el I AC sus resultados estaban en duda. Particularmente, no se atacaba a la disciplina en sí misma pues se argumentaba había sido practicada no sólo por los fundadores de Roma sino por varias civilizaciones entre ellos los griegos, de quienes se guardaba una grata admiración. En este sentido, escribe Cicerón “*primeramente, según la tradición, Rómulo, padre de esta ciudad, no solamente no la fundó antes de consultar los auspicios, sino que él mismo fue excelente augur. También los consultaron los que le sucedieron, y una vez expulsados los reyes, no se emprendió negocio público de paz o guerra sin observar los auspicios. Considerándose grandemente importante el arte de*

¹¹ Uno de los personajes míticos más conocidos por asustar y atosigar a los viajeros era *Hécate*, hija de dos titanes Perses y Asteria. Según los comentarios de la profesora María Delia Solá “*A diferencia de Diana, que representaba la luz lunar y el esplendor de la noche, Hécate representaba su oscuridad y sus temores. Se creía que en las noches sin luna, ella vagaba por la tierra con una jauría fantasmal y aulladora. Era la diosa de la hechicería y el misterio y la veneraban especialmente magos y brujas...como la diosa de las encrucijadas, se creía que Hécate y su jauría aparecían en espacio apartados, aterrorizando a los viajeros. El Arte representaba a Hécate a menudo con tres cuerpos o tres cabezas y con serpientes entrelazadas alrededor de su cuello*”. (Solá, 2004:66)

¹² Según Solá, es posible que de esta figura se derivara la imagen que hoy tiene el mundo occidental sobre el “diablo”. También se lo conoció como Luperkos, nombre que se le daría a las fiestas Lupercales y cuyo contenido sexual era elevado. Sin embargo, a diferencia de la moral occidental para los romanos el sexo era algo “bello” indistintamente del sujeto con quien se practicara. Mircea Eliade (2006) sostiene que las fiestas orgiásticas, no sólo en la civilización romana sino en otras, simbolizaban la prosperidad económica y el advenimiento de un nuevo año garantizando una buena cosecha. Jano, dios de los inicios y los tránsitos también era invocado en los rituales romanos con idéntico fin. Puede que no sea casualidad, que sean conocidas las debilidades sexuales del dios más poderoso como JUPITER/ZEUS. El sexo y la política (poder) parecían elementos estrechamente unidos en la antigua Roma. Recordemos, que los hijos de Júpiter con otras diosas dieron lugar a dioses, mientras los héroes son producto del cruce de Júpiter con los humanos (por lo general princesas).

los arúspices, ora para conseguir algo de los dioses, ora para consultarlos, o bien para interpretar los prodigios y conjurarlos” (Cicerón, I, v. II, p.26).

En ciertas ocasiones, cuando los viajeros debían emprender sus travesías quizás debido a los diferentes peligros que les acecharían, se recurría a diversas técnicas de adivinación para garantizar una buena partida y regreso. Un viajante, como cuenta Suetonio sobre Augusto puede ser presa de un rayo u otra calamidad. Los romanos no sólo estaban conscientes de estos peligros sino que además fomentaban la adivinación como una forma de prevenirlos. Véase en su verso decimoquinto, “*¿en qué su fundan vuestros auspicios?. Verdad es que los augures romanos (lo diré con tu permiso) ignoran lo que tan perfectamente saben los cilicios, panfilios, pasidios y licios. ¿Habré de recordarte el excelente y esclarecido varón, nuestro ilustre huésped del Rey Deyatoro?. Nunca hizo nada sin consultar a los auspicios; advertido un día por el vuelo de un águila, suspendió la marcha decidida y comenzada, y la habitación en que, de haber continuado el camino, debería haberse detenido, se derrumbó a la noche siguiente. Oídle decir que con frecuencia había retrocedido en caminos por los que marchaba ya algunos días. Pero lo más preclaro de su vida es que, despojado por César de su tetrarquía, de su reino y riquezas, persiste en no arrepentirse de haber seguido los auspicios que le impulsaron a seguir a Pompeyo” (Cicerón, I, v. XV, p. 32-33).*

Es cierto, entonces que nada considerado de gran importancia y trascendencia era emprendido si los dioses no promocionaban dicha aventura por medio de los augures. Habrá, en consecuencias, que tener ciertas consideraciones en afirmar que los viajes se caracterizaban por una tensión cuya ambigüedad era evidente. Los viajes en el mundo romano se manifestaban en dos sentidos, por un lado necesarios, ya sea por educación, aprendizaje, por asuntos migratorios, para asentarse definitivamente en otra ciudad, por curiosidad y descanso, para hacer la guerra etc. En este sentido, el individuo estaba obligado por las normas sociales de la época a viajar, mientras que por el otro esos viajes implicaban un resultado incierto. Y es precisamente, la incertidumbre del regreso lo que llevaba a los hombres a consultar la voluntad de los dioses. Así continúa Cicerón “*nada importante se emprendía antes, hasta por los particulares sin consultar a los augures; hoy mismo en todos los matrimonios hay auspicios, aunque solamente de nombre. Actualmente (aunque el uso va perdiéndose) se consultan las entrañas de las víctimas, mientras que los antiguos confiaban más en el vuelo de las aves: cara hemos pagado la culpable negligencia que nos hace descuidar los malos presagios” (Cicerón, I, v. XVI, p. 33).*

En efecto, el texto que precede de gran valía para nuestro estudio confirma la siguiente premisa. Los rituales adivinatorios se llevaban a cabo según ciertos parámetros específicos que debían repetirse metódicamente para que el mismo tuviera eficacia. Esta repetición compulsiva no sólo venía garantizada por un arquetipo mítico basado en la eficiencia y eficacia de los “antiguos” (más aún que los romanos), sino en su reglamentación presente. Nuestro filósofo trae a cita las grandes pérdidas que sufrieron tanto Apio Ceco como Lucio Junio cuando se vieron sometidos a un mal augurio. En este contexto, la posición de Cicerón es clara y sigue las enseñanzas de los estoicos. La adivinación como pensaban los griegos, es una prueba de la existencia de los dioses, así como los dioses existen también la adivinación. No obstante, Cicerón sugiere que es posible o que los dioses no quieran avisarnos sobre el porvenir, o simplemente (aún sin poner en tela de juicio su existencia), siquiera deseen intervenir en los miedos humanos.

Otros testimonios, como el de Simónides que enterró el cadáver de un desconocido sintió que el mismo a quien estaba enterrando le vaticinara su muerte en un naufragio éste desistiera de tal viaje viendo esa premonición cumplirse, o los sueños que llevaron a un viajante a descubrir el asesinato de un posadero. *“Dos arcádes, ligados con amistad, caminaban juntos, y habiendo llegado a Mégara, paró uno en casa de un amigo y el otro en una posada. Habiéndose acostado los dos después de cenar, el que se hospedaba en casa del amigo vio sueños al que quedo en la posada implorar auxilio porque el posadero quería matarlo. Asustado por este sueño se levantó, pero habiéndose convencido de que la visión no tenía nada de real, se acostó otra vez y se durmió, presentándosele la misma visión y rogándole que no habiendo acudido a socorrerle vivo, que al menos vengara su muerte. Refiriole que el posadero le había asesinado, que había puesto su cuerpo en una carreta cubriéndola con estiércol, y le rogó que se encontrase al amanecer en la puerta de la ciudad, antes de que saliera la carreta. Impresionado por el sueño, marchó muy temprano a la puerta; preguntó al boyero qué llevaba en el vehículo; asustado aquel hombre huyó; descubriéndose el cadáver, y poco después, convicto el posadero fue castigado”* (Cicerón, I, v. XXVII, p. 41).

Desde una perspectiva exegética, el mito (fundador) de Prometeo destaca la visión que se tenía sobre el trabajo y el ocio. Recordemos que castigado por haber otorgado al hombre el dominio sobre el fuego, Prometeo (hijo del titán Jápeto) fue condenado por Júpiter a que sus entrañas fueran devoradas por un águila durante el día mientras se regeneraban por las noches para ser comidas nuevamente al día siguiente. Luego, Hércules libera a Prometeo matando al Ave y dándole al hombre el fuego. Los elementos analíticos que surgen de este relato son claros a grandes rasgos. Dicha visión concuerda con mitos de diversas civilizaciones en cuanto a que existe un proceso cíclico de creación, destrucción para una nueva creación. Análogamente, este proceso obedece a lógica existente entre trabajo y ocio (Eliade, 2006) (Korstanje, 2008b). El trabajo cuya expresión es la desagradable sensación de ser picoteado por un águila, simboliza al trabajo durante el día mientras que la regeneración de los órganos dañados simboliza al descanso. Producto de esa relación cíclica y de la ayuda de Hércules (ser sobrenatural) surge el fuego el cual hace clara referencia a la avidez de conocimiento y manejo en la tecnología. Hércules otorga esas facultades al hombre en contra de la voluntad del dios Júpiter. Desde una perspectiva exegética, podemos conformar al mito de prometeo según el siguiente modelo: a) el fuego simboliza la tecnología, b) los hombres adquieren la tecnología por una lucha interna y política entre los dioses, c) al desprenderse de su castigo, Prometeo le ha dado al hombre (sobre todo a Roma) la posibilidad de dominar tecnológicamente el mundo natural y cultural. En este contexto, Roma no sólo se conforma como una gran estructura política (donde los hijos pueden derrocar a sus padres) sino además como la civilización que maneja las técnicas más sofisticadas de la época y a través de ellas “ordena” el mundo (y la naturaleza) circundante por medio de la razón.

En conjunción a lo expuesto, el mito homérico de Ulises como aquel eterno viajero, explica el profesor Ruiz Doménec, le ha dado primero a Grecia y luego a Roma la habilidad del asombro por lo desconocido. *“La cultura greco-romana utilizó la figura de ese hombre ambulante para abrir un nuevo capítulo de la historia del mediterráneo; delimitó la geografía de la expansión marítima, fijó la frontera entre civilización y*

barbarie y situó la herencia griega como el punto de partida de un espacio común a los pueblos del mediterráneo” (Ruiz Doménec, 2004:26).

Este hecho, marca la diferenciación del hombre con respecto a los animales y su “superioridad” como administrador y dominador de ella. No era extraño, en años posteriores observar en los espectáculos de gladiadores (*ludi gladiatorii*), el enfrentamiento de éstos con animales salvajes. El discurso, era claro a grandes rasgos, Roma como civilización dominante no sólo tenía acceso a la tecnología sino que además se configuraba como administradora del orden natural. (Duby y Aries, 1985) (Veyne, 1985) ¹³. Cuenta Anthony Birley que con motivo de su cuadragésimo tercer cumpleaños en el 119 D.C el emperador Adriano “*organizó un espectáculo de gladiadores que duró seis días seguidos y en el que se sacrificaron un millar de animales salvajes. Dion añade el detalle de que entre ellos había cien leones y otras cien leonas, es decir, un espectáculo caro, pero Adriano era consiente de las necesidades del pueblo. Panem et circenses, pan y espectáculos de circo era lo único que importaba al pueblo romano, soberano en otros tiempos como comentaría escuetamente un satírico contemporáneo, Juvenal*” (Birley, 2004:136)

No obstante, el ocio y el placer no era exclusividad de los humanos sino también de sus propios dioses. En efecto, durante sus ratos de ocio (los romanos) creían que sus deidades también se relajaban y distendían. Con características muy similares a las humanas, el dios Momo (o dios de la locura), era aquel cuya función consistía en divertir a los integrantes del Olimpo. La figura de los “bufones” en los reyes medievales deriva en gran medida de este mito (Solá, 2004:80). Las diversas aventuras amorosas de Júpiter, lleva a una compleja y difusa descendencia. En una de sus incursiones, Júpiter se le presenta a *Alcmena* como el Rey *Anfitrión* (su marido) y juntos engendran a Hércules. El punto, es que Alcmena tardó un tiempo en darse cuenta “de la farsa”. Anfitrión se convirtió en un buen padre para Hércules, se ocupó de su educación y de inducirlo al mundo de las armas. El dios Ismeno le enseñó Literatura y Ciencias. Con una eximia disciplina, que lo distanciaba bastante de su padre biológico, Hércules es adoptado por los romanos dándole ciertas características latinas. La historia de este héroe mitológico estuvo plagada (doce) de combates contra el orden imperante (incluyendo los deseos de su propio padre al privarle del fuego a Prometeo). Pero, se le agregó otra hazaña más (latino en su forma).

Tras asesinar al ladrón Caco, Hércules es invitado por el hospitalario rey *Faunus*, quien buscaba la gloria a expensas de éste. La idea, era simple, y consistía sorprender y dar muerte al legendario héroe mientras era huésped del codicioso rey -con el objetivo simular como aquel que venció al invencible-. Este mito demuestra la naturaleza ambigua que los antiguos le daban a la hospitalidad. Por un lado, ésta ofrecía un aspecto sensual y agradable mientras que por el otro se hacía expresa referencia a la farsa, la mentira y la traición. Esto demuestra que la fascinación por los romanos por la sensualidad (ostentación) y el poder fue una constante a lo largo su historia como civilización. Si bien existen evidencias empíricas que atestiguan sobre la hospitalidad romana (*hospitium*). Las últimas investigaciones demuestran que este concepto no era originario de los pueblos itálicos, sino que por el contrario fue tomado de los celtas. Efectivamente, el término hospitalidad deriva del latín *hospitium* que significa

¹³ El antropólogo Francés, Claude Lévi-Strauss sostenía la tesis de que el mito fundamentalmente encerraba una historia narrativa (atemporal) que reflejaba una tensión inherente entre el ser humano como portador de cultura y la naturaleza. (Lévi-Strauss, 2003)

alojamiento. Según Ramos y Loscertales, los celtas (antes que los romanos) manejaban dos significaciones totalmente diferentes para este vocablo. La primera de ellas, se vincula al hecho de recibir a un peregrino y aceptarlo como enviado de los dioses. Se comprendía que el viajero debía ser asistido y hospedado ya que este acto derivaba de un mandato divino; la raíz de este ritual era puramente religiosa. Por el contrario, la segunda significación era netamente jurídica y sólo podía pactarse por convenio entre las partes. En este caso, el hospicio representaba y aseguraba el equilibrio político de los pueblos celtas, y por medio de estos convenios un pacto de no agresión entre ellos. (Ramos y Loscertales, 1948)

Diversos testimonios apuntan a que los galos ya entablaban en épocas de Julio César pactos de amistad y hospitalidad entre ellos, como el mismo Dictador sugiere en el siguiente texto: *“Los menapios estaban cerca del territorio de los eburones, defendidos por lagunas y bosques, y eran los únicos que nunca le habían enviado embajadores para tratar la paz. Sabía que entre ellos y Ambiorix había lazos de hospitalidad. Se había enterado también de que, por medio de los tréveros, había estrechado amistad con los germanos”* (César, 2004:190). Asimismo, Grimal nos explica que los celtas, ofrecían y recibían “magníficos” regalos por parte de las tribus vecinas, este hecho marca una especie de peaje hacia los viajeros que tenía su base en una necesidad de libre tránsito y recaudación monetaria (Grimal, 2002:101).

Si nos imaginamos por un momento, Roma habría sido un centro cosmopolita en donde confluían personajes de diversas partes del mundo entonces conocido. El calendario religioso romano reflejaba una mezcla de jovialidad, divinidad y hospitalidad. Si bien en sus orígenes, eran pocas las festividades religiosas, lo cierto es que en un momento de su historia llegaron a contarse más días festivos que laborales. Las fiestas religiosas ocupaban 45 días del calendario, a las que había que agregar las particulares, barriales y de otra índole. Así, encontramos juegos públicos con arreglo a las fiestas *Saturnales*, *Luperciales*, *las Equirias* y *los Seculares* (Solá, 2004:33) (Bringmann, s/f). Al respecto, el testimonio de Séneca es más que elocuente cuando afirma *“estamos en el mes de Diciembre, cuando es mayor la fiebre en la ciudad. Las pasiones parecen gozar de absoluta licencia. Por todo se oye el rumor de grandes preparativos, como si entre las saturnales y los días de labor no existiese ninguna diferencia; y de tal manera no hay ninguna, que me parece que tuvo harta razón quien dijo que antes diciembre era un mes y ahora es un año entero”* (Séneca, V. I, cart. XVIII, p.48).

Las Saturnales se llevaban a cabo del 17 al 23 de Diciembre, durante el solsticio de invierno. Los esclavos eran temporalmente liberados e imperaba una atmósfera de intercambio y solidaridad. Las Luperciales (en honor a Luperco dios pastoril) tenía lugar el 15 de Febrero y su función era recrear el mito fundador romano por el cual Rómulo y Remo habían sido amamantados por una loba a orillas del Monte Palatino. Las Equirias, por el contrario, se llevaban a cabo en honor al dios de la guerra Marte, aproximadamente del 27 de Febrero y el 14 de Marzo. Su función estaba vinculada a la preparación de próximas compañías militares. El símbolo dominante en esta clase de rituales era el valor y la destreza física cuya máxima expresión era la carrera de caballos. Por último, los juegos Seculares se realizaban cada 100 años; en ellos confluían diversos sacrificios y juegos atléticos con el objetivo de dar la bienvenida al nuevo siglo (Solá, 2004:33).

Los deportes y las artes eran auspiciados por dios Febo/Apolo (hijo de Júpiter y la ninfa Leto) y hermano de Diana. Si bien al principio, se lo consideró como la divinidad de los pastores (sol) y consecuentemente su protector. Luego fue considerado también el protector de las artes, los deportes y la música. Febo, era de todos los dioses el más hermoso. Esto no era casualidad, ya que los romanos tenían por el arte una consideración muy especial. Sus fiestas eran celebradas en otoño y en primavera (Ibid: 155). Sin embargo, como la mayoría de los dioses romanos, Febo no sólo era conocido por un atributo en particular, en este caso la belleza, sino que tenía otros tales como la destreza, la juventud, la virilidad y el valor (Solá, 2004:158). Como cuenta Ovidio, una de las primeras hazañas de Febo fue dar muerte a un reptil que azotaba la zona de Tesalia (Ovidio, s/f). Esta alimaña (Pitón) cayó muerta bajo sus flechas en cuya memoración se llevaban a cabo los *juegos pitios*. No obstante, la arrogancia de Febo llegó a ser tal que se enfrentó directamente a Cupido. Este último, subió al monte *Parnaso*, y atinó una de sus flechas de amor “contra el pecho de Febo”. A su vez, Cupido lanzó a Dafne un dardo de desamor. El resultado, una pasión incontrolable por parte de Febo que se estrellará una y otra vez con el desprecio de Dafne. (Ovidio, s/f)

Pero años más tarde, Febo conocería a Talía, una de las nueve musas quien personificaba la comedia, lo lúdico y la festividad. Aunque en ocasiones, también se la relacionaba con la agricultura, la geometría y con el campo. Si bien no existen muchos elementos en la literatura de la época sobre ese vínculo, se piensa que fue una de las más amorosas (Solá, 2004:166). En este sentido, y aunque despreciada por ciertos grupos terratenientes, la agricultura y la naturaleza eran contempladas por los romanos con gran delicadeza y admiración¹⁴. A lo largo de los años y a medida en que Roma se transformaba en un imperio las costumbres y los mitos fueron cambiando. Así como los romanos colonizaban lejanas, y distantes tierras, diversos objetos, mitos y leyendas eran incorporados en una especie de sincretismo religioso. Esta fue la manera, no sólo como se fueron modificando sus costumbres, sino también las relaciones sociales se fueron tornando cada vez más complejas. El apego por la tierra y al trabajo comenzó a ser mal visto por ciertos grupos, dando origen a lo que Thorstein Veblen denominó una clase ociosa (Veblen, 1974).

La leyenda de voluptuosidad y Psyché no hace más que recordarles a los filósofos romanos y griegos, la naturaleza entrópica que implica la satisfacción del placer constante y la diferencia con la felicidad auténtica; y este mito va a ser invocado una y otra vez, por todos aquellos que critiquen los lujos desmedidos y las prácticas de los ciudadanos urbanos, resumiendo el triste final de Psyqué que perdió a su amor (desconocido) como producto de su curiosidad y la intriga que supieron en ella despertarle sus envidiosas hermanas (Robert, 1992:43). Sin ir más lejos podemos señalar que las ciudades romanas, eran sinónimo de placeres, comodidad y ostentación. El trabajo en el campo, era desdeñado por los aristócratas, recurriendo a éste sólo en épocas de verano. La caza, parecía ser la actividad de ocio más representativa de esa clase privilegiada en el campo, dividiéndose en *venatium* aquella destinada a los animales de cuatro patas y *aucupium*, para las aves o similares. “*De las dos maneras que los hombres usan para matar, la venatio representa la violencia; el aucupium, el engaño; de la una son víctimas predestinadas los animales que corren; de la otra, los*

¹⁴ El emperador Augusto tenía un apego muy especial hacia Febo. En principio, éste creía que Febo lo había ayudado en la batalla de Accio (31 AC) con el cual derrotó a Cleopatra y a Marco Antonio. Por este motivo, diversos templos fueron construidos en memoria de Febo/Apolo. Según Cayo Suetonio, Augusto se consideraba hijo de Febo. (Suetonio, 1985)

que vuelan; la primera es un enérgico ejercicio de hombres fuertes; la otra es agradable y sedentaria ocupación que requiere únicamente habilidad.” (Paoli, 2007:355)

Cayo Suetonio nos recuerda la popularidad ganada para sí de Julio César que siendo edil organizó juegos, cacerías y combate de gladiadores. Los organizadores de esta clase de espectáculos adquirían cierto respeto y prestigio dentro del pueblo romano. Este tipo de actos, despertaban el apoyo popular y en ocasiones eran fomentados y mantenidos por razones políticas. Una análoga medida tomó César tras la muerte de su hija Julia organizando luchas y festines en su honor cuyo costo ascendía a la suma de cien mil sestercios. El genio político de este caudillo romano no tenía precedentes en la República¹⁵. No obstante, la mayoría de los placeres eran mayoritariamente urbanos. Encontramos, entonces, verdaderas obras de ingeniería como *los baños públicos y, los edificios, el coliseo y los anfiteatros* entre otros (Veyne, 1985). Recordemos, que los baños tenían para los romanos la misma o análoga significación y uso que los gimnasios para los griegos: la práctica del ocio. Específicamente, los individuos que asistían a estos lugares acostumbraban a untarse con aceites y oleos especiales, distenderse y disfrutar de la compañía de otros ciudadanos (Grimal, 2002:226). No obstante, existen algunas diferencias entre el gimnasio (helénico) propiamente dicho y los baños públicos (románicos).¹⁶

Los tipos de baños iban desde los más restringidos hasta los populares, de todos los tamaños y colores. Los primeros, estaban orientados hacia una parte de la sociedad romana que no deseaba el bullicio sino una tranquilidad más privada. Por el contrario, el baño público era un lugar de concurrencia masiva en donde se paseaban tenderos, o posaderos ofreciendo sus mercaderías (Paoli, 2007: 321-329). Las *Thermae* o baños públicos eran parte del Estado, pero éste las cedía en arriendo a un empresario (conductor), quien exigía una módica suma de dinero por el ingreso (*balneaticum*). En ocasiones, algún político o ciudadano rico pagaba durante un lapso de tiempo el valor de todas las entradas ofreciendo así al pueblo el acceso gratuito (Paoli, 2007: 321-329). Las secciones de los baños estaban determinadas (en su mayoría) en cuatro partes principales: a) *el apodyterium*, espacio destinado a desnudarse antes de ingresar a las aguas; b) el *frigidarium*, el cual se destinaba para el baño frío; c) el *tepidarium*, formado por una sala de paso en donde los individuos se habituaban al paso del *frigidarium* al *calendarium*; y por último d) *el calendarium*, cuya función era emanar calor para que el bañista sude y se relaje. Específicamente, los romanos acostumbraban a alternar calor y frío en sus baños. Se introducían primero en el *calendarium* hasta que los poros de la piel se abrieran y luego se sumergían en tinajas de agua fría. (ibid: 324-326)

¹⁵ Con respecto a Julio César, Suetonio sostiene “*siendo Edil, no se limitó a adornar el Comitium, el Foro y las basílicas, sino que decoró asimismo el Capitolio e hizo construir pórticos para exposiciones temporales, en las que exhibió al público pórticos parte de los numerosos objetos que había reunido. Unas veces con su colega y otras separadamente, organizó juegos y cacerías de fieras, consiguiendo recabar para sí toda la popularidad por gastos hechos en común*”. (Suetonio, César, X)

¹⁶ Dentro de los baños, se congregaban diversas facciones del pueblo romano a interactuar y relajarse luego de un día de trabajo. A diferencia del gimnasio griego (usado para igual fin) en los baños no se practicaban deportes, ni se recitaba poesía, mucho menos se ejercitaba el pensamiento filosófico. Para los griegos (por el contrario) los gimnasios representaban un centro de transmisión cultural evidentemente fuerte para todas las ciudades en donde se observara su presencia desde Alejandría hasta la Siria Seléucida.

En efecto, estima el autor que las termas en Roma abrían alrededor del mediodía y cerraban al caer la noche. Los modos de bañarse eran muy variados dependiendo del contexto social en el cual se desarrollara el bañista. Muchos asistentes llevaban sus propias botellas de unciones, aceites, paños etc. En el caso, de los patricios, aparecerse en un baño no era algo casual e individual; por lo general estos personajes eran acompañados por todo un séquito de sirvientes los cuales tenían asignado una función muy específica: el *balneator*, asistía a su amo durante el baño, el *unctor* le hacía masajes, el *alipilus* ponía todo su cuidado y esfuerzo en hacerle una buena depilación. La temperatura del agua, era regulada por un horno llamado *hipocaustis*.

Paoli no se equivoca cuando nos dice “*nos falta de ocuparnos del modo de calefacción de las termas. Un horno, alimentado con carbón de leña y llamado a la griega hypocaustis, servía para el doble objeto de calentar el agua necesaria para el uso de las termas y para irradiar el agua caliente en las cavidades dejadas libres adrede debajo del pavimento y por las paredes*” (ibid:329). De todos modos, sobre ese hedonismo romano nos ocuparemos en el próximo apartado. “*El placer en Roma toma pues el aspecto del cáncer obligado de toda civilización, un mal que todos toman por un remedio de la existencia, pero que contribuye, a la larga a su decadencia. Es precisamente esta expansión del apetito de goce lo que hemos querido conocer mejor en la civilización romana, tomando el término placer en su sentido más amplio, aplicado a los más variados dominios de la vida cotidiana y que en latín se llama voluptas... la búsqueda de los placeres constituye la mayor preocupación tanto para los romanos del final de la República como para los del Imperio. Ellos rechazaban la opresión de la moral y de la política, cuyas elucubraciones les parecían artificiales y obstaculizadoras para la satisfacción de los deseos naturales del hombre*”. (Robert, 1992:14)

CAPITULO II (Ocio y Estructura Social)

Para comprender mejor la noción que los romanos tenían sobre el ocio y el trabajo, es necesario adentrarnos por un momento en el mundo de la Grecia antigua (entre los siglos V y IV AC). La estructura social de los griegos se dividía en dos clases. Por un lado, los aristócratas o ciudadanos, por el otro los esclavos o servidumbre. Sin embargo, para llegar a ser un esclavo había que cumplir ciertos requisitos tales como haber sido derrotado en batalla y declarado vencido (Jiménez Guzmán, 1986). El apego que los esclavos tenían hacía el trabajo no era una cuestión de elección sino de obligación (*ascholé*), éste no poseía bienes, no podía contraer matrimonio ni mucho menos practicar el ocio (aunque si gozaba de tiempos de descanso). Por el contrario, los aristócratas tenían como su principal premisa repudiar el trabajo. Para los griegos entonces, la vida de ocio o *scholé*, consistía en la contemplación teórica (*theoria*) de la vida y la especulación filosófica. (Jiménez Guzmán, 1986:24) (Munné, 1999) (Korstanje, 2008a). La ciudad para la cultura helénica occidental (y consecuentemente para los romanos) tenía una importancia capital. Su espíritu urbanístico residía sobre el principio de comunidad u oikouménē (*Oikos*, casa y *Nomos*, regla). Por lo general, su trazado consistía en un cuadrilátero rectangular en el que sus calles limitaban áreas simétricamente homogéneas que reflejaban la igualdad entre los colonos griegos o los

ciudadanos súbditos del imperio. No obstante, caben algunas consideraciones previas, ya que no todas las ciudades mostraban la misma tendencia.¹⁷

Dentro de la ciudad se ubicaban los templos, los teatros, el ágora, o plaza central y los gimnasios, lugar que uno u otro filósofo ocupaba para hacerse escuchar (Grimal, 2002:162). Al respecto señala Grimal “*para comprender esta articulación de fenómenos debemos desembarazarnos de ciertos hábitos y prejuicios propios de los historiadores del siglo XIX occidental, que en efecto, ligaban la civilización a la existencia de una nación y concedían un predominio incondicional a lo político. Nada hay más erróneo que aplicar esas categorías a priori al mundo antiguo, y sobre todo al helenístico: el marco de la ciudad sigue siendo, en la mayoría de las ciudades helenizadas, el marco espiritual*” (Grimal, 2002:113). Este mismo espíritu se encontraba presente en el mundo romano aunque debe aclararse que la esclavitud correspondía a un estado específico propio de la guerra. En efecto, para llegar a ser o convertirse en un esclavo, primero había que cumplir un requisito primordial: haber sido un enemigo. Una vez derrotado, el sujeto tenía la posibilidad de escoger entre la muerte o la esclavitud (Hobbes, 2004:483)¹⁸. La civilización romana (entre el II y el I AC) fue construida tomando varios aspectos de la cultura helénica occidental, sobre todo basados en una estructura jerárquica. La organización social estaba configurada alrededor de la noción de *civitas*. En este sentido, Jiménez de Guzmán nos sugiere “*en ella coexistían dos clases sociales: el civis o ciudadano romano, sujeto de todos los derechos, que a su vez podía ser noble (nobilis) o plebeyo (profanum vulgus), y el Servus o siervo, quien no tenía la ciudadanía pero sí la posibilidad de obtenerla, de comprarla (liberto). Al igual que en la sociedad griega, para cada una de estas clases romanas existían una serie de actividades que las caracterizaban. Es así como al Civis le estaban reservadas dos actividades: la Occupatio, que era la actividad normal y corriente donde se dedicaba al comercio, al manejo administrativo, al cuidado de sus bienes; y el Otium, algo así como la ascholé griega pero con implicaciones filosóficas menos profundas*” (Jiménez Guzmán, 1986:25).

Unos de los primeros autores que más trabajaron en sus escritos el concepto helénico de ocio, fueron Séneca y Cicerón. En este sentido, Khatchikian advierte “*Séneca y Cicerón fueron quienes más elaboraron el concepto del otium entre los romanos. Séneca intentó trasladar a Roma el ideal griego del ocio, pero no logró superar la aceptación que ya tenía la idea de Cicerón (106-43 AC) de alternar el otium con el nec-otium, principio que dejaba de lado la presencia del ocio para relegarlo a una alternativa de la ocupación, un tiempo disponible para la recreación que era utilizado de acuerdo con*

¹⁷ En principio podríamos destacar dos tendencias, una que lleva a la construcción regular y homogénea de las casas la cual es preponderante en las ciudades colonias, la otra tendencia se refiere a un trazado arquitectónico desigual de grandes residencias y otras particularmente pequeñas como es el caso de Delfos. Pierre Grimal sostiene “*las casas particulares de las ciudades helénicas que nosotros conocemos presentan una variedad bastante grande*”. (Grimal, 2002: 165). En el primer caso, se observa una inercia hacia el igualitarismo mientras que en las grandes ciudades se impone el autoritarismo aristocrático.

¹⁸ Vale aclarar, que no todos los enemigos que perdían una batalla eran considerados esclavos. Si el vencido no acataba la autoridad del vencedor este era ejecutado. En cambio, si como señal Hobbes “*La conquista no es la victoria misma, sino la adquisición, por la victoria, de un derecho sobre las personas de los hombres. Por consiguiente, el que ha sido vencido no está conquistado: aquel a quien se aprisiona o encadena no está conquistado sino vencido ... pero quien bajo promesa de obediencia ha logrado conservar su libertad y su vida está conquistado y es un súbdito: antes no. Decían los romanos que su general había pacificado tal o cual provincia, lo cual equivalía a decir, en nuestro idioma que la había conquistado; y que el país había sido pacificado por la victoria, cuando las gentes habían prometido imperata facere, es decir, hacer lo que el pueblo romano les ordenara*” (Hobbes, 2004:484)

las posibilidades económicas, capacidades y aspiraciones de cada ciudadano” (Khatchikian, 2000: 35). A grandes rasgos, los conceptos que vinculaban al ocio con la intelectualidad en Grecia, no serán los mismos para Roma. En efecto, el ocio romano era concebido como un práctico lapso de descanso, placer y ostentación en vez de un proceso de desarrollo cognitivo. Particularmente, Roma ensaya (por primera vez) una especie de ocio popular en forma masiva con arreglo a intereses políticos institucionales (Munné, 1999: 43).

La sociedad romana estaba fundada alrededor de ciertos valores que sostenían su estructura social como por ejemplo la negociación y la adulación. El romano medio, sin poder y sin riquezas, para sobrevivir debía tejer una estratégica red de relaciones y alianzas. Muchas veces, intercambiando familiares en matrimonio para garantizar la paz, en otras por medio de la adulación y la amistad. Cada día por la mañana, el cliente (siervo) abrazaba las rodillas de su amo besándole las manos y el pecho como símbolo de lealtad (Mehesz, 2003). Tan importante era la amistad en el mundo mediterráneo que como nos recuerda Aristóteles de Estagira *“la amistad es una virtud o ya acompañada de virtud y es, además, la cosa más necesaria en la vida. Sin amigos nadie escogería vivir, aunque tuviese todos los bienes testantes. Los ricos mismos, y las personas constituidas en mando y dignidad, parecen más que todos tener necesidad de amigos... pues en la pobreza también, y en las demás desventuras, todos piensen ser el único refugio los amigos. A los jóvenes asimismo son un auxilio los amigos para no errar; a los viejos para su cuidado y para suplir la deficiencia de su actividad, causada por la debilidad en que se encuentran; y a los que están en el vigor de la vida, para las bellas acciones”* (Aristóteles, VIII, v. I, p. 102).

Tras el deceso de Augusto, nos cuenta Tácito *“y en Roma se aprestaron al servilismo cónsules, senadores y caballeros. Cuanto más distinguidos eran, tanto más falsos y presurosos, con ademanes estudiados para no parecer contentos por la muerte del príncipe ni demasiado tristes ante el advenimiento de su sucesor, mezclaban las lágrimas y la alegría, las lamentaciones y la adulación”* (Tácito, I, 6-7). Básicamente, su estructura social se formaba de cinco estratos cuyo criterio de pertenencia se basaba en linaje, riquezas y logros políticos: *los patricios (nobles), los plebeyos, los esclavos, los clientes y los libertos*. Las últimas dos fueron casi relegadas totalmente del poder político.¹⁹

En sus comienzos, los espacios destinados a la práctica del ocio estaban ubicados dentro de la ciudad (El Foro, los baños termales, el Coliseo). No obstante gradualmente crecía la ciudad fueron haciéndose necesarias nuevos lugares en sus afueras. Los nobles se esmeraban en construir villas, casas de campos tales como *Tivoli, Tusculum y Praeneste* entre otras. Los patricios o emperadores poseían su villa de veraneo propia como *Centumcellae* para el emperador Trajano y la *Villa Hadriana* para Adriano (de la dinastía Antonina)²⁰. El fenómeno continuó extendiéndose hasta formar “una cadena de

¹⁹ Los clientes y libertos eran los extranjeros o ciudadanos pobres protegidos por algún patricio mientras que los esclavos eran los prisioneros de guerra. Los plebeyos eran la mayoría del pueblo, algunos hombres pobres (también) enemistados con sus antiguos patronos. Su libertad, no les permitía de todos modos participar en la vida política y religiosa de ese entonces.

²⁰ Aunque en este trabajo no nos vamos a ocupar del análisis de esa dinastía, consideramos conveniente mencionar estos lugares de recreo en forma superficial. Recordemos que la dinastía de los Antoninos sucede a la dinastía Flavia. Más específicamente, tras la muerte de Domiciano en el 96 DC y la ascensión de Nerva, a cuya administración le siguieron los emperadores Trajano (98 DC), Adriano (117 DC),

lugares” destinados al placer o habilitados exclusivamente para el otium: *Baias, Cumae, Ostia, Antium, Misenum y Pompeia* (Jiménez Guzmán, 1986:26). Particularmente, las casas de campo tenían dos funciones principales: contribuir al descanso del ciudadano y fomentar la agricultura como actividad económica. *La villa rústica* era la construcción dedicada a los trabajos agrícolas, en donde el amo ponía un esclavo de confianza que le manejara todos los asuntos en su ausencia. Por otro lado, *la villa urbana* estaba construida para esparcimiento, ocio y descanso. En este segundo establecimiento, se ofrecían todas las comodidades de las que el ciudadano estaba acostumbrado en la ciudad, desde baños, manjares hasta campos para la práctica de deportes, caza y pesca.

El emérito profesor Ugo Enrico Paoli argumenta “*la villa urbana se construía en un lugar desde el cual se gozase ampliamente la vista de la campiña o del mar; construcción de puro lujo, que no tiene como la granja, objeto práctico ni función necesaria, esta villa reflejaba en la complicación y en la riqueza de sus recintos los gustos y demostraba la riqueza de quien la había edificado*” (Paoli, 2007:107). El mosaico como forma de pavimentación de los pisos, indicaba cierto estatus rango social. Por lo general, el personal de servicio o el romano perteneciente a los sectores populares no tenía esta clase de privilegios. La simbolización del mosaico habrá tenido gran importancia para los “patricios” ya que sus residencias de campo eran construidas cuidando este detalle.

Según los testimonios del profesor Blázquez la villa (ciudad) Itálica de Adriano en Hispania “*las casas de Itálica, a juzgar por el espesor de los muros, eran de dos pisos, como la Casa de la Exedra. La casa mejor conocida es la llamada Casa de los Pájaros, por uno de los mosaicos con 32 cuadros, en los que se representan otras tantas aves de vivos colores de la segunda mitad del S II ... su centro debía de ser un jardín y ocultaba una gran cámara abovedada, con sendos pozos en los extremos ... una serie de departamentos del fondo del patio estaban adornados con seis magníficos mosaicos ... el de la derecha tenía una piscina y una escalinata de descenso; el de la izquierda una fuente. El larario en forma de exedra daba al peristilo mayor. Estaba pavimentado con un pequeño mosaico, decorado con lotos y palmetas. En la parte posterior, existían unas habitaciones lujosamente pavimentadas con mosaico, y habitaciones de servicio sin mosaicos*” (Blázquez, 1989:326).

También, “*la llamada casa de Hylas, por su mosaico principal, debió de ser una de las más espaciales de Itálica. Abundan en ella los patios y peristilos y las habitaciones pavimentadas con mosaico. Al patio abierto del sur se descendía por una doble escalinata; su centro lo ocupaba una fontana, forrada en su interior con un mosaico de peces. Otra mansión, con grandes patios en su parte posterior, debía de ser una hostelería y una tienda. La habitación mayor se encontraba detrás de un patio pequeño con seis columnas. Su pavimento estaba formado por opus sectile de dibujo sencillo y rica policromía*” (ibid: 327). Mantener al pueblo ocupado y lejos de las reyertas parecía ser uno de los objetivos que el poder político tenía para organizar esta clase de festivales. No obstante en ocasiones singulares, eran ellos mismos producto del inicio de sublevaciones populares internas. En épocas de Domiciano, un hombre que increpó públicamente al emperador en el Circo diciendo que un Tracio podía luchar contra un Mirmilón, fue obligado a combatir en la arena contra dos perros con un cartel que decía “*defensor de los tracios, impío en su palabras*” (Suetonio, Flavio, X).

Antonino Pío (138 DC), Marco Aurelio (161 DC), Lucio Vero (161 DC), Avidio Casio (175 DC) y Cómodo (192 DC).

Paoli sostiene que Roma comenzó a construirse por la unión de pueblos vecinos y paulatinamente, a medida que se iba construyendo el Imperio acorde a nuevas políticas de urbanización. Como ya es sabido, gran parte de la construcción y la urbanización se llevó a cabo en tiempos de Augusto; confirma de esta forma *“Augusto dio a la ciudad, ya muy ensanchada desde los últimos tiempos de la Republica, una sistematización administrativa que permaneció fundamental en todo el período del Imperio. El territorio de la ciudad fue limitado por él con una zona aduanera, y dividido en catorce regiones...a la cabeza de cada región se colocaba un magistrado anual; en todas había un cuartel (excubitorium) donde residían los Vigiles, cuerpo de policía creado sobre todo para la extinción de los incendios”*. (Paoli, 2007: 10)

Si bien los espectáculos estaban abiertos a gran parte del pueblo, las estructuras y jerarquías sociales eran estrictamente observadas. Usurpar por error o por malicia un lugar destinado a un ciudadano de mayor jerarquía significaba lisa y llanamente una muerte segura. Existen relatos históricos, nos explica Suetonio, que narran la manera en que eran fomentadas las revueltas populares. En ocasiones, éstas comenzaban cuando algún soldado ocupaba alguna banca que no le correspondía. Es el caso, de las revueltas organizadas en contra de Octavio antes de romper su alianza con Marco Antonio. (Suetonio, Augusto, XIV) ²¹. Tras las graves derrotas de las tropas de Augusto en territorio de Germania, para ser más precisos en las batallas de *Lolio* y *Varo* en donde se pasaron a cuchillo a tres “legiones” de soldados incluyendo generales y legados, el emperador organizó grandes juegos en tributo a Júpiter para que velara por el futuro y la seguridad de Roma. Habría de ser tal la desazón de Augusto, confirma Suetonio (XXIII) *“que se dejó crecer la barba y los cabellos durante muchos meses, golpeándose a veces la cabeza contra las paredes, y exclamando Quintillo Varo, devuélveme mis legiones. Los aniversarios de este desastre fueron siempre para él tristes y lúgubres jornadas.”* Existe una similitud que puede ser pertinente en este caso en comparación al impacto que generaron los ataques suicidas al World Trade Center en 2001 en territorio estadounidense con respecto a las tragedias de Varo. Por supuesto, demás está decir que a pesar de las diferencias en los medios tecnológicos de una época u otra, se recuerda un impacto similar tanto en una como en otra sociedad. Este hecho nos revela la naturaleza onírica y de equilibrio que se encontraba implícita en los juegos, los cuales no sólo se celebraban en caso de victorias o triunfos, sino también de desastres militares como lo fue el de Varo. Pero ¿cuáles eran las prácticas específicas con respecto al otium?

La vida cotidiana y el ocio en Roma

“Ciudad inmensa era Roma, con sus tintas cálidas de mediodía y respirando el orgullo de su poderío imperial; pero debemos guardarnos de atribuir a aquella densísima aglomeración de gente viva una solemnidad coreográfica y de maneras, olvidando que los hombres son hombres, y las ciudades, ciudades” (Paoli, 2007:49). Imaginar las formas que los antiguos conservaban para el ocio (*otium*) exige un esfuerzo particular ya que si bien ciertos conceptos puedan sonar análogos su sentido era hartamente

²¹ En palabras textuales del autor citado *“confiando L Antonio por este tiempo en el consulado de que estaba investido y en el poder de su hermano, quiso suscitar disturbios ... Ocurrió, en efecto, que en un espectáculo, un simple soldado tomó asiento en uno de los bancos de los caballeros; el hizo él arrojar por medio de un aparitor, y pocos momentos después sus enemigos difundieron el rumor de que le había hecho morir en los tormentos, faltando muy poco para que apareciese Octavio bajo los golpes de la turba militar que había acudido indignada, y sólo el presentar sano y salvo al que se decía muerto pudo salvarle entonces de la muerte”* (Suetonio, Augusto, XIV)

diferente al conservado por las modernas sociedades occidentales. Uno de los placeres más codiciados por los romanos, era *el banquete*. La cena nocturna era considerada un premio al esfuerzo matutino. En ese ritual, se dejaban a un lado las convenciones y las obligaciones de estatus. Por lo general, se llevaban a cabo recostados sobre ciertos lechos, ya que alimentarse en una mesa era señal de un bajo escalafón social. Sin embargo, no todos los banquetes eran un asunto público. En forma elocuente, Suetonio nos cuenta que muchas familias de notables entre ellos Octavio-Augusto festejaban en forma secreta “*el banquete de las doce divinidades*”, en el cual los invitados se disfrazaban de dioses y diosas dando lugar de esta forma a verdaderas orgías en donde circulaban los alimentos, vino y excesos de todo tipo. En épocas de escasez esta clase de fiestas se llevaban a cabo en forma encubierta y solapada ya que eran muy mal vistas por los sectores populares. (Suetonio, Augusto, LXX) ²².

La arquitectura en Roma destinada a la concreción del ocio ha de haber sido cosa sería también, según la información que manejamos entre los primeros templos que se construyeron en Roma tenemos el templo de Jano, el de Vesta, y el Foro. Este último estaba recorrido por la *cloaca Máxima*, la cual llegaba hasta el mismo río Tiber. Si bien su aspecto fue cambiado en varias ocasiones, el Foro fue el núcleo de la vida pública romana (además de funcionar como un gran mercado -macellum). Al respecto, Paoli explica “*El Foro se transformó; fue adquiriendo cada vez más la magnificencia monumental que demuestran hasta hoy importantes reliquias. El mayor esplendor del Foro empezó con César*” (Paoli, 2007: 14). Luego, cada regente contribuía a aumentar y embellecer el Foro. La calle principal era llamada *via Sacra*, la cual partía del *Sacellum Streniae* pasando por la Velia hasta llegar al Foro. La vida pública en el Foro terminaba a la hora quinta. Desde la salida del sol a la hora décima ya el paso de vehículos estaba restringido. El profesor Paoli, nos explica, que la cantidad de personas que se congregaban en el lugar era “enorme”. Asuntos públicos, empresas privadas, cambistas, prestamistas, abogados, pompas fúnebres y causas de Estado se fundían en lo que indudablemente fue el corazón de la ciudad durante todo el Alto y el Bajo imperio.

“La vida matutina del Foro concentraba el movimiento y resumía todos los aspectos de Roma; los más dispares y contrastantes. En los otros lugares, no era así; al contrario, cada uno de ellos tenía su fisonomía singular, según el tipo de gente que más lo frecuentaba o habitaba; había las calles de los ricos y la de los pobres; los distritos suntuosos y los rincones sucios. Se podían encontrar las personas finas junto al templo de Diana en el Aventino, meta del paseo favorito de los romanos, o en la cercanía de los Saepta, en el campo de Marte, por las tiendas de lujo; no ya en el Velabro o en la Susurra. Burdeles, encrucijadas, callejones, y las callejuelas bajo las murallas tenían por todas partes mala fama y eran poco seguras” (ibid: 18).

Hacia la octava hora, la actividad de las oficinas había llegado a su fin. “*Entonces de todas partes acudía al Foro una muchedumbre de ociosos, y allí se estaba horas y*

²² Era elección frecuente de Octavio elegir el traje de Febo/Apolo en esta clase de fiestas. En una de las cartas privadas de Marco Antonio se observa una fuerte crítica a este tipo de eventos “*cum, primum istorum conduxit nesa coragun, Sexque deso vidit Mallia, sexque deas: Impia dum phoebi Caesar mendacia ludit, Dum nova divorum coenat dulteria: Omnia se a terris tunc numina declinarunt, Fugit et auratos Juppiter ipse thronos*” En traducción significa “*Desde que esta reunión sacrílega hubo contratado al maestro del coro, Malia vio seis dioses y seis diosas cuando César, en su impiedad, osó parodiar a Febo, cuando agasajó a sus invitados renovando los adulterios de los dioses. Entonces todas las divinidades se alejaron de la tierra y el mismo Júpiter huyó lejos de su trono de oro*” (Suetonio, 1985:96)

horas dando vueltas por entre tantos monumentos hermosos, para divertirse y pasar el tiempo” (ibid: 20). Durante la época imperial, la Saepta se convirtió en el lugar obligado de ostentación y compra pecuniaria. Los ricos y los patricios, se congregaban para adquirir esclavos de lujo, telas caras, y chuchearías varias. Su contrataría, eran las calles del barrio Susurra en donde se ejercía la prostitución. Se aconsejaba a los jóvenes no asistir a estos burdeles hasta que no recibieran su toga, símbolo de madurez. Otras fuentes, sugieren una doble moral para con la prostitución. En realidad, explica Robert, las cortesanas frecuentaban los grandes espectáculos en busca de candidatos y su actividad no era proscripta por la ley. No obstante, recurrir a los burdeles tampoco parecía ser un acto de adulterio como hoy se lo comprende. Para el hombre romano, existían dos tipos de mujeres, aquellas destinadas al placer sexual como ser esclavas, libertas y prostitutas por un lado, y vírgenes, madres por el otro. Esta misma tensión que se observaba en la vida diaria, está vinculada a la doble figura mítica de Venus (Afrodita) que ya hemos mencionado. Por lo pronto, incurrir con una prostituta no parecía ser en tiempos de Imperio, una falta que requiera una sanción moral mientras que por el contrario, tratar a una dama como a una mujer fácil implicaba una fuerte condena social (Robert, 1992:208-209).

Los visitantes extranjeros (peregrinos) seguramente quedaban anonadados con el *Templum Urbis*, la más ostentosa y grandiosa construcción dentro de Roma, decorados sus caminos con extraños mosaicos, y sus ciento cincuenta columnas de granito y pórticos, recordaba a los romanos y a los extranjeros, la voluntad de los dioses de haber guiado a Roma por los caminos del Imperium (Paoli, 2004: 23). El campus Martius se conformaba como una extensa llanura verde en donde los ciudadanos disfrutaban y se relajaban luego de una extenuante jornada de trabajo. *“La juventud Masculina se reunía allí para adiestrarse en los ejercicios deportivos; luego también fue de muy buen agrado la juventud femenina. Y todos iban a tomar aire, a calentarse, a ver. El paseo por el Campus Martius era el honesto, dulce atractivo que la metrópoli ofrecía a su pueblo”* (ibid: 40-41).

Los ciudadanos, sobre todo los aristócratas mostraban un notable apego a los metales preciosos; tanto dentro y fuera de Roma, las casas estaban decoradas con adornos de oro y plata, así como los vasos y las vasijas. En efecto, cuenta Tito Livio que a los pueblos sometidos los generales obligaban a entregar toda clase de tesoros, joyas y metales preciosos que eran inmediatamente enviados a las ciudades principales del imperio (Liv. XXI, 60) (Liv. XXXIV, 43). La forma de vestir romana, similar a la griega, exigía al hombre usar cabello recortado mientras la mujer lo usaba largo. Uno de los aspectos, que mayor atención parece haberle causado al geógrafo griego Estrabón cuando visitó el norte de Hispania, fue que las mujeres fueran a la batalla en conjunto con los hombres, la herencia se realizara por línea femenina, y los hombres llevaran cabellos crecidos (evidente signo de femineidad). (Blázquez, 1989:161). Ahora bien, en Roma y sus adyacencias la vestimenta era un símbolo de estatus que diferenciaba a los grupos sociales. La barba se comenzó a llevar afeitada a partir del siglo III AC, en épocas de Escipión el africano. Se asume, que por defectos personales en su cara, el emperador Adriano llevaba la barba crecida, y que entonces a partir de él hasta Constantino, fue moda que los hombres usaran barba. Las mujeres por su parte, eran presa de todo tipo de peinados y vanidades, pero había exclusivamente una de la cual pocas patricias podían escapar; a saber que ésta moda consistía en teñirse los cabellos de rubio con *sapo o spuma batava*, y en ocasiones colocarse extensiones de cabellos rubios provenientes de las melenas nórdicas o germanas. En efecto, el pelo de los nórdicos era

altamente codiciado en el mundo de la moda y las vanidades romanas (Paoli, 2007: 169-174). En este punto, los germanos representaban ambiguamente (como veremos más adelante) tanto lo bueno que Roma había perdido como la valentía y el honor, y lo malo de lo cual se los vinculaba con lo salvaje y lo animal.

En apego de las mujeres por las joyas, y los vestidos llegó a ser tal, que en épocas de Augusto, esté promulgó que ninguna mujer pudiera llevar perlas si no estaba casada y con hijos. Esta medida, tenía como objetivo aumentar la natalidad, y reducir el celibato que ya en ese entonces hacía estragos en la moral de Roma. Emancipadas de la autoridad patriarcal de las que habían estado sometidas en el pasado, las mujeres (llegado el Imperio) no sólo practicaban abortos sin comunicárselo a sus maridos, sino que además se entregaban a los rituales de seducción más complejos. Aún sin entrar en el terreno del adulterio, la dama romana ponía a su disposición todos los recursos para no pasar desapercibida en una reunión pública o privada. La belleza se convirtió así en una forma de poder para el género (Robert, 1992:192).

Los senadores, usaban una especie de zapato al cual llamaban *calceus*. El ciudadano romano, al llegar a los 21 años (*adulescens*)²³ se disponía a vestir un manto de lana que simbolizaba la libertad al cual llamaban *Toga*²⁴. Las mujeres, por su parte, llevaban una túnica acompañado de un manto rectangular también conocido como *palla*. Los colores de la toga variaban acorde al estatus del ciudadano, los emperadores y su familia real llevaban el color púrpura, los conquistadores vestían la toga blanca bordados con palmas de oro, los magistrados y “los niños” (por llamarlos de alguna forma) la llevaban adornadas con tiras púrpuras. En cuanto a la gastronomía, podemos señalar que el “agri-dulce” era el sabor que más predominaba en la cocina romana. “*Los romanos gustaban mucho de la torta de garbanzos, y el que iba a venderlas por las calles hacia negocios de oro.*” (Paoli, 2007:51). Los romanos no acostumbraban a charlar durante la primera comida, si lo hacían durante *el comisattio*. En este segundo rito la pauta principal apuntaba a la ingesta de vino (Veyne, 1985).

La cena con invitados despertaba toda clase de ostentaciones y encargos para impresionar a los huéspedes. Se decoraban las casas con los mejores muebles, y las mujeres vestían sus mejores joyas. Paoli, sobre esto sostiene “*de las mesas, que eran los muebles más hermosos de la casa, y de las cuales se mostraban los hombres tan ambiciosos como las mujeres de las joyas ... La mesa que servía a los comensales cómodamente echados en los lechos triclinares, era redonda; en ella eran puestos los manjares y un recipiente con el vino (lagoena): los comensales se podían servir a su voluntad. También el salero (salium) quedaba siempre a su disposición, y la botella del vinagre (acetabulum). Para sostener los platos con los manjares, se usaba un mueble especial llamado repositorium... los comensales comían echados de través con el codo del brazo izquierdo apoyado en un cojín y los pies vueltos hacia la derecha*” (Paoli, 2007: 144-145)

Al comer, el romano cuidaba no mancharse ni sus vestiduras, ni las manos o la cara, tomando con la punta de los dedos la comida. Esta forma era muy cuidada, ya que era signo de estatus y delicadeza (elegancia). Cada asistente, llevaba al banquete un esclavo

²³ El *adulescens* si bien posee en su forma cierta analogía con el término moderno *adolescente*, nada en efecto tenían que ver entre sí.

²⁴ En la toga el ciudadano se colgaba todo tipo de distinciones, que hacían a su rango político y a su trayectoria.

de su confianza, el cual tenía como función asistir a su amo en todas sus directivas. Asimismo, que existía una competencia entre los asistentes por quien se presentaba con el esclavo más “bello” y “joven” (puer ad pedes) (ibid: 147). Paoli señala que la cena se componía de tres momentos bien distintos. El primero, estaba destinado a la *gustatio*, en el cual se servían manjares ligeros para estimular el apetito. Luego, venía el segundo momento, la cena propiamente dicha o *ferculum*, durante la cual se servían grandes cantidades de vino. La última etapa era la *secundae mensae* o lo que hoy conocemos como postres. También se lo conocía con el nombre de *comisattio*, y se servían comidas picantes para desarrollar la sed. Este era el momento, en el que el comensal bebía mucha cantidad de vino y agua. La *comisattio*, implicaba que se realizaran numerosos brindis, en ocasiones en honor al poder político o en algunos de los que asistían. Con un detalle que asombra pero también habla de su erudición, Paoli nos cuenta “*la manera más común de hacer un brindis a un presente era ésta: se llenaba de vino la copa, se bebía de un trago a su salud y se mandaba llevarse la copa, nuevamente llena de vino, para que él bebiera a su vez. En aquella embriaguez de la vida, recordar la necesidad de la muerte era a un mismo tiempo admonición e invitación a gozar. Y había quien bebía alegremente en copas de plata*” (Paoli, 2004: 149-150)

En la mayoría de los casos, los médicos recomendaban vomitar no como una forma de gula, sino para poder llegar con un mayor espacio y resto al *comisatio*. El carácter sagrado de la cena, obligaba a los asistentes a pasar por cada una de sus tres etapas; el hecho de no hacerlo implicaba un desprecio tanto para el anfitrión como para las deidades invocadas en tal evento. Por último, cabe mencionar que durante la cena, se recitaban poemas, cuentos (comentados por esclavos, poetas, moriones o bufones) y otros menesteres que entretenían (en ocasiones) a los comensales, aunque también existen testimonios que nos hablan de lo aburridas que podían llegar a ser estas reuniones. Todo dependía del contexto, el momento, y la unión entre el anfitrión y el huésped. Es de suponer que durante la era imperial, esta clase de eventos aumentaron significativamente acorde también aumentaba el poder, la riqueza y el prestigio de Roma. Esta forma de rituales, posiblemente hicieron más asimétricas las distancias sociales entre los grupos que conformaban la sociedad, sobre todo amos y esclavos. La simbolización y la puesta en escena que implicaba un banquete nos hace relacionar a este evento con una pieza teatral. En él se tejían inmensas y profundas tramas simbólicas en donde estaban en juego el temperamento, el rango social, estatus y el prestigio inherente a los valores culturales de la época.

En forma ilustrativa, el profesor Jean Noel Robert explica “*es exacto, que para una gran parte de la población, la cena después del baño, se convirtió en un momento privilegiado, en uno de los placeres de la existencia del que todos supieron sacar provecho en función del respectivo temperamento, rango social y cultura. Fue así como la cena, de acto cuasi religioso que era, se convirtió en una verdadera ceremonia, una celebración en la que la alimentación no constituía más que uno de los elementos. Como hemos visto, la cena era una auténtica pieza teatral en la que cada uno representaba su papel. En aquel microcosmos que era el comedor, el maestro del banquete era el dueño del universo y mandaba en los elementos. Las diversiones ofrecidas por los bufones, los danzantes, los músicos no bastaban; todos participaban como actores: los esclavos cantaban y servían los platos como en un ballet; los invitados jugaban a los dados y a veces se dejaban llevar por los placeres del amor y el sexo. Este mundo cerrado y teatral se beneficiaba incluso, en algunos casos, de una maquinaria, como en las mansiones de Néron y Trimalquión. ... la cena pues, constituía*

un placer para todos los sentidos reunidos; un placer total, pero un placer espectáculo” (Robert, 1992:148-149).

En ciertas regencias (sobre todo la Claudia), estuvo de moda organizar batallas de gladiadores durante las cenas, aunque esto no era aprobado por todos, y con el devenir del tiempo cayó en desuso; sobre todo por encarnizadas que podían resultar las contiendas. Nos cuenta Paoli que *“El emperador Claudio, avidísimo de espectáculos sanguinarios, se mostraba siempre propenso a hacer degollar al gladiador caído; y mucho más si era un retiarius; porque los retiarii luchaban con el rostro descubierto y a Claudio le agradaba mucho observar las contracciones y la súbita palidez en el rostro de los moribundos”* (Paoli, 2007:365). Por otro lado, en cuanto a sus manjares y gastronomía, durante la era imperial, los romanos no escatimaron ni gastos ni esfuerzos por hacer de sus comidas y banquetes los más elaborados y preparados. Usualmente, se hablaba días enteros de los banquetes que un anfitrión ofrecía a sus invitados. Por ese motivo, no es de extrañar que en estos eventos se pusiera en juego el estatus social de todos los que allí participaban. Afirma, Paoli, *“los goces del banquete eran preparado con sabiduría metódica y con previsión”* (Paoli, 2007:131).

En efecto, el gusto de los romanos antiguos versaba por el consumo de pan, y sus derivados, *panis acerosus (pan negro)*, *panis secundarius (pan blanco)* y *panis candidus (pan de lujo)*. Cada plato en ocasiones, era servido invocando algún signo en el zodiaco y cada animal tenía una importancia mayor dependiendo de su origen y proveniencia geográfica. Así, los mejores pavos reales no podían venir de otro lado que no sea de Samos; el Faísan de las orillas del Fase, los cabritos de Ambrasia, los atunes de Calcedonia, las ostras provenían de Tarento, los jamones de la Galia e Iberia entre otros (Robert, 1992:141). También disfrutaban de todo tipo de preparaciones hechas con legumbres como garbanzos, habas, lentejas y diversas hortalizas como lechugas, alcachofas, espárragos, col y puerro. Misteriosamente, a pesar de lo que algunos sostienen, los tomates eran casi desconocidos para estos eximios agricultores. En cuanto a las frutas, luego del VI AC, se incorporaron a la gastronomía, las manzanas (mala), peras (pira), ciruelas (pruna) y cerezos (cerasa). De Armenia, los romanos habían importado el Albaricoque (malura Armeniacum), el cual consistía en diversos platillos de ciervo y picadillo de lomo de cerdo. En efecto, con respecto a las carnes, el buey, el ciervo y el cerdo eran de las preferidas por los antiguos. (Paoli, 2007:136)

Los pescados hacían su aparición en los más selectos y populares banquetes. *“En general se hacía en Roma gran consumo de pescado; desde los pececitos conservados en salmuera (gerres, maenae, etc) cosa barata que se despachaba entre el pueblo bajo, hasta los más buscados, como el rodaballo, los salmonetes, especialmente si eran muy gruesos; el escaro (cerebrum lovis paene supremi, lo llama Enio), el Esturión, etc”* (ibid: 137). En este sentido, el garum era un producto excesivamente codiciado ypreciado por los cocineros de la época. Cuenta el profesor Paoli que *“por una escrupulosa receta que se nos ha conservado en un manual griego de agricultura nos enteramos de que ante todo se preparaba el liquamen, esto es, se ponían en un recipiente las entrañas de los peces mezclando en ellas pedacitos de pescado o pescados menudos, y se mezclaba todos hasta convertirlo en una pasta homogénea. Esta pasta se exponía al sol y se agitaba y batía a menudo para que fermentase. Cuando, por la acción del sol, la parte líquida se había reducido mucho, se inmergía un cofín en el recipiente lleno de liquamen. El líquido que lentamente se filtraba en el cofín era el garum ...el buen sabor de los manjares dependía en gran parte de la habilidad*

del cocinero en dosificar el garum. Bastaba a veces una cantidad insignificante; un par de huevos con alguna gotita de buen garum, he aquí un manjar sencillo y delicioso". (ibid: 138)

El dios Baco era la divinidad invocada para esta clase de eventos; algunos romanos lo asociaban con los placeres y la sociabilidad. El vino debió presente en todos los encuentros y festines como signo de hospitalidad y placer²⁵. Tal es el caso, que cuentan los contemporáneos como Suetonio, que Julia tras ser castigada y desterrada por su padre el Emperador Augusto, se le prohibió la compañía de sus hijos, y el uso o ingesta de vino "y de todas las comodidades" de la vida romana a la que ésta estaba acostumbrada. (Suetonio, Augusto, LXVII). Diferente a los banquetes, se tornaba el clima en las tabernas. En los ocasos, los romanos se agrupaban en esta clase de lugares para encontrarse con sus colegas o compañeros de oficio (*collegia*). Según el profesor Veyne, el poder imperial intentó por todos los medios que las tabernas no ofrecieran alimentos, ya que estas reuniones parecían molestar al poder político. Habría que imaginarse entonces, que los intereses de estos pequeños grupos o estaban en contraposición con los patricios o no eran demasiado claros. Como no podía ser de otra manera, la entrada de mujeres a las cofradías estaba terminantemente prohibida. De cierta forma, es posible ver en este tipo de reuniones el caldo de cultivo para futuras revueltas o protestas (Veyne, 1985). Explica Suetonio, que en épocas de Tiberio, los ediles recibieron órdenes expresas del emperador de prohibir las ventas de alimentos (pastelitos) dentro de estos lugares. (Suetonio, Tiberio, XXXIV)

Las tabernas, eran en efecto, los establecimientos más concurridos por la clase pobre de las grandes urbes. Estas las había en grandes cantidades ubicadas en los barrios bajos de la ciudad como así también en las cercanías de los grandes estadios, anfiteatros donde se llevaban a cabo las luchas de gladiadores. En la mayoría de los casos, los taberneros acudían a estas monumentales construcciones en búsqueda de animales muertos en la arena, que pudieran servir a un bajo precio en forma de caldo o plato para sus comensales. Sólo por dos ases, ladrones, vagabundos, esclavos, asesinos y legionarios sin empleo podían acceder a un plato compuesto por carne de jabalí, ciervo, mezclado con garbanzos u otras hortalizas. Particularmente, el vino corría por doquier y los asistentes danzaban o cantaban excitados por sus efectos hasta que todo terminase en una gresca callejera con muertos y heridos. Con el transcurrir del tiempo, y la transformación edilicia de la ciudad, las tabernas comenzaron a ser concebidas como espacios de confabulación política (sobre todo durante la dinastía Claudia). Descubrimientos arqueológicos de tabernas en Pompeya han demostrado varias inscripciones con alusiones directas a los emperadores y sus políticas, hecho que nos

²⁵ Baco (Bacus) o Dionisio (para los griegos) había nacido producto de la unión entre el ya mencionado Júpiter y Semele. Era considerado el dios del vino y la jovialidad. Sin embargo su figura se representaba en dos sentidos: uno como el garante de la diversión y el placer, el otro como el inspirador de los cultos orgiásticos (ménades o bacantes) que eran iniciados en primavera. De acuerdo a la leyenda, Baco moría cada invierno y renacía en la primavera. Para sus seguidores, éste renacimiento marcaba la renovación de los frutos de la tierra y consecuentemente la resucitación de los muertos. Las fiestas bacanales hacían expresa alusión a este dios hasta su prohibición por el senado en el año 186 A.C. Las bacanales se configuraban como fiestas privadas, en donde reinaba el exceso. Si bien luego de su prohibición el sentido de las mismas continuó presente en la creencia del pueblo, su forma discursiva vinculada a la agricultura fue olvidada paulatinamente. Con quienes lo honraban, Baco era bueno, hospitalario y amable, pero mostraba su cara más oscura con aquellos quienes lo despreciaban. En este sentido, Baco los llevaba por medio de los excesos (de todo tipo) a la locura y a la propia destrucción. Se estima que las fiestas Bacanales al igual que las Terminalias fueron introducidas dentro de Roma en el II AC (Solá, 2004:226)

hace pensar que las razones de los príncipes para restringir las actividades que se llevaban a cabo en estos lugares parecían sustentadas. (Robert, 1992:52)

Los negocios o mejor dicho tiendas, daban mucho dinero y eran muy rentables. Se identificaban, con un epígrafe que simbolizaba la actividad en cuestión y ayudaba a potencial comprador a identificar la mercadería. Así, los cuchilleros mostraban en sus relieves sus herramientas de trabajo, los vinateros, tazas y jarros; los polleros, gallos y gallinas y las tabernas figuras de bebedores etc (Paoli, 2007: 53). Otro de los grandes eventos en la vida cotidiana del romano, eran los *baños*. Estos espacios eran públicos y generalmente no existía una división jerárquica por estatus tan marcada. Tanto pobres como ricos se encontraban en los grandes baños públicos. En ellos podían hacer deportes, disfrutar de aguas termales y socializar luego de una extenuante jornada laboral. Los esclavos, extranjeros y gladiadores también podían acceder a los baños pagando una cantidad mínima de dinero. Veyne, se esmera por señalar que ésta práctica no se relaciona directamente con la higiene sino más bien en un encuentro de amistades, muy similar a las playas en la modernidad (Veyne, 1985).

Por otro lado, si bien los romanos restringían en sus colonias los sacrificios humanos, en cierta forma y bajo ciertos emperadores se permitían la lucha de gladiadores en las arenas. La pasión por el circo (*ludi circenses*) romano y las carreras llegó a ser tal, que era tema obligado de conversación en otros espacios públicos como los baños. En ocasiones, se suscitaban disturbios en la ciudad cuando partidarios de tal gladiador se enfrentaban con los seguidores del gladiador contrario. Estas disputas callejeras, no estaban contempladas ni toleradas por el poder político y eran reprimidas por el ejército o los vigiles. De estas observaciones, surge una pregunta que amerita ser respondida, ¿Cuál era la función específica del juego público y en que espacios se desarrollaban?. Los *ludi* (*juegos y espectáculos*), estaban fijados por el senado y eran controlados por los magistrados (Nieto, 2006). Ahora bien, el mundo de los espectáculos era de por sí un mundo que puede ser abordado desde varias perspectivas. Según la tesis doctoral de Jiménez Sánchez, los espectáculos se hicieron todavía más intensos durante la decadencia de ésta y no en los inicios del imperio. En este sentido, el autor sostiene “*nuestro objeto de estudio va a consistir en examinar la relación que se estableció entre el poder imperial y los espectáculos durante la antigüedad tardía.*” (Jiménez Sánchez, 1998:6)

Los anfiteatros congregaban (también) un gran número de personas de todas partes de la ciudad. En ellos se llevaban a cabo combate entre gladiadores (algunos ciudadanos libres) que era de gran aceptación para el pueblo romano. Etimológicamente, su nombre derivaba del término *gladius*, nombre otorgado a la espada con la cual peleaban. Esta tradición es heredada de los etruscos quienes fomentaban estos combates como un rito religioso (entre prisioneros de guerra). El Circo Máximo concentraba la gran mayoría de espectáculos de gladiadores. Situado en la *Vaillis Murcia*, entre el Palatino y el Aventino, el Circo se constituía como un lugar de reunión de todas las clases sociales. Los viajeros y visitantes, que tanto desde el Foro como del Circo dan vuelta la mirada hacia el Palatino no dejarían de admirar una sucesión de bóvedas, restos de edificios y rígidas series de arcos, lo cual lo constituiría en todo un espectáculo (Paoli, 2007:27).

Uno de los primeros juegos de gladiadores se dio por el 490 AC por Valerio Máximo (*munus gladiatorium*); pronto, esta tradición comenzó a extenderse por todo Roma hasta las provincias. Los gladiadores gozaban de alto prestigio y honores, a su

disposición estaba toda la medicina romana. Se estima que existían varias casas de entrenamiento para estos combatientes, en donde los *lanistas* comerciaban vendiendo y comprando gladiadores. Toda esta estructura hacía de gran valor a los gladiadores; hecho por el cual se evidencia que –excepto algunos casos- los combates no llegaban a la muerte (Suetonio, 1985) ²⁶. Sin embargo, en ocasiones y siguiendo los designios del *Imperator*, el circo romano funcionaba como un mecanismo de control social y ejecuciones públicas, arrojando en él a minorías religiosas como el caso de los cristianos (Nerón César) o criminales sin distinción de penas (Cayo Calígula) (Suetonio, Calígula, XXVII). Para una mejor comprensión del fenómeno, es necesario mencionar que las autoridades romanas tenían la facultad de nombrar a cierto grupo o individuo bajo el mote de “enemigos de Roma”. A tal suerte, ellos eran ajusticiados en forma histriónica en esta clase de sitios, lo cual explica la pasión que sentían los ciudadanos por estas ejecuciones. El ejemplo debía ser claro a grandes rasgos y aleccionador. Este tipo de entretenimiento o forma de ocio servía además como mecanismo de disuasión para todos aquellos que atentaran (de alguna u otra manera) contra los intereses del poder político (imperial). Aunque también, las multitudes usaban estos lugares en forma reaccionaría, por lo general vitoreando a los enemigos políticos del emperador.

En sus Cartas Morales a Lucilio, Séneca sugiere tres tipos de temores, a la miseria, a la enfermedad y a la violencia de los poderosos. De los dos primeros males, sugiere nuestro filósofo entran silenciosamente sin infundir ningún terror pero en el tercer tipo entra en nuestros sentidos acompañado de fuego y hierro, de cadenas y bestias feroces, de cruces y garfios. Con respecto, entonces a la coacción de los gobernantes Séneca sostiene “*no es de extrañar, pues, que este mal sea más temido presentándose con tanta variedad y con tan terrible pompa. Así como el verdugo aterroriza tanto más cuanto mayor número de instrumentos de tortura exhibe, ya que semejante espectáculo vence al hombre que habría resistido el dolor, también de las cosas que sojuzgan y doman a nuestras almas, las más eficaces son las que se llegan a nosotros con mayor espectáculo*” (Séneca, V I, cart. XIV, p.40). Existe cierta alegoría quizás a los reinados de Claudio o Nerón de los cuales Séneca fue contemporáneo. Oriundo de Bética (España) e hijo de un procurador Imperial (Marco Anneo Séneca), se predispuso desde niño al arte de la oratoria y del debate aunque muchas cosas de su vida continúan desconocida para los historiadores. Se entiende que *Cartas Morales a Lucilio* es un tratado moral que resume la vida de un filósofo de raíz estoica pero muy vinculado a las altas esferas del poder romano.

Durante el reinado de Calígula se creó una nueva forma de espectáculo destinado a ciertos grupos privilegiados. Este consistía en traer embarcaciones de las diversas colonias, y formarlos en posición de puente en el mar, entre Baias y Puzzola. Las embarcaciones eran cubiertas con pavimentos y su función principal era recordar la Vía Appia, una de las calzadas más importantes de la ciudad. En referencia al emperador, “*durante dos días no hizo más que pasar y volver a pasar por aquel puente; el primero, en caballo magníficamente enjaezado, llevando una corona encima de la cabeza, el escudo en la mano y la espada en la otra, y vistiendo una clámide bordada de oro; a la mañana siguiente, con traje de auriga, en un carro arrastrado por dos famosos caballos*” (Suetonio, Calígula, XIX). En otros casos, lo sucedido tanto dentro de los espectáculos públicos como teatros (*ludi scaenici*) o arenas (*ludi circensi*), era parte de conversación obligada durante los días sucesivos. Por lo menos así lo testimonia Tácito

²⁶ La clasificación de los gladiadores era variada pero los Emperadores siempre poseían los mejores.

con respecto a Druso (hijo del emperador Tiberio) y su tendencia a disfrutar los combates violentos:

“Druso presidió unos juegos de Gladiadores que ofreció en su nombre y en el de su hermano Germánico, dando muestras de excesivo disfrute ante la sangre, aunque ésta fuera vil. Esto inspiraba miedo en el pueblo y se comentaba que su padre le había reprendido. Circulaban múltiples explicaciones de por qué no había acudido el propio Tiberio al espectáculo: decían unos que por su aversión a las aglomeraciones, otros que por la tristeza de su carácter y por temor a las comparaciones, ya que Augusto había tomado parte de buen grado. No me inclino a creer que pretendiera dar ocasión a su hijo de hacer ver su crueldad y provocar los odios del pueblo, por más que eso también se ha dicho” (Tácito, I, 76). Si se analiza detenidamente el párrafo que precede, observamos el vínculo existente entre el espectáculo como modo de ocio y/o entretenimiento y la presencia del poder político. Para el romano, la presencia o mejor dicho la ausencia de las autoridades durante los juegos o fiestas implicaba un mensaje específico que por sí mismo trascendía los límites de ese evento.

El ejemplo citado, aduce a las diferentes especulaciones (chismes) que suscitaban por un lado el comportamiento de Druso y la ausencia de su padre. Aun cuando, las causas de por qué Tiberio no asistió a esos juegos permanecerán desconocidas, el testimonio de Cornelio Tácito nos ayuda a comprender la función que cumplían los espectáculos como modo de construcción identitaria y de imagen política. En cuanto a la vida privada, los romanos concebían al sexo (también) como una forma de ocio. Sin embargo, no parecían tan liberales como cree el imaginario colectivo. Existían fuertes tabúes y restricciones con respecto a la forma de conducirse en el sexo. Todas las mujeres debían conservar su sostén durante la relación, mientras que los hombres no podían tocar sus senos. Si bien los romanos no tenían prohibiciones con respecto a la elección sexual, la pasividad, era considerada un signo femenino y por tanto era rechazada por los hombres.²⁷

Por su parte, el nacimiento de un hijo también era causal de festejo, por regla y normas de buenas costumbres, los romanos daban el nombre a los niños dependiendo de su género. Si era niña le otorgaban el octavo día, mientras si era niño lo hacían al noveno de su nacimiento. A este día se lo conocía como el *“lustricus dies”*, o también día de la purificación. Al igual que en la era moderna, al flamante padre se le daba una licencia para concretar ciertos ritos religiosos. (Suetonio, Nerón, VI)²⁸

²⁷ La moral romana sostenía que el hombre podía acostarse y tener relaciones con otros hombres, pero siempre de manera activa. El afeminamiento que implicaba la pasividad sexual era rechazada compulsivamente en el mundo romano. A este hecho lo llamaban impuditia, término que hace clara alusión a la falta de poder. En el mundo moderno actual fue traducido como impudicia. El amor romántico como hoy lo conocemos tampoco existía en la antigua Roma. Estar enamorado de una mujer era signo de debilidad y subordinación. En su lugar, el valor de la amistad era muy considerado por los hombres. Aunque parezca algo extraño, tampoco existían tabúes relacionados a la edad de las personas con las cuales se mantenía la relación. Recordemos, que las figuras de la niñez y la adolescencia eran totalmente desconocidas en la Roma Imperial. El sexo entre un ciudadano adulto y un niño no eran motivo de escándalo en la vida social; sobre todo si este último era un esclavo (Veyne, 1985). Sin embargo, existen testimonios (Suetonio, 1985) de repudio a la relación con infans y pueri (como en el caso de Tiberio, al cual Suetonio llama “aberraciones”).

²⁸ Cada condición social en cuanto a edad recibía un nombre específico: infans (hasta los 7 años), Puer (7 a 17 años), Adolescens (17 a 30 años), Iuvenis (30 a 46 años), Senior (46 a 60 años), Senex (60 a 80 años) y Aetate Proiectus (más de 80 años).

Pero los juegos públicos no eran los únicos que se practicaban en la antigüedad. Entre los juegos populares se encontraban enganchar ratoncillos de carritos y organizar carreras entre ellos. Luego, esta forma se llevó a organizar entre los infant y puers carreras de carros tiradas por cabras u ovejas. La Gallina ciega (mosca de bronce) y la mancha también se jugaban en la antigua Roma. Otro juego obligado, era el *capita e navia o cara / cruz*, como se conoce actualmente. En efecto, todos los juegos de los “niños” se imitaban del mundo de los adultos. *“La mayor parte de estos juegos colectivos eran sugeridos a los niños por su instinto de imitar a los adultos, como cuando jugaban a los soldados, a los jueces, a los magistrados.”* (Paoli, 2007: 340-341)

Los “mayores”, incursionaban en otra clase de juegos en los que en ocasiones se apostaban grandes sumas de dinero y llevaban a hombres “honrados” a la quiebra, tales como el caso de los dados, tabas y la morra entre los más conocidos. A medida que subía en la jerarquía social mayor parecía ser la pasión por las apuestas y los juegos de azar. *“Con los juegos de azar, la ley romana era particularmente severa. Los prohibía, consintiéndolos sólo durante las Saturnales, las fiestas romanas de tipo carnavalesco, en las cuales había alegría y libertad para todos. Las deudas de juego no eran reconocidas; no sólo el acreedor no tenía acción contra el deudor, es decir, no podía con medios legales obligar al deudor a pagarlas, sino que se reconocía al deudor el derecho a reclamar judicialmente todo lo que hubiese pagado”.* (ibid: 345)

Finalmente, la noche traía consigo un paisaje del que algunos temían pero otros ansiaban. No era extraño, si alguien quería salir debía hacerse acompañar por un esclavo con antorchas; no era extraño encontrarse con ricos totalmente borrachos, vagabundos, legionarios que salían de las tabernas o los prostíbulos, y gentes que volvían de los banquetes. La noche parecía también estar destinada para todos aquellos que abandonaban a escondidas su residencia para entregarse a los más denigrantes excesos. La *sagatio* era un juego (creado por los militares) que obligaba a una persona a tenderse lo sujetaban atándolo y lo lanzaban por el aire hasta que se aburrían del juego. Si bien los vigiles reprimían estos actos, algunos transeúntes eran víctima de ellos (Paoli, 2007:58-60).

Las Fiestas Saturnales (un retorno a la humildad)

Las fiestas Saturnales también atraían la atención de los ciudadanos romanos. Como su nombre lo indica, este evento era dedicado a honor del dios Saturno. En los principios, estas señalaban el final del trabajo en el campo. Entonces, toda la familia romana (campesina por naturaleza) tenía un tiempo de descanso luego del esfuerzo realizado. Estas fiestas comenzaban el 17 de Diciembre y duraban 7 días, hasta el 23 del mismo mes. Si bien desconocemos los motivos, podemos señalar que luego las autoridades romanas redujeron ese lapso a 5 días (Solá, 2004:253).

Imaginar el ambiente que imperaba en esas fiestas no es una tarea difícil. En todas las calles de la ciudad se podía apreciar una alegría (inconmensurable), se suspendían las condenas a muerte, se les daba libertad a algunos condenados, se realizaban sorteos y se permitían los juegos de azar. Todos los habitantes de Roma, sin distinción de estatus estaban invitados a los banquetes celebrados en honor a Saturno. Todas las restricciones que dominaban la vida de Roma eran levantadas temporalmente. El regreso a éste caos, era una manera de recordar la vida en sus inicios. La subordinación y la dominación eran abolidas; llegado el punto los señores simulaban ser esclavos, y los esclavos hacían lo propio tomando el rol de señores.

Comúnmente, siervos y patrones se juntaban en camaradería bajo el juego de dados (el cual esta también prohibido). No era extraño, que los esclavos tuvieran licencia para decirle a su amo todas aquellas verdades molestas que en la vida diaria no podían decirle. Los regalos circulaban por doquier, en general eran velas o muñecos de barro entre los desconocidos y dinero entre los amigos. El caso y el descontrol llegaron a ser tal que el ambiente regulaba las propias contradicciones del mundo romano y su estructura jerárquica. Dentro del caos, el ritual de las Saturnales daba orden y coherencia a un mundo a veces utópico y cruel. (Solá, 2004:255). Quizás esta haya sido la causa de la reducción de los días festivos por el poder romano. Sin embargo, esto es sólo una especulación personal (desatinada tal vez).

La Fiesta del Triunfo (Un atisbo de Soberbia)

Luego de una campaña militar exitosa, el caudillo involucrado hacía una entrada triunfante con los botines de guerra, con los prisioneros y su ejército. El *pomerium* era una línea sagrada que separaba el mundo bárbaro de la civilización romana. Al pasar por la puerta de triunfo, el ejército atravesaba inexorablemente esta línea. Encolumnados directo hacia *El Capitolio* marchaban las tropas romanas, y una vez llegados al lugar, se llevaban a cabo diversos rituales y sacrificios para liberar de culpa a los sobrevivientes del combate (Solá, 2004:255). Según las ideas romanas, los demonios acechaban activamente a aquellos que tenían éxito, por ese motivo no era difícil observar diversos ritos de purificación en las fiestas del Triunfo. Por detrás del caudillo se ubicaba un esclavo que recordaba todo el tiempo al triunfador “recuerda que eres un hombre”. En este sentido, no sólo los soldados sino también el pueblo reunido para este evento podían y de hecho estaban autorizados a satirizar y burlarse del triunfador. (ibid: 256)

En el 46 AC, *Caius Julius César* llevó a cabo una celebración con motivo de sus victorias en Galia, Egipto y África durante el lapso de diez días. Predominaron los obsequios de cereales, denarios y aceites. También se llevó a cabo un banquete para 22.000 mesas. Para cuidar a César de las envidias de ciertos demonios, los reunidos lo burlaron llamándolo “*amante de un rey de Asia Menor de nombre Nicomedes*”. El líder militar no sólo que estaba preparado para tal broma sino que no tuvo otra opción más que aceptarla (ibid: 256). La tensión existente entre poder y humildad era evidente en la antigua Roma. Particularmente, si bien por un lado este tipo de fiestas eran llevadas a cabo con un fin específico resaltar la “soberbia” militar de Roma, por el otro servían (además) para recordar los límites del poder. Otras fiestas también eran celebradas a lo largo del año, y aunque pueden ser muy interesantes de abordar, por una cuestión de espacio nos veremos obligados a dejar ese análisis para futuros trabajos.

Los romanos y sus viajes.

Si bien no se puede aún hablar de un movimiento turístico moderno, existía en el Imperio Romano una gran afluencia de viajeros; tanto aquellos que salían de Roma como los que ingresaban maravillados por sus majestuosos monumentos. Según, Ludwig Friedlander (1982) la comunicación entre Roma y sus provincias era óptima. Los romanos gozaban no sólo de las mejores vías (caminos) sino también de los medios de transporte más avanzados. Este sistema de carreteras comenzaba en el Foro y desde él se desprendían cinco caminos que atravesaban toda Italia con rumbo a las provincias. Por ejemplo, cuenta A. J Norval que el viaje desde Antinoquía a Constantinopla (una distancia de 747 millas o 1200 kms) podía realizarse en seis días. En este sentido, uno

de los recorridos más rápidos, fue aquel que hizo Tiberio a Drusus por Tichinum (Germania), recorriendo una distancia de 320 Km. sólo en veinte horas. (Norval, 1935)

La infraestructura vial que poseía el Imperio romano y el estado de los caminos eran realmente uno de los mejores de toda Europa. Como resultado de ello, miles de romanos salían durante el calido verano buscando las costas balnearias de *Baiae*, *Aedepus* y *Canobus* entre otros. A lo largo de Canobus hasta Alejandría existían numerosas posadas de lujo para aquellos que desearan hospedarse en el lugar. Sin embargo, el máximo incentivo para emprender un viaje eran los sitios históricos que despertaban en los ciudadanos pudientes una gran admiración y curiosidad. Centros alejados y exóticos pertenecientes a Egipto y Grecia eran de gran interés para ciertos grupos de privilegiados; como *Alejandría*, *Efeso*, *Esmirna*, *Tebas*, *Menfis* y *Rodas entre otros* (Norval, 1935). Al igual que en épocas modernas, los guías eran los encargados de reconducir a los viajeros por unas pocas monedas. No obstante, no existían actividades y circuitos turísticos pre-establecidos, particularmente este personaje (el guía) estaba sujeto a los deseos del viajero e incursionaba en los caminos que éste quisiera recorrer. Por lo general, se celebraba de antemano un convenio oral entre el peregrino y un tendero ubicado en el mercado local de la ciudad, cuya función radicaba en disponer de guías y asignarle a cada uno un peregrino y/o ruta segura.

La ciudad de Alejandría fue el centro cultural helénico egipcio por excelencia, en ocasiones, separado culturalmente del resto del país, en donde nacen nuevos estilos de literatura como ser las narraciones épicas y las proféticas. Es sobre este último género, que surge en Alejandría la astrología como actividad orientada a la interpretación de los astros y el porvenir. Si bien al principio, este nuevo género sólo se manifiesta en esta ciudad, paulatinamente tenemos evidencias para creer que fue excediéndose por todo el reino egipcio. En consecuencia, el astrólogo egipcio gozaba de gran consideración en el mundo antiguo. Lo expuesto hasta el momento nos lleva a suponer, que varios romanos escogían visitar Alejandría en búsqueda de éstos expertos en desentrañar los designios y el comportamiento de los astros. Como señala Grimal “*El prestigio de Alejandría en materia astrológica fue tan grande que se extiende sobre todo el conjunto del país ... En la propia Roma, los astrólogos egipcios gozaban del mismo prestigio, y es Horos, por ejemplo, un egipcio, quien revela su destino a Propercio*” (Grimal, 2002:206).

Por otro lado, cuenta Suetonio que calmada la insurrección en Roma tras la muerte de Sila, Julio César escogió Rodas como lugar de descanso y para oír al sabio Apolonio Molón, sin embargo camino a esa ciudad César fue tomado como prisionero por unos piratas en donde permaneció cautivo por cuarenta días (Suetonio, César, IV). Otro centro de interés para los viajeros romanos era la Siria Septentrional, originalmente incorporada al Imperio por Pompeyo en 64-63 AC. Durante los siglos II y I, los patricios gustaban de visitar las celebres ruinas de Baalbek (ba'al biq'ah), cuya deidad correspondía a Zeus de Heliopolis (Grimal, 2002:225). Si nos remitimos a los testimonios de la época, Estrabón hace una descripción de Siria como un lugar de hermosos paisajes, constantes fiestas, uno de los puertos más importantes del Asia Menor, un asiduo comercio y un centro cosmopolita en donde confluían diversas culturas y religiones (Estrabón, 1853-77).

Aunque no estrechamente relacionado al ocio, los viajes eran uno de los motivos que otorgaban prestigio a los profesionales dedicados a la educación o la medicina. Un profesional proveniente de estas disciplinas, debía tener entre sus conocimientos cierto

número de viajes y haber ejercido su profesión en tierras lejanas. Al respecto, Norval sostiene “*los médicos ambulantes eran muy apreciados por los residentes porque los viajes era un signo de distinción en la carrera de quienes ejercían la antigua medicina. Incluso los curanderos eran conscientes de la importancia que confería la realización de viajes, y de esta forma competían en movilidad con los médicos realmente calificados a fin de poseer la necesaria experiencia y formación*” (Norval, 1935: Cáp. I). Los enfermos eran enviados a balnearios especializados en las montañas como Los Pirineos, los Cárpatos o los Alpes. También eran conocidas las organizaciones de ferias como *Delfi, Manea, Delos y Corinto*. Asimismo, para las clases menos pudientes estaba la isla de Sicilia. Sus paisajes naturales, y el agradable clima que imperaba en la región hacían de esta isla un centro obligado para comerciantes y plebeyos. Las fiestas y las conmemoraciones tenían una gran afluencia de público tanto para dentro de Roma como para sus periferias. Encontramos testimonios en Séneca, de la crítica de los filósofos romanos con respecto al viaje cuando afirma “*“por lo que siento, concibo buenas esperanzas, ya que no andas vagando y no te afanas en cambiar de lugar. Estas mutaciones son de alma enferma; yo creo que una de las primeras manifestaciones con que un alma bien ordenada revela serlo es su capacidad de poder fijarse en un lugar y de morar consigo misma ...a los que pasan su vida corriendo por el mundo les viene a suceder que han encontrado muchas posadas, pero muy pocas amistades*” (Séneca, T. I, Cart. II, p. 16).

Asimismo, en sus cartas, tituladas *Los viajes no curan el espíritu*, Séneca asume que “*¿por ventura crees que sólo a ti te ha sucedido, y te admiras de ello como de algo nuevo, si en un viaje tan largo y por tanta variedad de países no has conseguido liberarte de la tristeza y la pesadez del corazón?. Es el alma lo que tienes que cambiar, no el clima. Ni que cruces el Mar, tan vasto, ni que, como dice nuestro Virgilio se pierdan ya tierras y ciudades, los vicios te seguirán dondequiera que vayas*”²⁹. Viajar no necesariamente es ir “errante” o cambiar de lugar; el desplazamiento continuo lleva a despojarse de las obligaciones y los obstáculos de la vida y “*cualquier cosa que hagas los haces contra ti mismo, y hasta el movimiento te daña porque sacudes a un enfermo*” (Séneca, T. I. Cart. XXVIII, p. 72). Finalmente, el movimiento adquiere una naturaleza alienante y negada por cuanto pone al hombre de espaldas a la vida. De esa forma, se teme aquello a lo cual se niega. Es ridículo, que un mortal (el cual por sólo serlo morirá) tema a la muerte, como también que quien posea algún bien tema perderlo. Las riquezas, el oro y la plata no compran la libertad, asimismo los viajes no curan el espíritu ni crea a los oradores o a los doctores, tampoco sosiega la ira o los vicios. El mensaje principal de Séneca versa en una crítica a la voluptuosidad y con ella a las nuevas costumbres romanas de ostentación y estatus.

¿Qué significan exactamente estas declaraciones últimas y cual es su impacto en el problema estudiado?. Para un correcto análisis de esta cuestión conviene separar el problema del viaje en Séneca en tres dimensiones: la primera, hace referencia a la ambición como forma de expansión del conocimiento sensible, viajar es conocer más paisajes, costumbres y pueblos pero a la vez no lleva a la “sabiduría”, ya que el espíritu se niega así mismo. En segunda instancia, el ansia de posesión traerá consigo temor a la pérdida. En efecto, “*será tan grande la demencia de la ambición, que ya no te parecerá*

²⁹ Séneca, Lucio Anneo. *Cartas Morales a Lucillio*. Buenos Aires, Ediciones Orbis, 1984, Tomo I, carta XXVIII, pág. 71.

que exista nadie detrás de ti si existe siquiera uno sólo delante. Tendrás a la muerte por el peor de los males, siendo la realidad que únicamente tiene de malo aquello que la precede: ser temida. Te asustarán no sólo los peligros sino las alarmas; y vivirás siempre agitado por cosas vanas” (Séneca, v. II, cart. CIV, p. 133).

En otras palabras, quien mucho tiene mucho quiere y teme perder. Finalmente, el movimiento adquiere una naturaleza alienante y negada por cuanto pone al hombre de espaldas a la vida. De esa forma, se teme aquello a lo cual se niega. Es ridículo, que un mortal (el cual por sólo serlo morirá) tema a la muerte, como también que quien posea algún bien tema perderlo. Las riquezas, el oro y la plata no compran la libertad, asimismo los viajes no curan el espíritu ni crea a los oradores o a los doctores, tampoco sosiega la ira o los vicios. El mensaje principal de Séneca versa en una crítica a la voluptuosidad y con ella a las nuevas costumbres romanas de ostentación y estatus; una suerte de exacerbación canalizada del deseo y el placer sensual cuyos fines y objetivos políticos conllevaban a la entropía material y humana en grandes aglomeraciones urbanas.

Lo cierto era, que las familias patricias tenían como costumbre enviar a sus hijos a Grecia para recibir clases retórica y filosofía. Sin embargo, las razones que impulsaban un viaje no eran sólo por educación. Los romanos *“viajaban para ir a la sede de sus estudios, para ejercer cargos en provincias, por razones militares o de comercio, para visitar los monumentos más famosos o sencillamente para sacudir el aburrimiento”* (Paoli, 2007: 333). En este sentido, el canal marítimo era siempre el más preferido, por las comodidades y la rapidez en comparación con el desplazamiento terrestre. Un obstáculo, muy interesante de la época era el mal equipamiento, la atención o la falta de posadas en territorios que se ubicaban fuera de las áreas urbanas. Como detalle, Paoli afirma *“los antiguos ignoraban la industria de los grandes hospedajes, que es verdaderamente una conquista moderna”* (ibid: 333).

Si bien la toga era la vestimenta que llevaban los viajeros oficiales, en la mayoría de los desplazamientos de ocio, el romano vestía una túnica sobre la cual se colocaban una capucha llamada *paenula*. La túnica también se colocaba de una manera especial para no ser un obstáculo para el movimiento; ésta podía ir sujeta en la cintura o en una bolsa. En cuanto a las formas de los vehículos, estos podían ir desde el currus, o carro de ceremonias, los cuales estaban destinados a las entradas de triunfo o en los circos, hasta los carros gaélicos propiamente dichos. Asimismo, las literas eran las formas de desplazamientos urbanos más comunes y una de las pocas (sino la única) permitida por ley. Nuestro autor nos sugiere *“característica de los romanos es la costumbre venida de Oriente de hacerse llevar en litera (láctica) o en una silla de manos (sella gestatoria); en la una se iba acostado, en la otra sentado; una y otra podían estar provistas de cojines (pulvinaria) y cortinas (vela). Eran llevadas por esclavos robustos, en número variable de dos a ocho, escogidos de la misma estatura y en línea, esto es, vestido con trajes semejantes al de los militares y de colores vivaces”* (ibid: 335).

Asimismo, los festivales se celebraban no sólo en las ciudades principales sino también en sus respectivas provincias. Sin ir más lejos, Grecia era un atractivo ineludible durante la celebración de los *juegos Olímpicos o los juegos Pitios* (Norval, 1935). No obstante, cabe aclarar que todos los desplazamientos se llevaban a cabo dentro del mundo conocido y en muy raras ocasiones se traspasaba los límites del Imperio. Se creía que el

Dios *Terminus* era aquel encargado de velar por los límites y las fronteras³⁰. En los alrededores de la ciudad, los miradores también funcionaban como lugar de recreación y esparcimiento, en donde se podía contemplar las maravillas arquitectónicas de Roma. Las laderas “del Janículo” dice Paoli “*se fueron constelando en espléndidas vías suburbanas; el espectáculo que se gozaba desde allí era verdaderamente – pase la gastada expresión, aquí necesaria – único en el mundo. Pensémoslo un poco: se estaba en el campo y se tenía la ciudad a dos pasos; se respiraba el aire puro de la colina sin experimentar el disgusto de sentirse absolutamente fuera de la vida de Roma; porque la ciudad substancialmente seguía estando allí*”. (Paoli, 2007: 47)

Este pasaje es de suma importancia, pues por un lado revela el apego cultural e identitario que el ciudadano tenía hacia su ciudad *mientras* que por el otro, también refleja una necesidad de distensión con arreglo a un no muy lejano desplazamiento territorial. Una función muy similar (salvando las distancias) que en las ciudades modernas cumplen hoy las plazas públicas. Otro motivo inexpugnable a la hora de organizar un viaje, era la visita al pueblo natal. Como ya hemos mencionado, Roma (sobre todo durante su conformación como Imperio) atrajo a gran cantidad de campesinos (empobrecidos) a las ciudades, algunos prosperaron y otros no. Tantos ellos como sus hijos, regresaban anualmente de visita a aquellos lejanos hogares que habían dejado atrás en Hispania, Galia, Britania, África, Asia Menor y otros más. Verdaderos contingentes de personas retornaban aunque más no sea por unos pocos días a su “patria chica”. Al respecto, Robert sostiene “*a los más grandes hombres del Estado como Catón, la ruda vida campesina les había conferido la fuerza de carácter y la tenacidad, virtudes que resultaron muy necesarias para hacer de Roma la capital del mundo. Y todos estos grandes romanos permanecieron fieles a su tierra natal, que iban a visitar en cuanto los asuntos públicos les dejaban tiempo para ello*” (Robert, 1992:152).

Hemos de suponer entonces, que en similitud con la modernidad, en la antigüedad existían una gran cantidad de expatriados que retornaban en épocas de receso a las ciudades que los vieron nacer. En parte como una forma de reificación de los lazos sociales, cierto revanchismo, pero también como mecanismo de evasión ante las presiones que exigía la vida urbana.

Formas elementales de la hospitalidad

La hospitalidad surge de la lengua, del idioma por la cual se le pide al estado. Un viajero que se rehúsa a hablar nuestra lengua es despojado del beneficio de la hospitalidad para el extranjero. Para el autor, la hospitalidad es posible bajo un derecho protegido por el patrimonio y el nombre (apellido) en donde juegan el límite y la prohibición. En otras palabras, en el anonimato nadie puede recibir hospitalidad porque no tiene lugar de nacimiento, ni historia, ni patrimonio, ni referencia alguna. Un inmigrante es recibido en una tierra bajo el principio de hospitalidad condicional, se le pregunta ¿Quién eres y de donde es que vienes?. De ninguna manera el Estado permite la entrada libre de extranjeros sin una verificación previa. Es según el autor, la hospitalidad condicional es el primer hecho de violencia (coacción) por el cual el Estado se fundamenta como tal frente al xenos. Por otro lado, la hospitalidad absoluta exige que abra mis puertas ya no sólo al extranjero que es finito, sino a otros y a otro absoluto

³⁰ La profesora María Delía Solá nos recuerda que “*Terminus* era el dios de los límites y de las fronteras en la mitología romana Este dios tuvo su origen en el valor sagrado que desde la antigüedad se le dio a los límites y a la piedra que servía para marcarlos. En Roma se atribuía la organización territorial al rey Numa Pompilio (714-672 AC) y se lo nombró como fundador de las Terminalias” (Solá, 2004:257)

sin ningún tipo de reciprocidad. Entre el “huésped y el parásito existe una diferencia abismal. El huésped está condicionado por la ley y el derecho que le dan su sustentabilidad en el patrimonio y la identidad.

El derecho de asilo, así, se da a quienes se introducen en el “hogar” con una historia previa a diferencia del huésped ilegítimo. Pero este huésped continúa siendo un extranjero, y aun cuando la recepción sea calida se debe al principio de hospitalidad. A éste no se le niega a ningún extranjero cuya dependencia quede circunscripta al derecho (y sobre todo al Estado). El poder de policía, en principio destinado a perseguir y encarcelar a los huéspedes cuya hospitalidad es ilimitada (fuera de todo derecho) como son los inmigrantes ilegales, en los extranjeros con hospitalidad condicionada encuentra un receptáculo para ciertas demandas. Mientras un viajero esta protegido bajo el principio de hospitalidad, el soberano pone todos sus esfuerzos para que éste no sea dañado, pero siempre y cuando se mantenga como un extranjero en tránsito; si por algún motivo nuestro viajero decide arraigarse otras fuerzas y mecanismos entrarán en juego. Es cierto que los Estados intolerantes con respecto al xenos (extranjero) focalizan en la diferencia del lenguaje y anulan el principio básico de hospitalidad (visto generalmente en los movimientos nativistas), empero el viajero lleva consigo su lengua materna como marca de nacimiento (aun si se encuentra condenado a morir en tierra de extranjeros). Pero si la lengua, es tomada en sentido estricto (como la hospitalidad) la nacionalidad impero por sobre la división del trabajo. En otros términos, un obrero francés tiene más en común con un empresario francés que un obrero palestino si partimos de la base de una lengua en sentido estricto: ambos hablan el mismo (o parecido) francés. Por el contrario, si la lengua es comprendida desde un punto más amplio, un burgués intelectual palestino tiene más en común con el mismo Derrida que un obrero francés.

El autor esboza aquí el principio marxiano de la solidaridad de clase relacionándolo con la hospitalidad y la lengua materna. Esta relación puramente conceptual es importante a la hora de estudiar el fenómeno de la hospitalidad por dos motivos principales; el cuerpo de lo nacional se impone en la hospitalidad como en el lenguaje restringido, es decir cuando el francés es homogéneo al francés sin importar la clase, pero paradójicamente sucumbe ante la hospitalidad incondicional o la relación de clase entre un extranjero y un francés. La extranjería es un rol impuesto por el Estado y el principio restringido de hospitalidad. Como ya años atrás habían propuesto los pensadores marxianos, la “solidaridad de clase” quebranta no sólo la lógica del capital burgués y la ideología (falsa consciencia) sino el principio de hospitalidad restringido. Implícitamente, podríamos afirmar que la hospitalidad se basa en la ley específica de la diferencia y la similitud. La Ley en general choca con la ley particular, como el inmigrante choca con el ciudadano y el “huésped con el parásito”.

En uno de los más interesantes trabajos filosóficos de revisión sobre la hospitalidad en Derrida, Mark Westmoreland (2008) se pregunta cual es la relación entre la hospitalidad y la interrupción; ¿Por qué el autor invita a comprender o interpretar la misma desde la interrupción?. En efecto, la hospitalidad (absoluta) existirá siempre cuando exista subordinación; Occidente por su parte no conoce otra hospitalidad que aquella otorgada condicionalmente (estricta). La hospitalidad como la ética no existen sin una cultura que les de alojamiento; pero la hospitalidad occidental condicionada exige retribución, reclama la ley imponiendo premios y restricciones a quienes la siguen o la desobedecen. El principio de soberanía burgués, en el sentido de M. Foucault, es parte de la hospitalidad (Foucault, 2000).

Inicialmente como infiere Westmoreland, la hospitalidad fue un pacto religioso y político entre las tribus indo-europeas; como sostenía Derrida ospes (termino arcaico de hospitalidad) deriva en principio de la ley de los hombres (Westmoreland, 2008). No obstante, con el transcurrir de los años y los siglos, éste complejo de proceso de reciprocidad mítico-religioso se transformo en una forma de crear hegemonía y fundamentó las bases de la conquista de América; los imperios de la ley no sólo se imponen por medio de la Infra-valorización del prójimo, sino que utilizaron, utilizan y utilizarán los pretextos de la no hospitalidad para sus incursiones bélicas y guerras preventivas (Ramos y Loscertales, 1948) (Pagden, 1997).

En parte no es extraño que hotel y hospital tengan un origen etimológico común: hospitium, término por el cual las tribus indo-europeas celebraban convenios de reciprocidad en épocas de paz, dándole paso a los viajeros y de guerra generando obligaciones de ayuda recíproca en los campos de batalla. En este sentido, mientras el hospital abre sus puertas (en la mayoría de los casos cuando la medicina es pública) a todos sin restricción aplicando una hospitalidad incondicional, el hotel hace lo propio sólo bajo la dinámica de la hospitalidad restringida, donde el servicio sólo se convierte en una contrapropuesta. Es la ciudadanía aquella destinada a preservar los “espacios de publicidad” frente al inminente avance del capital y a la privatización de la medicina pública. Es precisamente allí, en las sociedades en donde ésta no es posible sino por medio de la imposición de la ley, que la hospitalidad restringida invade la esfera de la absoluta poniendo restricciones y agravando la desigualdad entre los hombres.

Por lo expuesto, el texto reseñado no sólo se constituye como una obra de consulta obligada para todos aquellos que estudien los fenómenos vinculados a la migración, y las consecuencias jurídicas, sociales y económicas de ésta, sino también a aquellos quienes se ven involucrados en el estudio de su contralor, el turismo moderno como fenómeno social en donde la hospitalidad (por regla general subordinada a la lógica burguesa) genera una relación de obligaciones e intereses en los actores involucrados. Esta relación entre Persona, Estado y Acción nos permite comprender las ambigüedades, incongruencias y desigualdades imperantes en nuestro mundo moderno e inferir las maneras en que el turismo como actividad industrial capitalista corresponde a recrear, construir y reproducir.

En este contexto, el antropólogo Marc Gyax (2007) de la Universidad de Princeton ha rastreado el principio explicativo de la teoría de la hospitalidad en el mundo griego asumiendo su base en el libre juego de los dones mausianos. En efecto, recordemos que Marcel Mauss hace tiempo había propuesto una teoría universal de los dones como aquellos regalos que dos partes se están obligados a realizarse (Mauss, 1979). *“Los dones que no se devuelven siguen transformando en inferior a quien los aceptó, sobre todo cuando se recibieron sin animo de devolverlos... en esta vida, aparte que es nuestra vida social, no podemos quedar al margen como todavía se dice entre nosotros. Hay que devolver más de lo que se recibió. La vuelta es siempre mayor y más cara”* (Mauss, 1979:247). A través de la teoría del *nexum* (romano) y el *wadium* (germano) Mauss estaba convencido de haber encontrado formas residuales arcaicas (en la cultura europea) que confirman su teoría sobre el don y el origen del derecho (sobre todo del contrato como hoy lo conocemos). Aunque esto pueda ser parcialmente cierto, es necesario detenerse por un momento en este punto y analizarlo bajo una postura de reflexión crítica. Si bien, el autor parece fundamentar convincentemente que el don (en

sus diversas formas kula, pokala, potlatch, nexum y wadium entre tanto otros) es un elemento teórico presente en la mayoría de las culturas, parece muy poco interesado en recopilar aquel material que precisamente refuta su idea de darle a la tesis de “las prestaciones” un carácter universal. Más precisamente, como demuestra el excelente trabajo histórico de Anthony Pagden que no todas las tribus americanas conocían y manejaban el concepto de reciprocidad; hecho que finalmente llevo a la legitimación de la conquista española. (Pagden, 1997).

En resumen, el hombre tiene la necesidad de dar, para recibir para luego volver a dar. De esta forma, suponía el erudito francés se funda la reciprocidad entre los actores sociales y se mantiene unida la comunidad; la figura de la solidaridad dio así un instrumento de análisis para muchos antropólogos en épocas posteriores (Lévi-Strauss, 2003) (Sahlins, 1972) (Weiner, 1992). En el mundo griego, nos explica Gygax la hospitalidad estaba fundada en la solidaridad de los dones. El hecho de recibir un bien o un favor, sin embargo, generaba un efecto ambiguo en el receptor. Por un lado, uno positivo por el cual quien recibía el regalo se sentía agradecido, en solidaridad con aquel que iniciaba el círculo; sin embargo por otro lado las consecuencias se tornaban negativas por cuanto el receptor se veía en obligación o deuda con quien ofrecía el regalo. De esta forma, el receptor pronto se encontraba obligado a devolver el favor y cerrar la deuda. Esta explicación apunta a comprender como los dones estructuran la solidaridad entre las partes intervinientes y en donde –en última instancia- se inscribe la hospitalidad (Gygax, 2007: 116).

El uso de la hospitalidad en Roma

A nuestro entender, uno de los textos, que mejor trabajado tiene el tema del hospitium latino es el de la profesora Paloma Balbín Chamorro, titulado *Ius hospitii y ius civitatis*. El autor comienza el artículo haciendo expresa diferencia a la lógica del hospicio en contraposición al patronato, aunque luego profundiza -en concordancia con Humbert (1978)- los orígenes latinos del hospitium. Según Humbert, el hospitium tenía un carácter público (entre comunidades) el cual permitía ciertos derechos al viajante que se asemejaban a una “ciudadanía temporal”; y el hospitium privado el cual se celebraba sólo entre grupos familiares o sujetos (Humbert, 1978). Balbín Chamorro no concuerda con la tesis “de la hostilidad natural”, propuesta en su momento por Mommsen, la cual sostenía que cualquier extranjero que llegaba a la ciudad se veía despojado de todos sus derechos de no ser por el hospitium de algún ciudadano. Según esta postura, en definitiva el hospitium es una consecuencia de la hostilidad natural entre los pueblos. Sin embargo, “*la tesis de la hostilidad natural no se sostiene; al contrario, las fuentes muestran una relativa facilidad de circulación y de absorción en el interior de la estructura ciudadana de los individuos y grupos foráneos*”. Algunos textos nos sugieren la idea de que el hospitium ya estaba presente en Halicarnaso y Tito Livio mucho tiempo antes de la constitución del Imperio. (Balbín Chamorro, 2006:210)

Etimológicamente, el término en cuestión se compone de la fórmula *Hostis y Pet*. Si bien, *hostis* parece tener relación directa con “el enemigo”, en efecto el *hospitium* se aplicaba en contextos amistosos, por llamarlos de alguna forma. Esto mismo, es entendido por Chamorro, quien prefiere sostener que existe una línea común en las lenguas indo-europeas con respecto a *hostis*, en un sentido de equilibrio y no de hostilidad. Por algún motivo que el autor no precisa y en algún momento histórico que no describe, *hostis* (*hostia*) comienza a tomar un significado de compensación. Asimismo, Chamorro sugiere “*hay que tener en cuenta que las nociones de enemigo,*

extranjero y huésped, que para nosotros designan tres realidades bien diferenciadas, presentan no sólo en latín sino en todas las lenguas indoeuropeas antiguas, estrechas conexiones: al hombre libre nacido en grupo, se opone el extranjero que es a priori un enemigo, aunque susceptible de convertirse en huésped si se establecen con él relaciones de hospitalidad, o en esclavo si se le captura en la guerra” (ibid: 217).

Por otro lado, la forma *Pet* hace referencia a “amo”, por lo cual el autor asume que “hospes” significa “amo del huésped”. La necesidad de trasladarse habría de suponer una cesión temporaria de algunos derechos sin coaccionar u obligar a adoptar alguna ciudadanía en detrimento de la propia. Esto supone, que el término *hospes* implicaba dos cosas: por un lado, la garantía de libre circulación y por otro, la obligación de prestar auxilio en caso de necesidad.

Seguramente, la reglamentación del *hospitium* latino (antes del Imperio), debió de surgir con la celebración de las fiestas religiosas, las cuales eran visitadas por pueblos vecinos. Prueba inversa de ello, son los testimonios de Livio sobre el rapto de mujeres sabinas. De todos modos, “*En nuestra opinión, la conexión entre hospitium y libre asistencia a fiestas religiosas, no estuvo previamente respaldada por pactos previos, sino que a menudo fue el carácter sagrado de estas festividades lo que aseguró un comportamiento grato por las dos partes*” (ibid: 226). Si bien los autores e historiadores no han podido ponerse de acuerdo el momento exacto y la procedencia en que los romanos adoptaron “el hopen” como forma institucional propia, éste tenía una función que por lo menos queda clara a grandes rasgos: el *hospitium* facilitaba el traslado de personas y ganadería de un territorio hacia otro garantizando ciertas libertades y obligaciones por parte del viajero. A su vez, estos pactos requerían de cierta reciprocidad y cobertura legal.

Pero como bien señala Chamorro, cada contexto histórico ha condicionado la aplicación del *hospitium*; así es posible que el Imperio haya proscrito para ciertas provincias en los que un acuerdo militar inter-tribal hubiera sido contraproducente para el estatus jurídico de Roma y sus intereses económicos. La hipótesis del autor, apunta a que “*Roma no permitiría que los indígenas establecieran entre sí acuerdos de carácter militar, pero en cambio no tendría ningún inconveniente en autorizar relaciones de buena voluntad que facilitasen la convivencia entre comunidades –promocionadas o no- o que proporcionasen a los extranjeros medios para proteger sus intereses y disfrutar de ciertas comodidades durante su estancia en el territorio*”. (Ibid: 231)

Aunque ésta parezca una idea que debe ser probada y trabajada con mayor profundidad, exige un esfuerzo intelectual que nos lleva a suponer que tanto *hospitium* como *patronatus* convivían como formas institucionales que se aplicaban según las necesidades políticas de Roma. La explicación de Chamorro se perfila, consecuentemente, como novedosa y esclarecedora debido a que permite explicar la coexistencia de ambas instituciones; ya no desde un punto de vista cultural sino socio-político. No obstante, y por una cuestión de orden metodológico, de este tema nos ocuparemos en el capítulo siguiente cuando abordemos el rol que ejerció el ocio como forma de aculturación en la Provincia de Hispania y parte de Las Galias.

Los Lujos y la Pobreza

“En sus orígenes, el romano es un soldado y un campesino. El trabajo encarnizado, la frugalidad y la austeridad constituían las tres reglas mayores de la vida de estos

hombres de la tierra que podían, como Cincinnatus, y sin transición, pasar de las labores del campo a la dirección de los negocios de Estado” (Robert, 1992:21). El párrafo que antecede ilustra fielmente las formas morales que los antiguos romanos (republicanos) practicaban antes del advenimiento de los procesos imperiales. En este sentido, a medida que Roma comenzó a crecer (por sus adquisiciones de territorio y conquistas) también aumentaba su pobreza (Robert, 1992) (Korstanje, 2008b) (Paoli, 2007).

El siguiente apartado tiene como objetivo analizar críticamente el papel de la pobreza en la Roma de la dinastía Julio-Claudia y su relación con la incorporación de complejas formas codificadas de bienestar como lo fueron el *otium* y el placer. Para ello hemos usado fuentes de segunda de biógrafos latinos contemporáneos a la antigüedad clásica. En efecto, comprender la historia es comprender el presente en forma reflexiva. Así, como la antropología como disciplina se distingue por su capacidad de observar in situ al “otro” y retornar para comparar esos conocimientos con las sociedades urbanas, un “otro” históricamente localizado (como lo fue el Imperio Romano) puede ayudarnos a comprender el tema de la pobreza y su función social en las sociedades de las que formamos parte. Pero, ¿qué es la pobreza?, y ¿cómo se diferencia de la marginalidad?

Comprendemos (con Lomnitz) por pobreza a todo proceso estructural relacionado con la falta de insumos para la subsistencia y/o adaptación al entorno desde una perspectiva puramente cuantitativa; por el contrario, la marginación presupone una división y especialización previa de la producción industrial. El punto es que de por sí, todo desarrollo industrial implica cierta marginalidad ya que presupone una especialización en la tarea y una división entre la producción industrial y agro-pecuaria. Pero Lomnitz, es consciente de la operalización de término que ella considera pertinente en el estudio del problema; y en ese sentido crea uno nuevo: *la marginalidad de pobreza*. (Lomnitz, 1989)

La cuestión del estudio de la pobreza dentro de las Ciencias Sociales amerita ciertas precauciones epistemológicas. En principio, una definición consensuada y certera de lo que se entiende por tal, mientras en un segundo plano establecer un límite teórico preciso sobre su sentido específico. ¿Es la pobreza una cuestión de posesiones o carencias materiales?.

En la antigua Roma imperial, la búsqueda por los placeres sensibles, se constituye como la mayor preocupación de los hombres para con la moral. Algunos pensaban, que la moral tenía como objetivo frenar y obstaculizar los derechos naturales del hombre a sentir placer (Robert, 1992). En efecto, es la introducción de ciertas malas interpretaciones de la filosofía Epicúrea uno de los mecanismos por los cuales comienza a normalizarse la expresión hedonista del placer, y en consecuencia la conformación del *otium* latino (Korstanje, 2008b). Al respecto, Jean Marie Robert, sostiene una tesis por demás particular. *“El placer en Roma toma pues un carácter de cáncer obligado de toda civilización, un mal que todos toman por un remedio de la existencia, pero que contribuye, a la larga, a su decadencia. Es precisamente esta expansión del apetito de goce lo que hemos querido conocer mejor en la civilización romana, tomando el término placer en su sentido más amplio, aplicado a los más variados dominios de la vida cotidiana.”* (Robert, 1992:14)

Pero ¿cuál era el rol de la familia en este caso?. En este contexto, la familia se ubica como la principal herramienta de la moral. Esta, a su vez, además de sus miembros, reúne ciertos elementos naturales y sobrenaturales cuyos valores principales se encuentran en la unión familiar. *“Es también el marco de la educación de los hijos en el respeto de las tradiciones nacionales y familiares. Los antepasados de las grandes casas constituyen auténticos ejemplos para los descendientes, que se esfuerzan por imitarlos”* (ibid: 23). Según el historiador Fustel de Coulanges, fueron las diversas revoluciones entre el patriciado y la población empobrecida una de las causas (entre tantas) de la pérdida por la devoción al culto del Paterfamilias; en consecuencia, paulatinamente, se comenzaron a tener menos hijos, y hubo menos matrimonios. A medida que Roma se agranda comienza no sólo a adquirir otras tradiciones, sino que también se desprende de las suyas. *“Uno de los rasgos más notables de la política romana era que se atraía los cultos de las ciudades vecinas, poniendo el mismo cuidado en conquistar a los dioses que las poblaciones. Se apoderó de una Juno de Veies, de un Júpiter de Preneste, de una Minerva de Falerio, así como de otra Juno de Lanuvio ...”* (Coulanges, 2005:344)

En este sentido, Pierre Grimal sugiere la idea de que las conquistas griegas de Alejandro Magno en Oriente fueron los primeros antecedentes de la importación del placer al mundo helénico, y luego se traspasa al mundo romano. A su vez que *“La influencia de Alejandro, sensible en Roma desde el tiempo de la segunda guerra púnica, alcanza, sin duda, su apogeo al final de la República, con César. Alejandro es el modelo declarado de César y el paralelo que los historiadores gustan de establecer entre ellos, desde la Antigüedad, no es sólo un artificio retórico ...como sabemos, la Fortuna ofreció a César un magnífico desquite, permitiéndole reunir bajo el poder de Roma, en su edad madura, un imperio casi tan vasto como el de Alejandro”* (Grimal, 2002:17). Empero, es interesante detenerse en dos cuestiones las cuales consideramos capitales: una es, que tras la muerte de Alejandro (323 AC) el Imperio helénico se desmembra iniciando una serie de guerras internas constantes; si bien, esto también se observa en Roma el conflicto entre Octavio y Marco Antonio se resume en la constitución del Imperio. Por otro lado, la extensión del Imperio romano, la adquisición de los diferentes valores culturales, costumbres y la articulación del imperium de estructuras políticas tan dispares entre sí, ameritaban la introducción de un mecanismo destinado a crear unión y fraternidad entre los hombres: el placer y el ocio. (Korstanje, 2008b)

Entre aquellos quienes se opusieron al avance del placer como forma de control, estaban los filósofos (sobre todo los estoicos) quienes se iban a remitir míticamente una y otra vez, a los lazos morales de la República en sus escritos como así también en las necesidades del sufrimiento y el castigo. Sin ir más lejos, sostenía Séneca, *“No es por tanto que las calamidades sean deseables, sino la virtud con que son soportadas. Algunos de los nuestros opinan que la fortaleza en resistir estas cosas no es deseable ni reprobable, pues nuestro anhelo tiene que dirigirse al bien enteramente puro, no perturbado, y libre de molestia. No es éste mi parecer. ¿Por qué?. Primeramente porque es imposible que una cosa sea buena y no sea deseable, después porque si la virtud es deseable y no existe ningún bien sin virtud, todo bien tiene que ser también deseable; y, finalmente, porque la fortaleza es deseable hasta padecer las torturas.”* (Séneca, V II., VII, t. I, LXVII, p.157)

La educación, o mejor dicho, su falta era para los filósofos una de las principales causas del caos provocado por la exacerbación del placer. La moral de la felicidad, era

contemplada para estos personajes como un asunto totalmente negativo que sólo podía traer desintegración. Epicuro, en sus escritos sostenía que el placer debe buscarse como forma paliativa a la enfermedad. Pero la introducción de esta tesis en el mundo latino se hace de manera parcial. El placer supremo es la ausencia total del dolor. Pero Epicuro, distinguía los placeres necesarios de aquellos que no lo eran. En efecto, *“los placeres naturaleza; los placeres naturales no necesarios, que permiten de manera superflua variar los placeres...y los placeres ni naturales ni necesarios, como la ambición o la codicia, que deben ser reprimidos”* (Robert, 1992:25). Pero el epicureismo es confundido como una forma de moralidad en sí misma, expresado en el teatro como vehículo de difusión. *“Este ideal es el del pueblo llano y lo llena de alegría en una época en que las autoridades promulgan leyes para luchar contra el lujo, las riquezas y el libertinaje. La cortesana es el personaje obligado de estas obras teatrales, objeto de la concupiscencia general y la emperatriz del placer”*. (ibid: 27)

En vano fueron los diferentes intentos de combatir esa voluptuosidad hedónica. Cuenta Tácito que durante la regencia de Tiberio se buscó reprimir a aquellas mujeres (de linaje patricio) que buscaran la prostitución *“ese mismo año se reprimió la deshonestidad de las mujeres con unos severos decretos del senado y se prohibió que se traficara con su cuerpo aquella cuyo abuelo, padre o marido hubiese sido caballero romano. En efecto, Vistilia nacida de una familia de pretores, había hecho pública ante los ediles su dedicación a la prostitución siguiendo la costumbre de los antiguos que consideraban que en la misma confesión de su deshonor había castigo suficiente contra las mujeres de mala vida”*. (Tácito, II, v.85, p.172). De la narración que precede, se pueden obtener dos ideas interesantes en cuanto a nuestro tema de estudio. Una de ellas es el dinámico contexto económico en el cual se llevaba a cabo la vida durante los inicios de la regencia Claudia. En efecto, un ciudadano de noble cuna podía empobrecer de un día para otro y pasar a formar parte de un grupo clientelar. La segunda idea y más importante aún, la imposición de ciertas pautas y normas acorde a la “moral de los antiguos”. Obviamente, esta política de represión no prosperó.

Pero por otro lado, también las mismas autoridades promueven el uso del otium o de los juegos como formas de legitimación política. *The Employment of leisure*, es para Carcopino, una cuestión de aplicación económica y demográfica que exceden lo sagrado. Una forma de manejar a las masas por medio de la exacerbación de las sensibilidades y una disminución de sus responsabilidades. Con respecto al ocio y placer, el autor sostiene *“by means of them, the Empire preserved its existence, guaranteed the good order of an overpopulated capital, kept the peace among more than a million men. The zenith of its greatness at the beginning of the second century coincides with the maximum magnificences of its races and its games, the performance in the theatre, the real combats of its arena, the artificial battles, the literary and musical competitions of its agones.”* (Carcopino, 1956: 213)

En esta misma línea podemos afirmar que la civilización urbana ofrece a sus súbditos las tentaciones del placer; sobre todo en eras de inflación y desempleo producto del engrandecimiento de la mano de obra esclava. Entonces, la ociosidad se instala como un valor cultural nuevo que se nutre del empobrecimiento de las capas periféricas de la sociedad. En consecuencia, el goce reemplaza al sacrificio, el poder a la virtud, las riquezas a la austeridad. El conocido éxodo rural refuerza esta dinámica junto a los botines de guerra y las indemnizaciones exigidas por Roma a sus “pueblos pacificados”.

El profesor Robert sugiere que *“los hombres políticos compran los sufragios de este pueblo ocioso a cambio de los juegos que le ofrecen en diversas ocasiones, y este pueblo manifiesta a quien proporciona los juegos su sostén o su reprobación, según la calidad de los espectáculos ofrecidos* (Robert, 1992:32). Roma ensaya por primera vez, y para luego insertarse en occidente, el placer de ser pobre. Una especie de transferencia psíquica de rencor, admiración, imitación y coacción entre el ethos de la opulencia y la carencia. Precisamente, la posibilidad de trascender la pobreza manteniendo el rol de pobre es la ilusión y el sentido de serlo.

Pero, la crítica de los filósofos estoicos a la moral del placer, es indirectamente una incesante y obsesiva búsqueda de retornar al orden republicano. En su libro segundo, Cicerón advierte *“cuantas veces he pensado – y estos pensamientos me preocupan con frecuencia y largamente – en los mejores medios de ser útil a mi patria, de servir sin interrupción a los intereses de la República, nada me ha parecido más conducente a este propósito que abrir a mis conciudadanos el camino de los nobles estudios, como creo haberlo hecho ya en muchos libros”*. (Cicerón, Libro II, I, p.65)

Otro autor clásico, Cornelio Tácito (aunque en la era Antonina) también se refería al tema cuando señalaba *“los hombres primitivos, al no tener aún inclinaciones perversas, vivían sin maldad ni crímenes, y por tanto sin penas ni castigos. Tampoco había necesidad de premios ya que la honradez se perseguía por natural predisposición; y como nada deseaban en contra de la costumbre, nada se les prohibía por medio del miedo. Pero después de que la igualdad empezó a olvidarse, y la ambición y la violencia se fueron imponiendo en lugar de la moderación y la vergüenza, surgieron las tiranías; y en muchos pueblos se afincaron para siempre.”* (Tácito, III, v. 26, p.194)

Si bien es cierto que se dictaron diferentes normativas (lex) para hacer frente a la opulencia y al lujo desmedido (como ya se ha insinuado), también los príncipes se veían seducidos en su privacidad por un ocio enajenante que los “embriagaba” de un placer desmedido. Con respecto a la función de los ludi o juegos en la vida política de la Roma Imperial y sobre todo en la figura del emperador, Jiménez Sánchez concluye en una de las tesis doctorales más brillantes sobre el tema: *“Es significativo observar cómo el incremento en el número de días de juegos en el calendario lúdico coincidió con el aumento del poder imperial. Esto no puede ser algo casual. Los nuevos juegos correspondían mayormente a las celebraciones imperiales; es decir, a fiestas destinadas a exaltar los éxitos del soberano así como sus aniversarios y otros acontecimientos relacionados con su familia.* (Jiménez Sánchez, 1998:615)

Finalmente, la leyenda de voluptuosidad y Psyché no hace más que recordarles a los filósofos romanos y griegos, la naturaleza entrópica que implica la satisfacción del placer constante y la diferencia con la felicidad auténtica; y este mito va a ser invocado una y otra vez, por todos aquellos que critiquen los lujos desmedidos y las prácticas de los ciudadanos urbanos, resumiendo el triste final de Psyqué que perdió a su amor (desconocido) como producto de su curiosidad y la intriga que supieron en ella despertar sus envidiosas hermanas. (Robert, 1992:43)

Desde el punto de vista moral, Augusto intentó reestablecer los antiguos valores de la sociedad tradicional agrícola, resaltar la sencillez como oposición al lujo desmedido, abogar por el trabajo y la alegría como estilos de vida propios de la “gloria de Roma”. Sin embargo, no sólo sus ideales parecen no haber encajado en la época que se vivía,

sino que además él mismo era presa de una doble moral. Públicamente estimulaba la filosofía y la literatura como formas de ocio dignas mientras que en su vida privada se entregaba sin descaro a los grandes placeres que también ofrecía la vida en los palacios. (Robert, 1992:39)

En concordancia, con la figura mítica de Augusto, los emperadores romanos orientaban grandes esfuerzos en mantener una imagen y un montaje. En cierta manera sus medidas de mayor popularidad no trascendían de ninguna forma la lógica imperial; e incluso la de sus propias posesiones y riquezas. Como acertadamente sostiene el profesor Paoli, la otra cara de la opulencia latina, los “sectores marginados”, los esclavos, clientes y ciudadanos pobres comenzó a hacerse notorio en la vida cotidiana. “*No hay metrópoli que no presente grandes contrastes ... el lujo de los opulentos brillaba sobre un fondo de humillaciones y de miserias: mendici, mimae, baladrones*” (Paoli, 2007:49). La diferencia entre ricos y pobres, amos y esclavos era soslayada, pero tomaba un carácter visible e inverso durante las fiestas Saturnalias. Este ritual ofrecido al dios Saturno, quien cuenta la leyenda que expulsado por Júpiter se aloja en el Capitolio (en Satura). Asimismo, Saturno es considerado un dios igualitario y rememora la época en que todos los hombres eran iguales. Oficialmente, estas fiestas comenzaban el 17 de Diciembre con sacrificios de animales y banquetes públicos. El festejo duraba alrededor de 7 días y consistía en una inversión de la estructura social. En efecto, circulaban regalos por doquier y de toda naturaleza, los esclavos burlaban y parodiaban a sus amos; incluso el orden social vigente parecía suspenderse durante ese lapso.

En su escenificación dramática del descontrol los romanos ejercían un ritual codificado y ordenado de su propio orden. Este hecho, aunque no por sí solo, demuestra la jerarquización de la sociedad romana. (Solá, 2004:252). La sociedad romana estaba fundada alrededor de ciertos valores que sostenían su estructura social como por ejemplo la negociación y la adulación. El romano medio, sin poder y sin riquezas, para sobrevivir debía tejer una estratégica red de relaciones y alianzas. Muchas veces, intercambiando familiares en matrimonio para garantizar la paz, en otras por medio de la adulación y la amistad. Cada día por la mañana, el cliente (siervo) abrazaba las rodillas de su amo besándole las manos y el pecho como símbolo de lealtad. (Mehesz, 2003)

En resumidas cuentas, la posesión material marcaba en Roma antigua, así como lo hace en la modernidad, una diferencia sustancial de rango y estatus entre los hombres. En algunos casos, la paradoja llegó a ser tal, que los hombres empobrecidos preferían no retornar a sus pueblos de origen con el fin de seguir disfrutando de los placeres y beneficios ofrecidos por las grandes ciudades. Por otro lado, un esclavo de un gran patricio obtenía mayores beneficios en comparación con un ciudadano libre. (Robert, 1992) (Korstanje, 2008b) (Paoli, 2007). Lo cierto parece ser también, que en Roma y sus ciudades la pobreza adquiría un carácter estructural definido y sostenido. Estos dispositivos permitían manejar grandes proporciones de población. En consecuencia, el ocio y sus prácticas (derivadas) conformaban toda una industria que no sólo tenía como objetivo el entretenimiento del pueblo romano sino que también el mantenimiento y extensión ideológica de la romanización. La lucha en las arenas y la consecución de los diferentes deportes expresaban y reflejaban la superioridad romana en el manejo tecnológico de la época. Si bien cada dinastía y sobre todo cada regente (Imperator) gobernó los destinos de Roma de forma diferente, en la mayoría de los casos pueden verse indicadores comunes que hacen a la práctica del ocio tales como: a) la tendencia a

construir edificios y organizar festivales como modo de apoyo político a la gestión personal, b) una disonancia entre las apariciones públicas (como elemento discursivo) y sus prácticas de ocio privadas, c) el ocio como elemento onírico invierte el orden establecido en la cultura política pero a la vez legitimante y d) la idea de concebir a Roma no sólo como una capital administrativa sino también como una ciudad de inconmensurable atracción para el mundo de la época (Korstanje, 2008b).

La constante oposición dialéctica entre riqueza y pobreza, o entre opulencia y carencia, veremos -como hipótesis central- tenía una función bien definida: establecer al ocio como una forma de control social y deseabilidad estructural. Nos referimos con ésta última, a los mecanismos de demostración, obtención y captación simbólica para la creación de una nueva forma de consumo, hasta ese entonces no conocido por los romanos, el pecuniario. Por medio de ésta práctica, Roma no sólo legitimaba su orden político y cultural dentro y fuera de sus limes (límites) sino adoctrinaba -por imposición- un nuevo orden económico (Veblen, 1974). Los aristócratas romanos mostraban un notable apego a los metales preciosos; tanto dentro y fuera de Roma, las casas estaban decoradas con adornos de oro y plata, así como los vasos y las vasijas. En efecto, cuenta Tito Livio que a los pueblos sometidos los generales obligaban a entregar toda clase de tesoros, joyas y metales preciosos que eran inmediatamente enviados a las ciudades principales del imperio (Tito Livio, XXI, p. 60) (Tito Livio, XXXIV, p. 43). Por otro lado, no es extraño considerar que cuanto más ascendía un ciudadano en la jerarquía social mayores eran sus gastos para mantener esa “fachada”. Sus prácticas, no estaban orientadas a una reproducción del capital sino a cierta clase de consumo político que legitimara su patrimonio y poder. Sin ir más lejos, Nerón César disfrutaba de ir a las playas veraniegas donde celebraba suntuosos banquetes. Allí, se entregaba a los placeres carnales de cortesanas y posaderas. Con un perfil excesivamente ostentoso, Nerón ciertamente dilapidó, a través de fastuosas fiestas, construcciones y juegos, gran parte de la riqueza de Roma.

Según Suetonio, el emperador gastaba sólo para Tíridates unos ochocientos mil sestercios al día. *“Al músico Menécrato y al gladiador Spículo les regaló muchos patrimonios... celebró funerales casi regios por el usurero Cercopiteco Panerota, al que había enriquecido con espléndidas propiedades en el campo ... jamás se puso dos veces el mismo traje. Pescaba con una red dorada, cuyas mayas eran de púrpura y escarlata. Se asegura que nunca viajaba con menos de mil carruajes, que sus mulas llevaban herraduras de plata y que sus muleros vestían hermosa lana de Camusa”* (Suetonio, Nerón, XXXI)

En varias ocasiones, se le encomendaba a Tiberio perseguir y reprimir el lujo desmedido. Sin embargo, vanos e inútiles resultaban aquellos intentos. Entre los documentos que lo prueban encontramos una correspondencia (sin fecha, posiblemente de los archivos del senado) que Tácito ha rescatado en sus *Anales*. *“Los refinamientos en banquetes y orgías, divulgados como temas permanentes de conversación, habían suscitado la inquietud de que el príncipe, hombre de una sobriedad a la antigua, pudiera actuar con excesiva dureza ... Pero Tiberio después de sopesar muchas veces consigo mismo si sería posible reprimir unos vicios tan extendidos y si esa represión no causaría un daño mayor a la república, teniendo en cuenta la deshonra que le supondría el intentar algo que, o bien no iba a conseguir o, si alcanzaba, iba a acarrear la vergüenza e infamia de hombres ilustres, redactó finalmente una carta para el senado”*. (Tácito, III, v. 52, p.213)

Si nos detenemos un momento, ya para el reinado de Tiberio (según Tácito) parecía irreversible el avance del lujo y la práctica discursiva de la riqueza. Si bien, este hecho preocupaba a los dirigentes políticos, también los excesos comienzan a ser percibidos como signo de distinción frente a aquellos sectores “carenciados” los cuales no podían acceder a ellos. No sólo era una cuestión de tener, sino también de consumir lo que se tenía como una forma ritual de asegurarse tener más. En otras palabras, las riquezas del hombre, en Roma hacían al hombre mismo.

Sin embargo, por un tema de orden metodológico vamos a analizar la carta de Tiberio en forma fragmentada. En su primera parte, ésta dice así *“Tal vez en los otros asuntos, senadores, sea más conveniente que esté yo presente cuando se me pregunte y dé mi opinión sobre cuestiones de Estado. En esta deliberación ha sido mejor evitar mi presencia, para que, cuando señalareis vosotros el miedo sembrado en los rostros de todos quienes se fuesen acusando de vergonzoso lujo, no los pudiera mirar yo también a ellos como si los reprendiese. Porque si los ediles, esos hombres valientes, hubieran consultado antes conmigo, no se si no les habría aconsejado pasar por alto algunos vicios tan arraigados y extendidos, antes de sacar a relucir unas infamias ante las que nos encontramos impotentes”*. (Tácito, III, v.53, p.213)

Se observa en el príncipe una preocupación innegable por el avance de la ostentación en las diferentes capas de la sociedad romana; en cierta forma la búsqueda frenética del placer es contraria a los intereses del orden y la buena organización; sin embargo, también denota una clara resignación sobre las medidas que ayudan a revertirlo. Considera, en forma objetivante, al lujo como “natural” y legitimante del propio orden político. Es decir, no es el placer sin control (como pensaban los estoicos) degradante ni mucho menos desintegrador o inmoral para con los “pobres” sino reificante para la unión de todos. En otras palabras, Tiberio desea retornar el tiempo atrás, y en efecto considera al pasado como mejor al presente -también realza la figura de los Ediles (policías) como formas de control del Estado- pero por el otro, se ubica en cuestiones de mayor importancia. Entonces, el Emperador continúa: *“en lo que a mi me toca, ni es honesto que calle, ni es conveniente que hable, ya que no desempeño funciones de edil, ni de pretor, ni de cónsul; es algo mayor y más elevado lo que exige a un príncipe. ... ¿Qué he tratar en primer lugar de prohibir y reducir a las antiguas costumbres?, ¿la inmensa extensión de las villas?, ¿el número y procedencia de las familias de esclavos?, ¿el peso de las vajillas de plata y oro?, ¿las maravillas de estatuas y pinturas?”* (Tácito, III, v53. p.214). En su verso 54, Tácito transcribe *“no ignoro que todo eso denuncia en los banquetes y en los corrillos, y que se pide moderación; más si alguien promulga una ley y establece penas, entonces serán los mismos los que gritarán que se está atacando a los ciudadanos... ahora bien, ni siquiera las enfermedades del cuerpo, cuando son antiguas y agravadas por el tiempo, se pueden reprimir más que con duras y severas medidas. Y al ánimo, a la vez corrompido y corruptor, debilitado y ardiente, hay que apagarlos con unos remedios que no sean más suaves que las pasiones en las que arde”*. (Tácito, III, v54. p.214) ...*“Tantas leyes dictadas por nuestros antepasados, tantas promovidas por el divino Augusto, como las primeras están abolidas por el olvido y éstas, lo que es más vergonzoso, por el desprecio, han proporcionado una mayor impunidad para el lujo. En efecto, si se quiere algo que aún no está vedado, se puede temer que se prohíba, pero si se pasa impunemente la barrera de lo prohibido, ya no habrá después miedo ni vergüenza ...con las victorias sobre los extranjeros, aprendimos a devorar lo ajeno y con las civiles también lo nuestro. ¡Que*

poca cosa es eso de lo que nos advierten los Ediles! ...y si las riquezas de las provincias no prestan su ayuda tanto a los señores y esclavos como a los campos, sin duda nuestros bosques y nuestras villas nos tendrán que defender” (Tácito, III, v.54. p.214-215)

Análogamente, aquí se observa una clara correlación entre los postulados (mutilados) de la filosofía epicúrea, y la interpretación de los placeres como formas derivadas de ella. A esta idea se le suma, una “segunda resignación” sobre la posibilidad de revertir el problema. Pero no sólo eso; Tiberio recurre a su “padre adoptivo”, para recalcar su fracaso en la imposición de un nuevo sistema moral; y si “el gran Augusto” fracasó, entonces ¿que garantizaría el éxito de Tiberio?. Entonces, ya Tiberio culmina su escrito, legitimando el orden y las desigualdades insertas en las “ostentosas ciudades imperiales”: *“Que a nosotros nos haga mejores nuestro honor, a los pobres su necesidad y a los ricos su abundancia. Y si algún magistrado promete tanto celo y severidad como para ser capaz de atajarlo, yo lo alabo y confieso que me descarga de parte de mis preocupaciones; pero si quiere acusar a los vicios y después, cuando han conseguido la gloria de esa acción; provocan resentimientos y me los dejan a mi, sabed, senadores, que yo tampoco estoy deseoso de enemistades.”* (Tácito, III, v54, p. 215).

En resumidas cuentas, la posesión material marcaba en Roma antigua, así como podría hacerlo en la modernidad, una diferencia sustancial de rango y estatus entre los hombres como así la distancia social que los unía o separaba. En algunos casos, la influencia del placer llegó a ser tal, que los hombres empobrecidos preferían no retornar a sus pueblos de origen con el fin de seguir disfrutando de los banquetes, juegos y baños ofrecidos por las grandes urbes (Robert, 1992) (Korstanje, 2008b) (Paoli, 2007). Lo cierto parece ser que en Roma y sus ciudades, “la pobreza” adquiría un carácter estructural definido. Estos dispositivos permitían manejar grandes proporciones de población a un costo relativamente bajo. En consecuencia, el ocio y sus prácticas (derivadas) conformaban toda una industria que no sólo tenía como objetivo el entretenimiento del pueblo sino también el mantenimiento ideológico de la romanización. La lucha en las arenas y la consecución de los diferentes deportes expresaban y reflejaban la superioridad romana en el manejo tecnológico de la época. La pobreza, en cuanto a que en oposición con la riqueza reforzaba el orden discursivo vigente en dos planos: uno ideológico por medio de la admiración y/o efecto demostración entre las clases carenciadas y las elites; por el otro, el económico al reforzando la producción y enajenación enunciada ya hace tiempo por el marxismo. Según nuestra perspectiva, creemos haber suministrado material empírico suficiente para demostrar los comentarios ya expuestos. Si bien, a la hora de establecer relaciones entre los modernos y los antiguos se necesita de cierta cautela, indagar en las profundidades de la historia antigua, y sobre todo en las prácticas del ocio permiten analizar, dilucidar y explicar cuestiones que de otra manera permanecerían inconclusas.

Los Accidentes y las tragedias.

La historia moderna está plagada de hechos trágicos sucedidos en espectáculos públicos, teatros y eventos populares. En la Roma Imperial también existían desastres naturales que sepultaban a toda una villa como fue el caso de Pompeya, ciudad destinada al ocio y al placer de la aristocracia romana que quedó tapada en cenizas tras las erupciones del Vesubio en 79 DC (bajo la regencia de Tito). La erupción llegó a ser de tal magnitud que alcanzó a ciudades vecinas *Herculaneum*, *Oplontis*, *Stabiae*, y *Nuceria*. El recuento

de víctimas a las que llegaron los arqueólogos fue de aproximadamente 2.000. Sin embargo, también los accidentes se sucedían por derrumbes y otros problemas edilicios (y hasta comparativamente en mayor proporción con la era moderna). Es el caso de la ciudad Fidinae en Lacio, situada a unos 8 kilómetros al norte de Roma. En el año 27, sucedió una tragedia que conmovió al mismísimo emperador Tiberio. Un derrumbe en una Anfiteatro de Madera se llevó la vida de 20.000 personas de un total de 50.000 espectadores presentes; este hecho fue recordado como uno de los peores desastres en espectáculos públicos de la historia romana (Suetonio, 1985) (Tácito, 1993). El impacto de tal evento tuvo que haber sido tal, que Cayo Suetonio recuerda que Tiberio suspendió su estadía en Capri al enterarse de lo sucedido. “*No tardaron, sin embargo, en llamarle las reiteradas súplicas del pueblo, asustado por el desastre que acababa de ocurrir en Fídenas, donde el hundimiento de un anfiteatro había hecho perecer a veinte mil personas que presenciaban el combate de gladiadores*” (Suetonio, Tiberio, XL)³¹. Otra de las tragedias, pero ésta provocada por los designios del emperador fue aquella sucedida durante la regencia de Cayo Calígula. Tras molestarle el ruido de la multitud que iba gratuitamente por las noches a observar los combates del circo, mandó a arrojar latigazos y desalojarla por la fuerza. En las corridas murieron 20.000 personas aplastadas unas contra otras (madres de familia, jóvenes y caballeros). (Suetonio, Calígula, XXVI)³².

La literatura (origen de la sátira latina)

Para el siglo III AC los romanos no tenían aún una escuela literaria propia. Algunos historiadores atribuyen a Apio Claudio Ceco (en el siglo IV) ser el primero en intentar una codificación escrita considerada como primera obra de Derecho. Si bien esta compilación (llamada *Sententiae*) poseía varias nociones morales provenientes de la filosofía pitagórica, las expresiones eran algo improvisadas. Para el 364 AC, durante una epidemia que azotó Roma, se trajeron de Etruria, un grupo de bailarines que realizaban graciosos movimientos y tocaban la flauta. La finalidad de tales juegos estaba orientada a una ofrenda de protección hacia los dioses. Así, la juventud romana parece haberse visto bastante atraída a imitar a estos “personajes” pero dando consistencia al festival por medio de palabras: surge lo que se conoció tiempo más tarde como *la satura dramática* (Grimal, 2002:304).

En el 240 AC con motivo de las celebraciones por la victoria en la primera guerra con Cartago, el hijo de Apio Claudio Ceco ordena la concreción de nuevos juegos públicos. Para esta ocasión, se le encarga a Livio Andrónico los espectáculos escénicos de Siracusa. De esta manera, se representan en Roma las primeras comedias y tragedias latinas, que a diferencia de las griegas estaban más adaptadas a las *saturas*. El actor se desempeñaba en forma muda mientras un cantor recitaba el texto escondido tras la puesta. Esta forma de teatro es netamente romano y producto de diversas (complejas)

³¹ Tiberio también ha sido conocido por sus vicios sexuales y para la época escandalosos. Suetonio los llama “placeres monstruosos” algunos vinculados a torturas sádicas de tal magnitud que llegó a repugnar a su círculo íntimo. Fomentados por el emperador, se reunían una triple cadena de cuerpos para prostituirse (hombres y mujeres) en presencia de Tiberio -quien adoraba este tipo de espectáculos privados-. En ocasiones, la isla también era visitada por su sucesor, Calígula quien llevaba tal nombre producto de una sandalia militar (*caliga*). Las Spintrias (así las llama Suetonio) tenían lugar en su quinta situada en la isla de Capri; por ese motivo y sabiendo que Tiberio dejó Capri inmediatamente después del derrumbamiento de Fídenas, es que podemos afirmar que el impacto de la tragedia fue alto. (Suetonio, Calígula, XXXIX-XLIII). Finalmente, estas orgías fueron prohibidas por Calígula tras la muerte de Tiberio.

³² Calígula poseía notables trastornos en su sueño, a veces sólo dormía 4 horas por día.

fuerzas culturales y políticas entre los siglos VI y III AC. También Livio escribió obras en versos, sobre todo adaptaciones de Ulises y la Odisea (Ibid: 305).

Las saturas gozaron de gran prestigio y apoyo en toda Roma. En ocasiones, éstas adquirían un carácter moral, o una crítica a las costumbres de la época. Entre los máximos exponentes de este género literario encontramos a *Ennio, Horacio, Juvenal, Marcial* y *Marco Fabio Quintiliano* entre otros. Pierre Grimal nos explica “*la aparición de una literatura nacional no es, en Roma, el resultado de una fantasía individual, sino la lógica consecuencia de un estado político y social. Es posible que llegada a Roma, en el 240, del rey de Siracusa, Hierón II, provocase o, por lo menos, acelerase la formación de un teatro romano. Protectora de Siracusa, Roma se avergonzaba de su barbarie. Casi todas las piezas compuestas por Livio se referían al ciclo troyano, en el que Roma encontraba, desde hacía mucho tiempo, sus títulos de nobleza*” (Grimal, 2002:306). Si nos detenemos por un segundo, en la hipótesis de Grimal, es muy posible que el teatro y la poesía evocaran las epopeyas de los héroes griegos como Ulises en analogía con la victoria de la flota romana sobre Cartago. En este punto, entonces es conveniente preguntarse si el avance de la literatura tiene alguna relación con los triunfos militares y por ende con la configuración del imperio.

Ahora bien, cuando los poemas, las sátiras o los textos iban dirigidos al emperador, éste podía aplicar la famosa *lex laesae maiestatis* o *ley de lesa majestad*, la cual castigaba severamente los delitos en contra de la figura del Estado. Como se suponía al emperador, no sólo como una figura religiosa sino también como la cabeza del Estado mismo. Tácito aduce “*Augusto fue el primero que instruyó un proceso de unos célebres libelos apoyándose en esta ley, irritado por el descaro con que Casio Severo había difamado a hombres y mujeres ilustres en unos escritos procaces. Luego Tiberio, cuando le consultó el pretor Pompeyo Macro si debía dar curso a los procesos de lesa majestad, contestó que las leyes estaban para ponerlas en práctica; y es que también a él le había irritado la publicación de unos poemas anónimos sobre su crueldad, su arrogancia y sus enfrentamientos con su madre*” (Tácito, I:72).

En este contexto, contradecir públicamente por medio de la escritura o parodiar las medidas o alguna actitud personal del Príncipe podían ser castigadas con el destierro o con la muerte. Según los datos que maneja el profesor Jean Noel Robert (1992:75), existían en el siglo IV unas 28 bibliotecas públicas (sin tener en cuenta las privadas) las cuales contenían unos 10 o 30 mil volúmenes de libros. Este dato, apoya la hipótesis de la importancia que tenía para los romanos las bibliotecas y la lectura (sea como forma de ocio meditativa o sea como forma de ostentación). En las librerías ubicadas en el Foro se encontraban diariamente miles de personas, entre lectores y autores que interactuaban entre sí con las últimas novedades en la materia.

CAPITULO III (ROMA Y SUS EMPERADORES: de Augusto a Domiciano)

Con respecto a la función de los ludi o juegos en la vida política de la Roma Imperial y sobre todo en la figura del emperador, Jiménez Sánchez concluye en una de las tesis doctorales más brillantes sobre el tema: “*Es significativo observar cómo el incremento en el número de días de juegos en el calendario lúdico coincidió con el aumento del poder imperial. Esto no puede ser algo casual. Los nuevos juegos correspondían mayormente a las celebraciones imperiales; es decir, a fiestas destinadas a exaltar los*

éxitos del soberano así como sus aniversarios y otros acontecimientos relacionados con su familia. Tal cosa convertía a los juegos en algo más que un mero instrumento de entretenimiento popular. En efecto, los ludi no fueron únicamente un arma de control político sino también un garantizado medio de propaganda. Para ellos se elaboró una compleja teología de la victoria imperial según la cual el emperador era el triunfador perpetuo. Esto se expresaba en el motivo de la fiesta que había reunido al pueblo en el circo – una celebración imperial o de una divinidad asociada en algún modo a la figura del soberano –, a través de una compleja simbología – en la que el emperador era asimilado con el sol que regía el cosmos–, y de las aclamaciones que exaltaban al monarca como el vencedor eterno. Los juegos, por tanto, no sólo evidenciaban la generosidad del emperador sino también su poder y lo imprescindible de su figura dentro de la maquinaria del Estado” (Jiménez Sánchez, 1998:615).

En las próximas páginas intentaremos describir las prácticas de ocio más comunes de parte de los emperadores que simbolizaron y marcaron una etapa dentro del Alto Imperio. Metodológicamente, hemos escogido a Augusto por ser el iniciador de la dinastía Julia, a Nerón por ser el último de los regentes Claudios, y a Domiciano también por ser el último de la dinastía Flavia. Sus diferencias y semejanzas pueden ser contrastadas y analizadas a la luz de más de un siglo de historia; sus caprichos, apegos, visiones e ilusiones hablan y marcan una época en la historia de Roma como civilización.

Octavio Augusto – del 27 Ac al 14 Dc) ³³

Sobrino de Julio César, hijo de Cayo Octavio, Octavio Augusto perteneció a la dinastía Julio-Claudia. Durante su regencia (27 AC – 14 DC), emprendió un sinnúmero de obras públicas en Roma y sus adyacencias. Sin duda alguna, estas empresas ayudaron al desarrollo y la práctica del ocio en todo el Imperio. Una vez coronado Imperator, y pacificada Roma de las luchas internas y las guerras civiles, Augusto mando a construir el Foro, el templo de Marte Vengador, el templo a Apolo en el Palatium, y entre otros también el de Júpiter Tonante. En este sentido, Cayo Suetonio afirma “*el templo de Apolo, en el Palatium, se construyó en la parte de su casa destruida por el rayo, donde habían declarado los arúspices que el dios pedía morada, añadiéndole pórticos y una biblioteca latina y griega ... El templo de Júpiter Tonante fue erigido por él en memoria de haber escapado de un peligro durante una marcha nocturna; en una de sus expediciones contra los cántabros, un rayo alcanzó, en efecto, su litera, matado al esclavo que iba delante de él con una antorcha en la mano.*” (Suetonio, Augusto, XXIX-XXX)

Fomentó por medio de ciertos incentivos a que los ciudadanos embellecieran la ciudad, con monumentos nuevos o por medios propios. Se levantaron durante esta época diversas construcciones como el templo a Hércules, diversos museos, el templo a Diana, y teatros etc. Trazó las divisiones de Roma en barrios y secciones, reforzando la vigilancia de las calles y la seguridad por las noches. Entre otras cosas, ensanchó el cauce del Río Tiber, restauró el servicio de correos y emprendió diversas obras de mantenimiento arquitectónico en zonas proclives al derrumbe. Los accesos a Roma fueron mejorados en gran medida, como por ejemplo las obras iniciadas sobre *la Vía Flaminia* hasta Rimini. Además, Augusto instó a que los ciudadanos volcaran fondos

³³ Su nombre Imperial fue Imperator Caesar Divi Filius Augustus mientras que su nombre auténtico fue Gaius Octavius (Gaius Iulius Caesar) Octavianus.

para mejorar todos los caminos y calles de la ciudad por su propia cuenta (Suetonio, Augusto, XXX-XXXI).

Recuerda Tácito sobre su gobierno que: *“El mar Océano y largos ríos limitaban el imperio, había conectado entre sí las legiones, las provincias, las flotas y todo lo demás; reinaba el derecho entre los ciudadanos y la moderación entre los aliados, la misma ciudad había sido embellecida con suntuosidad; habían sido realmente pocos los asuntos resueltos por medio de la fuerza, a fin de que el resto disfrutase de la paz”* (Tácito, I, 9). Por otro lado, Augusto realzó el uso de ceremonias antiguas y estableció un orden moral limitando el acceso de los jóvenes (sin acompañamiento) a las fiestas Lupercales (hecho que no tenía precedentes en la vida y las creencias romanas). Fomentó los juegos Seculares y anuales en honor a los dioses Compitales. Según Suetonio también *“corrigió gran número de abusos tan detestables como perniciosos, nacidos de las costumbres y licencias de las guerras civiles y que la paz misma no había podido destruir. La mayoría de los ladrones de caminos llevaban públicamente armas con el pretexto de atender a su defensa, y los viajeros de condición libre o servil eran aprisionados en los caminos y encerrados sin distinción en los obradores de los propietarios de esclavos ... Augusto contuvo a los ladrones estableciendo guardias en los puntos convenientes”* (Suetonio, Augusto, XXXII).

Si bien, por un lado el mismo Suetonio resalta el carácter demagógico, autoritario y a veces perverso de Augusto para con sus enemigos. Por el otro, exalta también una figura comprensiva, solidaria e igualitaria. A varios caballeros patricios que habían sido arruinados producto de las luchas internas, y que consecuentemente durante los juegos públicos no podían sentarse en las gradas destinadas para los patricios, el Emperador instó a que se librasen de estas restricciones, permitiendo el acceso tanto a ellos como a sus parientes (Suetonio, Augusto, XXXII). Otras crónicas afirman que no era partícipe de llevar las peleas entre los gladiadores a la muerte de alguno de ellos. No obstante, consideraba que todo aquel espectáculo de lucha debía ser admirado por el valor de los contendientes. Dentro de su psicología, y fiel al espíritu de Febo, Augusto exacerbaba valores vinculados al coraje y al valor en casi todas sus apariciones públicas premiando a los contrincantes más allá del resultado del combate. En este sentido, podemos afirmar que el Emperador demostraba cierta pasión por la lucha greco-romana, e instaba (así) a la industria de los espectáculos deportivos aunque sometidos a las más severas leyes del Estado (Suetonio, Augusto, XLIV-XLV).³⁴

El gobierno de Augusto se caracterizó por un eximio uso de las posibilidades iconográficas como elementos de poder político. El arte y la literatura fueron conductores en la construcción de un discurso que ayudara a suavizar y a convencer sin oprimir (Zanker, 1992). En efecto, durante la época de Octavio-Augusto se realizaron diferentes obras que no sólo mejoraron la fachada de la ciudad sino que además implicaron profundas reformas sociales (como una nueva distribución en los excedentes de trigo). Los caminos mejoraron la economía recibiendo a miles de personas provenientes de diversas partes del Imperio, los monumentos habrían sido la atracción obligatoria para estos viajeros como lo eran las fiestas y el combate de gladiadores. La

³⁴ Augusto mando a exiliar de Roma y de Italia al cómico Pilades tras señalar con el dedo en público (grave ofensa) a un espectador que silbaba su actuación. (Suetonio, Augusto, XLV)

frase “*todos los caminos llevan a Roma*” parecía un realidad insoslayable mientras Augusto regía los destinos del imperio.³⁵

Desde el punto de vista moral, el príncipe intentó reestablecer los antiguos valores de la sociedad tradicional agrícola, resaltar la sencillez como oposición al lujo desmedido, abogar por el trabajo y la alegría como estilos de vida propios de la “gloria de Roma”. Sin embargo, no sólo sus ideales parecen no haber encajado en la época que se vivía, sino que además él mismo era presa de una doble moral. Públicamente estimulaba la filosofía y la literatura como formas de ocio dignas mientras que en su vida privada se entregaba sin descaro a los grandes placeres que también ofrecía la vida en los palacios. (Robert, 1992:39)

En este sentido podemos afirmar que con respecto a su vida familiar, Augusto no parecía esbozar grandes lujos aunque era sabido su debilidad por las mujeres jóvenes y el juego. Generalmente, en sus retiros fuera de la ciudad, se inclinaba por las casas con vista al mar con una decoración interna muy simple como Lanuvio, Prenesto y Tibur. En cuanto a sus comidas, no tenía un horario pre-establecido, y en ocasiones comía muy poco. Sus platos preferidos eran el pan mezclado, los pescados pequeños, los higos y los quesos caseros. Cuando se desvelaba, por las noches, a veces con frecuencia, obligaba a que le recitasen cuentos hasta el amanecer. También le costaba mucho madrugar y cuando debía dar alguna ceremonia privada elegía hospedarse en cercanías del evento.

En lo que atañe a sus viajes, la mayoría eran por las noches y producto de su experiencia (con el accidente del rayo que casi le cuesta la vida) detestaba los días de tormenta. Por otro lado, era común no ver al emperador viajando de día ya que le molestaba mucho la luz solar. En este punto, cabe mencionar que Augusto era sumamente supersticioso y creía como cierto todos los auspicios. Si antes de emprender un viaje por la mañana le ponían el calzado del pie izquierdo en el derecho, eso era señal de mala suerte; si no caía un rocío matutino antes de salir, eso era un signo que presagiaba peligro. Aun cuando no tengamos registros que evidencien que haya cancelado algún viaje por este motivo, sus biógrafos por medio de sus cartas privadas han podido reconstruir en cierta forma (y debemos reconocerlos con ciertos sesgos) el perfil del Emperador.³⁶

³⁵ “Dio cuatro veces juegos en su nombre, y veinte por magistrados ausentes o que no estaban en condiciones de sufragar el gasto. No era raro que diese espectáculos en diferentes barrios a la vez, en varios teatros, y que hiciese representar a actores de todos los países. Sus juegos se celebraban no sólo en el Foro y en el Anfiteatro, sino también en el Circo y en los Septos, limitándose algunas veces a combates de fieras. También combatieron atletas en el campo de Marte, que hacían circundar de gradas para este espectáculo; dio un combate naval cerca de Tiber, en el paraje preparado al efecto, y donde hoy se levantan los bosques sagrados de los césares. En estos días, cuidaba de establecer guardias en la ciudad, que quedaba despoblada, exponiéndola la soledad a las tentativas de los forajidos. También hizo actuar en el Circo, a aurigas, corredores, cazadores que no tenían que hacer más que rematar las piezas, y algunas veces para representar estos papeles elegía jóvenes de las principales familias. Gustaba, sobre todo, de ver celebrar los Juegos troyanos a la juventud más distinguida de Roma, juzgando que era bello y digno de los tiempos antiguos ayudarla a mostrar desde muy temprano su esclarecida estirpe” (Suetonio, Augusto, XLIII)

³⁶ Por lo general, los biógrafos cumplían en la antigua Grecia y Roma una función muy similar a los historiadores modernos. En el caso de los contemporáneos, Plinio el Joven, Cornelio Tácito y Cayo Suetonio, se les critica haber sido condensendientes con ciertos emperadores y críticos con otros acorde a su filiación política. Al igual que los emperadores, habían biógrafos más apegados a la República y otros al Imperio como forma ideal de organización. Otro de los problemas con los cuales se topaban era la censura o la restricción de sus escritos. Probablemente, la mayoría ellos podía comenzar una biografía una vez muerto el sujeto histórico.

Después de un extenuante día, para relajarse tomaba baños de mar y termales, aunque diariamente no era muy adepto de los baños. Otra de sus prácticas en lapsos de descanso se relacionaba con la pesca, la poesía y el teatro. Si bien no observaba mucho la ortografía incurrió en algunos poemas que leía en voz alta frente a sus invitados en los banquetes (Suetonio, Augusto, LXXV-LXXIX). Tras su muerte, Augusto fue recordado con cierta ambigüedad, favorablemente por algunos y cruelmente por otros, no obstante reconocido por las construcciones, las obras de infraestructuras y el embellecimiento de la ciudad. No es de extrañar, este hecho dada la tendencia de éste príncipe para manipular a su favor las imágenes. Dice al respecto Tácito en sus Anales *“el mar Océano y largos ríos limitaban el imperio, había conectado entre sí las legiones, las provincias, las flotas y todo lo demás; reiniciaba el derecho entre los ciudadanos y la moderación entre los aliados; la misma Ciudad había sido embellecida con suntuosidad; habían sido realmente pocos los asuntos resueltos por medio de la fuerza, a fin de que el resto disfrutase de la paz”* (Tácito, I, 9).

Nerón Claudio César – del 54 Dc al 68 Dc (el final de los Julio-Claudios)³⁷

Aproximadamente nueve meses luego de la muerte del emperador Tiberio, nace en la ciudad de Anzio, Nerón Claudio César. Desde muy joven se vio Nerón interesado por los juegos troyanos y por el Circo. Durante su reinado (tras la muerte de su tío Claudio), Nerón abolió los impuestos demasiado onerosos, distribuyó cuatrocientos sestercios por persona y asignaciones mensuales de trigo, dio diversos espectáculos entre ellos los juegos juveniles, representaciones teatrales, incorporó a la mujer en los papeles de bufones, y distribuyó grandes cantidades de regalos a todo el pueblo romano (Suetonio, Nerón, VII-XII). Por otro lado, también realizó importantes emprendimientos arquitectónicos como la construcción maratónica de un anfiteatro en templo de Marte. A diferencia de sus antecesores, Nerón dispuso que no se diera muerte a ningún tipo de gladiador, incluyendo a los criminales o esclavos. En contraposición, obligo a combatir en las arenas a cuarenta senadoras y sesenta caballeros de incontable prestigio. Su objetivo, era que los presos fueran destinados a las construcciones de fastuosas residencias, monumentos, templos y villas en vez de ser ejecutados (en vano).

Si bien al principio, se rehusó a ocupar en los juegos un lugar elocuente, mientras se extendía su reinado mayor era el apego que Nerón tenía para con esta clase de eventos. Es posible que el emperador haya comprendido los beneficios políticos en la organización de estos espectáculos. Por lo pronto, también inauguró los juegos quinquenales compuestos por juegos gimnásticos, festivales de música y carreras de caballos. Fue premiado en poesía y música por su diestra habilidad con el arpa y permitió el ingreso de las doncellas vestales a los espectáculos públicos (Suetonio, Nerón, XII-XV). Sin embargo, tras el famoso incendio de Roma (64 DC), Nerón culpó a los cristianos “entregándolos al suplicio” en las arenas. Concebidos como “extraños” y “supersticiosos”, los primitivos cristianos reunían todas las características de un grupo de fácil estigmatización; eran desconocidos, sus creencias eran muy divergentes a las del común del pueblo romano, sus asociaciones no eran públicas y sólo adoraban a una deidad.

Al respecto, el profesor Paoli afirma *“a la loca fastuosidad de Nerón, el Palatino pareció estrecho, aquel megalómano puso su sede en la llanura entre el Palatino, el Celio, y el Esquilino (Domus Transitoria); y cuando el famoso incendio del 64 hubo*

³⁷ Su nombre Imperial fue Nero Claudius Caesar Augustus Germanicus mientras que su nombre original fue Lucius Domitius Ahenobarbus.

destruido parte de Roma, y se aprovechó la ocasión del desastre para construir una Roma más bella, Nerón, sobre las ruinas de su morada destruida, edificó la Domus Aurea. No era un mero edificio, sino un armónico conjunto de construcciones de toda clase, con series de pórticos larguísimas; un gran lago rodeado de casas ad urbium speciem, y prados, viñedos, bosques y campiñas cultivadas” (Paoli, 2007: 32). Aun cuando las causas del devastador incendio en Roma sean desconocidas, Nerón aprovecho la ocasión para culpar a los cristianos como principal grupo responsable. Rápidamente, esta idea fue promovida a todos los sectores de la sociedad quienes no tardaron en dirigir (de alguna u otra manera) su desprecio hacia este grupo de baja reputación. En ocasiones, los cristianos eran sacrificados por los gladiadores, los pretorianos o comidos vivos por las fieras. Las persecuciones hacia este grupo fueron de tal envergadura que se extendieron por todo el imperio incluyendo las provincias o colonias. (Gibbon, 1776-88)

Durante las noches, cuentan los eruditos, que acostumbraba a mandar a quemar vivos a “los cristianos” después de haber sido golpeados salvajemente, para iluminar sus jardines y admirar el tenebroso espectáculo. “*Nerón procuró una espléndida iluminación nocturna de sus jardines, quemando vivos a los cristianos después de haberlos hecho empegar cuidadosamente*” (Paoli, 2007:61). Como emperador, sólo emprendió dos viajes, uno a Alejandría y otro a Acaya. No obstante, tras recibir un mal presagio decidió por cancelar el primero de ellos. Durante sus comidas hacia que tocasen música a toda hora. Existen testimonios de la época que prueban como Nerón realizaba diariamente varias apariciones públicas en espectáculos de música y arte, a veces sus cantos se prolongaban horas enteras recogiendo el saludo y los aplausos de los asistentes. Lingüísticamente, manejaba a la perfección el griego y el latín y conservaba al celebre Séneca como su consejero. El emperador, poseía una exacerbada admiración por la cultura griega. Con motivo de una reunión, uno de los comensales adulándole pidió que los deleitara con su prodigioso canto, Nerón respondió que “*sólo los griegos sabían escuchar y eran dignos de su voz*”. (Suetonio, Nerón, XIII). Es así que como actor en las tragedias griegas, representó a *Edipo, Hércules, Orestes y Canacea*. Entre su largo historial de apariciones públicas cuentan también la participación en carreras de caballos y de destreza física. (Suetonio, Nerón, XVIII-XXV) ³⁸

Los nobles romanos acostumbraban a tener en su séquito a filósofos (preferentemente griegos) que tomaban un papel de guía y director de la consciencia de los gobernantes. Inicialmente, éstos exponentes eran parte de la escuela estoica cuya doctrina permitía una comunión más estrecha entre política y razón. Por el contrario, la escuela de filosofía epicúrea tenía rasgos de mayor igualitarismo que si bien no enfrentaba al poder político, por lo menos la hacía para éste, poco atractiva. En pensamiento filosófico, en gran medida sobrevive en Roma gracias a los consejeros estoicos que se reunían en los más selectos círculos del poder romano (Grimal, 2002:176). En una de sus intervenciones, Nerón sufrió un grave accidente que no le permitió terminar la carrera en la que participaba. Si bien fue colocado dentro del carro nuevamente, las lesiones lo obligaron a abandonar el certamen. Sin embargo, este hecho no impidió ser coronado

³⁸ “*Nada pudo apartarle ni distraerle de este género de placer, y habiéndole informado su liberto Helio que los asuntos de Roma requerían su presencia allí, contestó: en vano me escribes queriendo que regrese prontamente; mejor es desees que vuelva digno de Nerón. No estaba permitido cuando cantaba abandonar el teatro, ni siquiera por las más imperiosas necesidades; así algunas mujeres dieron a luz en el espectáculo y muchos espectadores, cansados de oír y aplaudir, saltaron furtivamente por encima de las murallas de la ciudad*”. (Suetonio, Nerón, XXIII)

igualmente como vencedor. Nerón antes de partir les dio la libertad a toda la provincia y les concedió la ciudadanía a la mayoría de los griegos como signo de agradecimiento por su ovación. Existía, en sus tiempos, una profesión “*los augustiniani*” exclusivamente dedicados y adiestrados en las diferentes formas de aplausos. (Suetonio, Nerón, XXV)

A pesar de su carácter histriónico y social, en su vida privada Nerón tenía ciertos aspectos caóticos y desordenados; cuando el sol se ocultaba sin ir más lejos, se disfrazaba de liberto y salía con el rostro cubierto por una capucha a cometer diversas fechorías como saquear tiendas o herir a los transeúntes que salían de cenar. En ocasiones (incluso) llegó al peligro de perder la propia vida. Desde ese entonces, no salió más que custodiado de lejos por algunos pretorianos. Asimismo, era conocida por todos su debilidad para con la comida (Suetonio, Nerón, XXVI). Entre otras cosas, Nerón disfrutaba de ir a las playas veraniegas y lugares de desorden que conducían a Ostia. Allí, se entregaba a los placeres carnales de cortesanas y posaderas. Excesivamente ostentoso, Nerón en cierta manera dilapidó a través de fastuosas fiestas, construcciones y juegos gran parte de la riqueza de Roma.

Según Suetonio, el emperador gastaba sólo para Tíridates unos ochocientos mil sestercios al día. “*Al músico Menécrato y al gladiador Spículo les regaló muchos patrimonios... celebró funerales casi regios por el usurero Cercopíteco Panerota, al que había enriquecido con espléndidas propiedades en el campo ... jamás se puso dos veces el mismo traje. Pescaba con una red dorada, cuyas mayas eran de púrpura y escarlata. Se asegura que nunca viajaba con menos de mil carruajes, que sus mulas llevaban herraduras de plata y que sus muleros vestían hermosa lana de Camusa*” (Suetonio, Nerón, XXXI).

En resumen, la era de Nerón Claudio César se caracterizó por un letargo económico, una etapa de inflación considerable y una seguidilla de gastos monumentales que afectaron notablemente a la economía imperial. A tal punto, sus juegos y vicios habían consumido gran parte de los tesoros de Roma, que tuvo algunas sublevaciones de legionarios en las provincias que llevaron a la caída de su regencia (Galia e Hispania).³⁹

Finalmente, con el destierro de Nerón en el 68 DC llega a su fin el linaje de los Julio-Claudios. Tras su muerte, una sucesión de diversos emperadores ocuparon el trono de Roma aunque sin demasiada estabilidad; en un mismo año se sucedieron cuatro emperadores (Galba – Otón – Vitelio – Vespasiano). Es precisamente con éste último, que se inicia la dinastía Flavia. El último de los Flavios fue Domiciano de quien nos ocuparemos a continuación.

Tito Flavio Domiciano – 81 Dc al 96 Dc (el final de los Flavios).⁴⁰

Domiciano nace el 09 de Noviembre en Granada. Como emperador se embarcó en empresas poco fructíferas como una expedición a Galia y a Germania. Sus espectáculos eran al igual que los de Nerón majestuosos; combates de gladiadores y batallas navales estaban entre sus preferidas por las noches; en esos combates no sólo intervenían

³⁹ A la mala paga recibida por los legionarios apostados en las Provincias de Galia e Hispania, se le sumaban las humillantes derrotas militares sufridas por los romanos en las provincias de Bretaña y Armenia.

⁴⁰ Su nombre Imperial Imperator Caesar Dominatus Augustus (Pontifex Maximus Pater Patriae) mientras su nombre real fue Titus Flavius Domitianus (Caesar Domitianus).

hombres sino también mujeres. Mientras observaba los juegos, Domiciano tenía a sus pies un enano vestido de escarlata con quien platicaba en ocasiones de trivialidades pero en otras de cuestiones políticas de estado. En contraposición con sus predecesores, celebraba sus juegos seculares con fecha calendario de los últimos días de Augusto y no de Claudio, como se acostumbraba para el 80 DC.

Entre otros cambios, estableció en honor a Júpiter Capitolino un certamen quinquenal de artes y música en donde se congregaban un número importante de poetas, gimnastas y músicos para dar alabanzas al Emperador; éste se presentaba en público con una corona dorada, una toga griega púrpura y vestido con calzado militar. Con motivo de las fiestas de Minerva, Domiciano dispuso la celebración en el monte Albano una especie de combate de animales, juegos escénicos, y poesía (Suetonio, Domiciano, IV). Durante el desarrollo de estos eventos, al igual que en los principios del reinado de Nerón, circulaban regalos, alimentos y dinero para todos los invitados. Como emperador, reconstruyó además un gran número de edificios –algunos de ellos destruidos durante el infame incendio en el reinado de Claudio Nerón; sin embargo, en todos ellos puso su propio nombre obviando la leyenda original. Recordemos, que los romanos tenían como costumbre a todos sus edificios públicos ponerles lemas u honores a tal o cual gobernante. Esto era un símbolo de gran poder para los emperadores, y atraía visitantes de todas partes del imperio (Suetonio, Domiciano, IV-VI). De alguna u otra forma, podemos señalar que Domiciano intentó cambiar las costumbres establecidas instaurando comidas regulares y suprimiendo las sportulas, prohibió a los histriones sus apariciones públicas, aumentó la dieta de los legionarios, redujo las plantaciones de vid para evitar sediciones (originadas en las tabernas), emprendió juicios públicos contra cuestores y pretores cuestionados por su honorabilidad. Asimismo, su aversión a la sangre llevó a que restringiera el uso de animales en los sacrificios que él estuviere presente (Suetonio, Domiciano, VIII-IX).

En su vida privada ensayaba todo tipo de tratamientos para con su calvicie, cualquier crítica o broma con respecto al tema eran seriamente castigadas. Poseía un rechazo a la actividad física, a los deportes y nunca participó de espectáculos públicos en forma activa. No obstante, su destreza con el arco y la flecha era tal que una vez colocó un niño gran distancia y de un tiro le rozaba la mano sin tocarlo. En sus ratos de descanso, jugaba a los dados, y adoraba los baños al amanecer. Sus banquetes privados eran magníficos aunque cortos en su duración. Tenía excesiva afición por la lascivia y por las prostitutas con quienes se bañaba en sus aposentos reales. Desde el punto de vista político, Domiciano fue implacable con las conspiraciones y las sublevaciones (aunque las llevó a un grado de paranoia sin comparación). Por otro lado, sus ostentosos gastos en fiestas públicas lo llevaron a confiscar los bienes de ciertas familias y en ocasiones bastaba ser acusado de algún delito de traición para que el Estado se apropiara de todos los bienes familiares. Focalizó puntualmente en el impuesto judaico, grabando a todos aquellos que practicaran esa religión. Finalmente, evoca Suetonio *“odiado y temido por todos, sucumbió al fin bajo una conspiración de sus amigos, de sus libertos íntimos y hasta de su esposa”* (XIV). Sin embargo, según otras fuentes parece que Domiciano habría experimentado hacia finales de su mandato, ciertos intentos fallidos de golpes de Estado encabezados por algunos comandantes como Saturnino Antonio, comandante del Ejército en Germania. Así lo testimonia el profesor A. Birley, en su construcción de la vida de Adriano, cuando afirma *“a comienzos del año 89 se produjo un suceso dramático. Según noticias llegadas a Roma, Antonio Saturnino, comandante del Ejército de Germania Superior en Mogunciaco (Magnucia), había dado un golpe de*

Estado apoyado por algunas de sus cuatro o cinco legiones, aunque quizás no por todas. Cabe la posibilidad de que Domiciano hubiera recibido de antemano un soplo sobre los planes de Saturnino y que, por tanto, al iniciarse el año 89, se abstuviera de ocupar el cargo de cónsul por primera vez desde su nombramiento como emperador” (Birley, 2004: 37). El deceso de Domiciano consternó profundamente a los legionarios apostados en las afueras de Roma. Sin embargo, tal fue la alegría del senado romano, que se ordenó borrar su nombre de todos los monumentos en los que figuraba.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

Al igual que en Grecia, la mitología romana netamente política, jerárquica y estructural los conformó como una civilización orientada a una potencia militar y económica (Solá, 2004). Se estimaba que para el siglo II DC Roma poseía unas 53 colonias o provincias. Los límites (limes) del imperio, no sólo marcaban el fin de la autoridad romana, sino que era comprendida como las fronteras de la civilización. El término *imperium* tenía características ambivalentes; por un lado su acepción hacía referencia a la organización y relación política entre dos pueblos de diferentes culturas que coexistían en paz e intercambio, mientras que por el otro, esa relación se ubicaba en un plano territorial específico y definido. La legitimación de la conquista romana se basaba en estos dos principios diferentes, pero que unidos conformaban un intento por conformar “la comunidad universal entre los hombres racionales” (Kaerst, 1929) (Grimal, 2002)

En este contexto, el ocio y sus prácticas (derivadas) conformaban toda una industria que no sólo tenía como objetivo el entretenimiento del pueblo romano sino que también el mantenimiento ideológico de la romanización. La lucha en las arenas y la consecución de los diferentes deportes expresaban y reflejaban al superioridad romana en el manejo tecnológico de la época. En ocasiones, los espectáculos públicos se convertían en auténticos escenarios políticos en donde los Emperadores resaltaban los favores populares como también éstos últimos desafiaban a los regentes déspotas y autoritarios. Entre los placeres más destacados de esta civilización podemos mencionar a los baños públicos, las carreras de caballos, los desfiles militares y de buques, los edificios, el coliseo, y los anfiteatros entre otros (Veyne, 1985). En esta misma línea advierte el profesor Robert “*produciendo poco y consumiendo mucho, Roma se había convertido en una inmensa ciudad parásito, libre para entregarse a los placeres más voluptuosos. Los juegos y las distribuciones frumentarias constituyen las dos ubres de la política imperial. Se divierte a la multitud, que reclama lo sensacional. Paradas, puestas en escena espectaculares, hombres y animales sacrificados constituyen el patrimonio cotidiano de un público que demanda ser fascinado. Los mismos monumentos de la ciudad, termas, teatros, anfiteatros, circos contribuyen a lo que Séneca llama la ociosa servidumbre de las ciudades*”. (Robert, 1992:42)

La infraestructura vial estaba orientada a la comunicación de Roma con todas sus provincias, propiciando los viajes, las expediciones y el intercambio comercial. En este sentido, podemos confirmar que el Imperio romano poseía los mejores caminos toda Europa. Producto de ello, miles de romanos salían durante el calido verano buscando las costas balnearias de *Baiae*, *Aedepus* y *Canobus* entre otros. A lo largo de Canobus hasta Alejandría existían numerosas posadas de lujo para aquellos que desearan hospedarse en el lugar. Sin embargo, el máximo incentivo para emprender un viaje eran los sitios históricos que despertaban en los romanos pudientes una gran admiración y curiosidad. Centros alejados y exóticos pertenecientes a Egipto y Grecia eran de gran interés para

ciertos grupos de privilegiados; como *Alejandro, Esmirna, Tebas, Menfis y Rodas entre otros* (Norval, 1935). Si bien cada dinastía y sobre todo cada regente (Imperator) gobernaron los destinos de Roma de forma diferente, tanto en los casos de Augusto, Nerón y Domiciano pueden verse aspectos comunes que hacen al problema en estudio:

- a) La tendencia a construir edificios y organizar festivales como modo de apoyo político a la gestión personal.
- b) Una disonancia entre las apariciones públicas (como elemento discursivo) y sus prácticas de ocio privadas.
- c) El ocio como elemento onírico invierte el orden establecido en la cultura política pero a la vez la legitima.
- d) La idea de concebir a Roma no sólo como una capital administrativa sino también como una ciudad de incommensurable atracción para el mundo de la época.
- e) Una división conceptual entre el viaje (desplazamiento fuera de Roma) y la práctica del ocio urbana.
- f) Los centros y ciudades de civilizaciones precedentes gozaban de un gran atractivo histórico para las clases acomodadas.

Sobre este último punto, cabe aclarar que los testimonios y evidencias recolectadas no llevan a suponer que dentro de las formas de ocio practicadas por la época, no todas implicaban un desplazamiento geográfico in strictu sensu (como sí implica el turismo moderno). Y por lo tanto, no todo desplazamiento o viaje correspondía a una forma de ocio ya que éste podía muy bien ser comenzado por una obligación específica (*ocupatio*). Estas conclusiones parciales, traen consigo cuestiones de otra índole que deben continuar siendo investigadas; ya que los resultados obtenidos (por un lado) sólo son aplicables en un ámbito geográfico determinado: la ciudad de Roma. Empero fuera de ella, existía todo un mundo que aún desconocemos. En este sentido nuestra inquietud se re-orienta precisamente sobre tres nuevas preguntas: ¿Qué formas adquiere el ocio en las provincias romanas en la misma época?, ¿qué obstáculos encontró la romanización como proceso de aculturación en estas sociedades?, y en consecuencia ¿qué papel cumplía el ocio para sobrepasar esas barreras?

CAPITULO IV (La Romanización en Hispania)

En su trabajo *Nuevos Estudios sobre la Romanización*, el profesor Blázquez compila un conjunto de artículos (ya publicados en revistas especializadas) sobre la aculturación que experimentaron las tribus autóctonas tras la llegada de los romanos. Esta obra, no sólo es un material útil para estudiosos del tema, sino que también nos permite reconstruir las formas y prácticas del ocio en las afueras de Roma y en consecuencia, poder describir la relación entre la transculturación y el ocio (como estructura política).

41

⁴¹ Se estima que los fenicios habían dado a la región el nombre de Hispania. Span en esa lengua significa Norte, asumimos que tras considerar geográficamente a la región en el Norte, este pueblo de navegantes escogió esa denominación. A esta se la llama la hipótesis fenicia.

Al respecto, cabe señalar que Hispania se dividía en tres provincias: *Hispania Ulterior Baetica*, *Hispania Citerior Tarraconensis*, *Hispania Ulterior Lusitania*. En sus comienzos, los romanos dividieron (197 AC) la región de dos provincias, Citerior y Ulterior. El proceso de conquista o romanización llevó dos largos años. Por último, la península ibérica se incorpora (política y territorialmente) al imperio durante la regencia de Octavio Augusto. Los escritos de Estrabón demuestran que para el 27 AC la península se encontraba totalmente romanizada. (Estrabón, 1853-77)

Entre los teatros principales de Hispania se encuentran, el de *Cartagena (Augusto)*, *Clunia (Tiberio)*, *Segóbriga (Nerón)*, *Mérida (Augusto)*, *Málaga (Augusto)*, *Cádiz y Zaragoza (Augusto)*. Como en todo el imperio, la función estaba vinculada al ocio. Los materiales utilizados en principio era la madera, aunque paulatinamente se fueron usando otros como piedra y mortero romano. Arquitectónicamente, éstos se conformaban según un modelo establecido: *Scanae frons (frente)*, *Orchestra (para las autoridades)*, *Aditus (pasillos laterales)*, *Porticus post scaenam (detrás de escena)* entre otros. Existe aquí una paradoja por demás particular, si bien la mayoría de las construcciones se llevaron a cabo durante las dinastías Julias, Claudias y Flavias, la mayor utilización de estas infraestructuras fue utilizada por los Antoninos y los Severios. “*Estos teatros, como los circos, y anfiteatros, que se mencionan en este trabajo, aunque contruidos varios años antes, se utilizaban todos en época de los Antoninos y los Severos*” (Blázquez, 1989:393). Asimismo, Hispania posee más de una veintena de teatros destinados a espectáculos como el de Emerita (Lusitania) con capacidad para 5.500 espectadores y unos 86.63 metros de diámetro, con 13 puertas de ingreso, y dos para la orquesta. En Bética se observan teatros en Belo, Casas de la Regina, Antequera, Córdoba, Sevilla, Astigi e Itálica. En Tarraconense, se construyó un teatro en la ladera de la montaña alcanzando los 85.99 metros de diámetro; otros ejemplares, se observan también en Barcelona (Blázquez, 1989:393).

El teatro de Mérida, construido por Agrippa bajo el emperador Augusto, poseía capacidad para unas 6.000 personas, dividido en *imacavea*, *media* y *summa*. Se estima, que una de las modificaciones más importantes de su infraestructura se data en la regencia de Trajano (dinastía Antonina) por el siglo I DC. De lo expuesto, deducimos que el ocio estaba no sólo presente sino también extendido en la Hispania romana de la época Julia y Claudia; sin embargo, no queda todavía bien claro ¿Qué papel ha jugado el ocio en el proceso de romanización?. Precisamente, para un análisis más profundo y certero es menester realizar ciertas distinciones según la división territorial de la misma provincia. Así, en primer lugar nos ocuparemos de la Hispania Betica, para pasar a Tarraconense y finalizar nuestro paseo por la arcaica Lusitania.

Baetica

Principalmente, la zona toma el nombre debido al río Betis, aunque algunos también llaman a sus habitantes: *turdetanos*. Geográficamente, la Bética comprendía desde el río Betis hasta el Guadalquivir. Su centro administrativo o capital era *Hispalis* (moderna Sevilla) y estaba mayoritariamente formada por tribus semitas como los turdetanos (aunque para el este tampoco no se descarta la presencia celta). Ya antes de la llegada romana, Bética era rica en historia y su industria reposaba en la minería y la ganadería. Tres prestigiosas civilizaciones habianse fundido y le habían dado a la región una identidad propia: los íberos, los fenicios, y los griegos. Este hecho, distinguía a la Bética de las tribus celtíberas del norte de la Península o de Lusitania.

Sin embargo, se estima que para el siglo I AC, este pueblo ya había perdido las pautas culturales y su lengua autóctona. Muchos de sus miembros ya eran (de hecho) ciudadanos romanos y se distinguían por un buen uso del latín en versos y poesías. El ingreso de los romanos en Baetica se data del 214 AC. y declarada provincia para el 197 AC⁴². Según el profesor Blázquez a diferencia de algunas otras tribus de la zona, los turdetanos aceptaron rápidamente y en forma satisfactoria los esfuerzos romanos de aculturación. La repartición de tierras ya en épocas de Julio César, la presencia de un elemento latino arcaico en la región y una historia de comercio con la península Itálica fueron factores que indudablemente ayudaron a la instauración de una estructura colonial (Suetonio, 1985) (Blázquez, 1989:14). Luego de la guerra, los romanos acostumbraban a realizar repartos de tierra entre los militares que intervinieron en batalla. Este método ya utilizado con éxito durante la latinización de Italia, también garantizaba el orden político de la región (Rostovtzeff, 1962)

El grado de urbanización y bienestar en Baetica era elevado en comparación con otras colonias. Diversos poetas indígenas en Córdoba como Asclepiades de Milea, son prueba “del nivel cultural” que tenía los habitantes. En concordancia con lo expuesto, José María Blázquez señala *“el lujo de las casas era grande, como se desprende de la narración de los diversos historiadores, referente al paseo triunfal, a través de la Bética, efectuado por Metelo durante la guerra sertoriana; attalicis aulaeis, escribirá Valerio Máximo, y aludirá a la existencia de estatuas y de representaciones escénicas en un pasaje que recuerda muy de cerca un párrafo de Petronio: exomatis aedibus per aulaza et insignia scenisque ... Salustio también ofrece una nota verdaderamente importante sobre el grado de refinamiento alcanzado por los romanos en la Bética.”* (Blázquez, 1989:21)

La mayoría de las ciudades béticas tenían una infraestructura arquitectónica dotada para los espectáculos y los festivales. Sevilla tenía construido un importante pórtico y un foro, Córdoba una basílica, Gades poseía un teatro en donde se contemplaban juegos de gladiadores. Lo cierto era que *“en la época augustea la Bética tenía excelentes edificios públicos en números más elevado que los de la época republicana, algunos de los cuales, quizá, pudieran datarse de los últimos años de la República”* (ibid: 24). Era común, en todo el imperio, pero sobre todo en las ciudades célticas observar un juego llamado *tabulae lusoriae*, el cual sencillamente consistía en arrojar fichas o monedas desde una distancia considerable y embocarlas en hoyos destinados para ello. Lo cierto, es que desconocemos en primera instancia cuando se instauró éste juego (ya que en la Itálica en épocas Antoninas ya existía) y por el otro, las reglas y procedimientos exactos para participar en el juego (Blázquez, 1989:333) (Torre-Martín, 1985).

La vía Hercúlea atravesaba desde hace tiempo la Bética (124 AC), sin embargo Julio César la prolongó desde Saetabis hasta Cástulo. Augusto por su parte, se vio involucrado, en la construcción y mejoramiento de varios caminos y vías en todo el imperio. Para el 7 AC Augusto construyó una vía por Bastetania (desde Ilici a Icci), que

⁴² La composición étnica y de tribus en toda Hispania era variada y extremadamente compleja. De poder trazar un mapa geográfico acorde a las tribus pre-románicas podríamos sugerir que el sur estaba poblado por Fenicios, como Ibiza; púnicos en el Guadalquivir, celtiberos en el sistema montañoso ibérico, iberos en el Ebro y Vascones y Berones en la parte norte. Agrupados por tribus y provincias modernas, tenemos arévacos en el valle del Duero; ausetanos en los actuales Pirineos, autrigones en Vizcaya, Burgos y Logrotes; bastetanos en Almería, berones oriundos de lo que hoy se conoce como La Rioja, iacetanos al sur de los Pirineos y lusitanos, ubicados en actual Portugal, entre otros muchos. Se estima que entre todas las tribus de Hispania se manejaban 7 alfabetos distintos.

subía desde la ciudad hasta Cástulo para terminar en el río Guadalquivir (Blázquez, 1989: 25). Económicamente, la estructura de Bética hasta destinada a la exportación de productos provenientes de la agricultura hacia Roma y la península Itálica. Esta prosperidad en el sur de Hispania, fue fomentada por Octavio incentivando no sólo las conexiones entre la capital y el resto de sus colonias sino también los intercambios comerciales. El proceso de romanización iniciado por César y sostenido por Augusto implicaba un consumo de bienes puramente romanos que iban desde alimentos hasta sandalias; y una consecuente exportación de materias primas (trigo, miel y aceite) básicas para la subsistencia de Roma –aunque la actividad minera y la venta de esclavos también tenían una gran presencia en Bética.

En este sentido la mejor propaganda política de Augusto (para sí mismo) fue la prosperidad material de todas sus colonias y ciudades satélites (Estrabón, 1853-77). Es posible, que Cádiz (Gades) albergara a varias familias de nuevo ricos que lucraban con el comercio en la zona. *“El comercio trajo consigo las modas itálicas y extendió considerablemente el vivir a la manera de los romanos”* (Blázquez, 1989:29). Asimismo, los comentarios del profesor Blázquez nos orientan sobre una hipótesis por demás particular, desarrollo económico (exportación y circulación de monedas) y romanización parecen contribuir favorablemente en el proceso de romanización de la Hispania Bética. *“Estrabón establece una escala en el estado de romanización de las gentes de la Bética al escribir que los más romanizados son los de las orillas del Betis, que son precisamente los más ricos, los que mantenían relaciones más estrechas, de tipo comercial, con Roma y los que habitaban la región donde se asentaban varias ciudades romanas. El grado de romanización y de riqueza del sur de la Península ha quedado de manifiesto en un hecho importante: en haber sido declarada provincia senatorial.”* (ibid: 35-36)

En esta misma línea investigativa y siguiendo los mismos comentarios, García y Bellido afirman *“de Turdetania se exporta trigo, mucho vino y aceite; éste además no sólo en cantidad, sino de calidad insuperable. Exportase también cera, miel, pez, mucha cochinilla y minio mejor que el de la tierra sinóptica. Sus navíos los construyen allí mismo con maderas del país. Tiene sal fósil y muchas corrientes de ríos saldos, gracias a lo cual, tanto en estas cosas como en las más allá de las Columnas, abundan los talleres de salazón de pescado, que producen salmueras tan buenas como las pónticas. Antes se importaba de aquí cantidad de tejidos; hoy mismo sus lanas son más solicitadas que las de los koxaroí, y nada hay que las supere en belleza”* (García y Bellido, 1945:88). El texto precedente, no sólo apoya la tesis de Blázquez al señalar que Bética y Roma tenían una relación sostenida en lo comercial y económico, sino que refuerza la idea de que paulatinamente el estilo de vida romano comenzó a penetrar en las costumbres béticas por medio de la exportación de telas y vestidos. En otros pasajes, García y Bellido resaltan que *“la excelencia de las exportaciones de Turdetania manifiéstase en el gran número y el gran tamaño de las naves; los mayores navíos de carga que arriban a Dikaiárcheia y a Ostia, puerto de Rhóme, proceden de aquí, y su número es casi igual al que viene de Libye.”* (ibid: 91-92)

Tarraconense

En extensión abarcaba las dos terceras partes de la península Ibérica e incluía regiones que iban desde el río Ebro hasta los límites con Lusitania. Su capital administrativa era la *Colonia Iulia Vrbs Triumphalis Tarraco*. En su mayoría estaba compuesta por tribus de origen indo (celtiberos) y no indoeuropeos (vascones e iberos). Algunos sugieren

dividir la región en dos: la cuenca del Ebro y el norte de la Península. Según Blázquez *“La primera cubre una amplia extensión de Hispania muy avanzada culturalmente, asiento de buenas colonias griegas como Rosas, Ampurias, Hemeroscopion, Sagunto, Etc, que favorecieron la causa romana; fue cuna de la civilización ibérica. Los romanos llegaron a esta región en el 218 AC, unos años antes que a la Bética”*. (ibid: 39)

Por el contrario, en la segunda región o también conocida Citerior de 293 estructuras político-administrativas contabilizadas por Estrabón, un total aproximado de 179 seguían un parámetro de organización cultural romano, alrededor del 61% del total de las unidades; mientras que el restante 114 mantienen una forma de organización indígena, con un 49%. Esta realidad iba a ser revertida lentamente para mediados del siglo I AC. En este punto, las guerras civiles entre Pompeyo y César movilizaron gran cantidad de individuos a favor de unos y otros. La concesión indiscriminada de títulos y tierras a ciertos grupos iberos como forma de alianza política explica el apego gradual de la Tarraconense a la cultura romana. Blázquez no duda en señalar que *“a partir del S. I. AC. El número de hispanos que gozaba del privilegio de la ciudadanía debía de ser elevado en la tarraconense. En el año 90 AC. Pompeyo Strabo, padre de Pompeyo Magno, concedió la civitas romana a treinta caballeros ibéricos de la Turma Saluitana, vascones, ilergetes, edetanos y ausetanos, y después de la toma de Asculum, en el Piceno, durante la guerra Márcica”* (ibid: 39).

En lo que respecta a las artes y a la escultura, las obras originarias de Tarraconense comienzan a competir directamente con las itálicas. La Fuente de Tarragona al igual que los discos de mármol, evidencian un refinamiento notable en el estilo de vida de los habitantes. El estilo de arquitectura romana se observaba en el diseño de las fortificaciones, la estructura de las casas y los edificios públicos. Como ya se ha mencionado en varias ocasiones, el reinado de Augusto trae consigo un aumento en la cantidad de construcciones, templos, foros, caminos y vías. Prueba de ello, son los templos erigidos en honor a Augusto en Barcelona, Cartagena, el Templo de Iuno, los circos de Toledo, Sagunto, Calahorra y Tarragona. En estos años se construye asimismo el acueducto de las Ferreas y el teatro de Celsa (ibid: 41-43). Aun cuando, el grado de romanización en Tarraconense sea elevado, a diferencia de Bética, los individuos escogían nombres exclusivamente indígenas ibéricos. Así lo demuestran las inscripciones halladas en el Valle del Ebro a la altura de las cuencas de Duero y Tajo, en Navarra o las Baleares entre otros. Modas con respecto a la cerámica se podían observar en una ciudad como Clunia, de donde se exportaban hacia Numancia, Termancia y Madrid. Asimismo, otros elementos y costumbres se encontraban vigentes en Terraconese en la era romana, tales como el derecho nativo, las vestimentas o tocados femeninos, equipos de guerra para los hombres y el baile de Bastetania. (ibid: 53-54)

En este sentido, el profesor Blázquez sostiene *“el derecho indígena se conservaba vigente; se desprende no sólo de la existencia de gran número de ciudades no sujetas a un status jurídico romano, sino del hecho que Hispania es particularmente rica en teseras de hospitalidad, institución que parece remontarse a una práctica indígena anterior a la romanización, acreditada en pactos de hospitalidad, escritos en lenguas indígenas, cuya fecha debe ser relativamente reciente y en tablas de hospitalidad y patronatos: Palencia, 2 A.C; Cortijo de Calvito, Ronda, año 5; Mérida, año 6; Ituqui, año 31; Galicia, año 27.”* (ibid: 54)

El *patronatum* y el *hospitium* eran dos instituciones que representaban culturas diferentes. En las zonas de mayor penetración cultural romana el *patronatum* comenzó a desplazar al *hospitium* como forma de organización político-social. Su forma consistía no en pactos establecidos por medio de la solidaridad y la recepción, sino por el nombramiento de protectores en las diferentes ciudades. Por el contrario, como ya hemos visto en Ramos y Loscertales, el *hospitium* celta obedece a una dinámica de alianzas pre-establecidas en forma pública. Al respecto, Blázquez nos advierte “*D’ors ha deducido del estudio de las tablas de hospitalidad y patronazgo que el hospitium fue la forma más prontamente adoptada en Hispania para revestir un tipo de alianzas públicas que eran tradicionales entre los celtas. En las zonas más romanizadas, en cambio, precisamente las menos célticas, no existía tal tradición y fue preferida la forma del patronato, como forma puramente romana, para nombrar protectores de las ciudades, verdaderos patronos. Con el tiempo, la vieja institución céltica, revestida de hospitium, fue perdiendo terreno a favor de la institución romana del patronato. El hospitium pierde su pureza a medida que nos acercamos al Levante y a medida que pasan los siglos*” (ibid: 55).

El patronazgo poseía una presencia mayor en tribus como *pelendones*, *carpetanos*, *vetones*, *cántabros* y *astures* mientras que el *hospitium* se encuentra todavía muy arraigado en los *galaicos*. En cuanto a las costumbres de las tribus astures, tanto en la gastronomía como en los deportes, Estrabón se esmera en notar que “*todos estos habitantes de la montaña son sobrios: no beben sino agua, duermen en el suelo, y llevan cabellos largos al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de cabrón, a Ares sacrifican cabrones, y también cautivos y caballos; suelen hacer hecatombes de cada especie de víctima, al uso griego, y por decirlo al modo de Pindaros, inmolan todo un centenar. Practican luchas gymnicas, hoplíticas e hípicas, ejercitándose para el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales. En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas, que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo. Beben zythos, y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en los grandes festines familiares...comen sentados sobre bancos construídos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según sus edades y dignidades; los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión.*” (García y Bellido, 1945:134)

Seguramente, como describe nuevamente Estrabón, las costumbres cántabras habrían de parecer “extremadas” y “bárbaras” a los ojos de Roma; sobre todo algunas vinculadas a la herencia y los matrimonios. “*Así, entre los kántabroi es el hombre quien dota a la mujer, y son las mujeres las que heredan y las que se preocupan de casar a sus hermanos; esto constituye una especie de gynaikokratía, régimen que no es ciertamente civilizado*” (García y Bellido, 1945:180)

He aquí, un aspecto que presenta o suscita cierta controversia. A nuestro modo de ver, no existe una correlación tan exacta en afirmar que los pueblos célticos o indo-europeos celtas se afianzaran al *hospitium* mientras que los no indo-europeos se vincularan al patronazgo. De hecho, los *cántabros* y *astures* poseen una raíz indo-europea celta al igual que los *galaicos* empero mientras unos se abrazan a una institución los otros no. Por otro lado, también hay indicios que presuponen que tanto *hospitium* como *patronatus* coexistieron durante algún tiempo.

Otras instituciones nativas que también persistían entre los nativos eran *la deuotio* y *la clientela* (ya presentes en épocas de Valerio Máximo). Con el advenimiento al poder de Octavio y afianzado el culto al imperio, ambas decaen progresivamente en su uso y aplicación. Sin embargo, se estima que para el siglo I AC ambas aún estaban presentes en las tribus de la región (aunque el proceso no se da en toda Hispania con la misma intensidad).⁴³

En resumidas, cuentas luego del material expuesto podemos afirmar que a diferencia de Bética, Tarraconense, si bien observaba cierta romanización, poseía grado de aculturación era notablemente menor. Es posible, que el régimen de Augusto con respecto a la construcción, el mejoramiento de caminos, el manejo de imágenes haya dado gran publicidad (a favor de Roma) entre los pueblos hispánicos, no romanizados aunque con una notable lentitud. Todos estos símbolos externos, como así la vestimenta romana, sirvieron como mecanismos de aculturación y construcción de imperium. También parece factible afirmar que paulatinamente los usos y costumbres celtas (como así sus instituciones) fueron cayendo en desuso. “*Los cultos específicamente romanos en la región comenzaban a propagarse y en los poblados algunos alfareros indígenas adoptaron las modas romanas. En época augustea comienza a acusarse levemente en casas y necrópolis la presencia romana*” (ibid: 61). Empero particularmente, nos inclinamos a pensar que existió una fusión entre la cultura celta, más precisamente la institución del *hospitium*, y la cultura romana. Como sea el caso, luego de un largo viaje imaginario hemos llegado a la última de nuestras estaciones: *la región de Lusitania*.⁴⁴

Lusitania

La Lusitania se ubicaba geográficamente al oeste peninsular. También conocida por Hispania Ulterior Lusitania, su capital administrativa era Emerita Augusta (Mérida). Para el 27 AC. su límite se extendía desde el río Tajo y el Guadiana hasta el Cantábrico. Su nombre se le debe a una tribu que habitaba la región y que opuso una tenaz resistencia a la romanización: *los lusitani* de origen indo-europeo celta (II AC). A diferencia de las provincias anteriormente mencionadas, Lusitania posee un arcaico “nivel de romanización” la cual no sólo se refleja en las modas, las vestimentas y los caminos sino que también da lugar a otros fenómenos como el bandolerismo, y una evidente falta de orden económico. El número de ciudades con estatus jurídico romano era menor en comparación con Bética y Tarraconensis. La cantidad de puestos militares romanos en Lusitania evidencia por otro lado, que existía una fuerte resistencia al accionar imperial en esa parte de Hispania como así poco era el caudal de monedas que circulaban como forma de intercambio (Blázquez, 1989:62).

⁴³ José María Blázquez nos explica “*los pueblos de Tarraconense, salvo la costa, donde principalmente se asentaban las ciudades que gozaban del estatus jurídico romano, se encontraban en un proceso de romanización mucho más retrasado que los habitantes de la Bética. Daban los primeros pasos, que se manifestaban en vestir toga y en haber logrado ya un cierto aire de itálicos. Este texto estraboniano desde una importancia excepcional, pues prueba como los indígenas comienzan a romanizarse primeramente por signos externos, como el vestido; poco a poco cambian sus costumbres, su género de vida, adoptan las modas romanas y, finalmente, el estatus jurídico romano y la religión romana*” (Blázquez, 1989:57)

⁴⁴ Originalmente, la provincia se divide en Citerior y Ulterior (197 AC). La división de Hispania en Bética, Tarraconense y Lusitania es producto de la división del General Agripa (27 AC) y continúa hasta el siglo III DC, bajo la regencia de Caracalla. Luego bajo la reforma de Diocleciano se divide la antigua Tarraconensis en tres, dando lugar a Gallaecia, Cartaginensis y Tarraconensis. (284-305 DC).

Augusto en Lusitania, como en el resto del imperio, dio un gran impulso a la construcción de caminos y acueductos con un fin económico e instrumental, aumentar el comercio y la comunicación entre las ciudades o proveerse de agua, y los edificios públicos destinados a la diversión y el entretenimiento del pueblo como circos, teatros, etc. También, se construían arcos para embellecer las ciudades y templos con motivos religiosos. En Emerita Augusta se ubicaba uno de los teatros de mayor envergadura de toda la provincia. Nos explica Blázquez “*el más suntuoso de los construidos en Hispania y uno de los más completos del imperio romano*”. (ibid: 66).⁴⁵

En esta ciudad existían para el I AC una cantidad de talleres de arte importante que competía directamente con sus piezas con los de Roma. Todo un legado arqueológico demuestra un gran número de esculturas proveniente de estos talleres; lo cual en cierta forma marca una diferencia entre la vida en Emerita con respecto al resto de Lusitania, sobre todo el sur. La presencia del latín entre los pueblos céltico-lusitanos era pobre; “*el bilingüismo entre las poblaciones indígenas, que se manifiesta en el hecho de encontrarse en las lápidas romanas vocablos con la evolución normal en la lengua céltica como la sonorización y caída de las intervocálicas. Cicerón escribe que los cartagineses e hispanos, cuando van al senado, usan intérpretes. La población era toda ella prácticamente indígena y lo siguió siendo durante el alto Imperio Romano*” (ibid: 68). Por otro lado, ya para el final de la República existían aún luchas internas y rebeliones que llevaban a no recomendar a los colonos romanos su asentamiento en la región. Este hecho, nos lleva a suponer que la romanización en Lusitania ha tomado carriles totalmente diferentes si comparamos el proceso con Bética y Terraconensis. Los lusitanos emprendían saqueos, razzias, y persecuciones a otros pueblos de la región; como acertadamente advierte García y Bellido “*dicen que los lusitanos son diestros en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados. Su escudo es pequeño, de dos pies de diámetro, y cóncavo por su lado anterior; lo llevan suspendido por delante con correas, y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas*”. (García y Bellido, 1945:131-132)

En este punto, señalamos que si bien la presencia romana en Hispania fue marcada por una colonización militar y cultural sin precedentes con otras provincias, también es necesario observar que este proceso de transculturación no se dio en todas las regiones de Hispania de la misma manera⁴⁶. A su vez, consideramos el trabajo del Profesor Blázquez como de gran autenticidad y validez científica académica en el tema estudiado, aunque consideramos que no existe una relación directa entre aculturación y grupo étnico. En otras palabras, no es que los grupos célticos resistieron la cultura y las instituciones romanas en relación a los grupos no indo-europeos. Existieron

⁴⁵ La comunicación entre las provincias y Roma solapaba un marcado interés de explotación económica por parte del Imperio, ya sea por la minería o la importación de trigo y telas. Esto hecho nos lleva a pensar no tanto en la romanización como un proceso de aculturación sino de colonización económica, imitada muchos siglos más tarde por Europa (XVI – XIX) (Blázquez, 1989:108).

⁴⁶ Los pueblos celtas tenían para con sus armas un apego religioso muy especial y aún vencidos o firmada la paz con Roma, se negaban a entregarlas a los nuevos colonizadores. Este hecho que es señalado por Blázquez (1989:105) apunta a pensar que “*los celtíberos tenían alguna vinculación de carácter religioso con sus armas, por lo que algunas veces aceptaban las cláusulas de los tratados impuestos por Roma, pero no la entrega de armas. Así en el año 140-139 AC, los numantinos se volvieron hacia atrás de lo pactado con Pompeyo cuando tenían que entregar las armas*”. Una de las maneras más efectivas, de ganar la confianza de los celtas fue la distribución equitativa de las tierras, que hasta ese momento se mantenían en pocas manos. Aunque también la entrega de ciudadanía, el respeto político-administrativo con arreglo a un protectorado y el reclutamiento militar fueron mecanismos que ayudaron a la asimilación cultural. Sin embargo, no todos los pueblos celtas aceptaron pasivamente la Pax romana; entre los más rebeldes se encuentran los cántabros, los astures y los lusitani.

mediaciones, y dentro de la gama celta algunos se romanizaron rápidamente como los galaicos mientras otros no lo hicieron con la misma rapidez, sobre todo lusitanos y cántabros entre otros. Los vascones, por un lado proporcionaron grandes cantidades de hombres a las legiones romanas, pero por otro, la parte baja de Vasconia opuso una tenaz resistencia, intentando por todos los métodos escapar del control del imperio.

El mismo Blázquez termina reconociendo: *“hay que recalcar, para el contenido de este trabajo, que bajo Roma seguían funcionando perfectamente las viejas estructuras indígenas varios siglos después de la conquista de esos territorios”*. (Blázquez, 1989:130). Esto demuestra, finalmente, que la aculturación o romanización fue un proceso lento y desigual, que por su asimetría dio lugar a diversas dinámicas y tipos diferentes al margen de la composición étnica. El ocio y el entretenimiento romano funcionaron también en Hispania como una forma de asimilación cultural y colonización política. La presencia de infraestructura destinada para la concreción de tales eventos, se constituye una pieza probatoria del estilo de vida de la población local. Ahora bien, si a mayor porte de la infraestructura romana dedicada a los entretenimientos suponemos que mayor era el grado de penetración, entonces suponemos por lógica derivada que el *otium* en las provincias (al igual que en la misma Roma) se convertía en un mecanismo eficaz, aunque en ocasiones costoso de control social. El profesor Blázquez no se equivoca cuando afirma *“la no asimilación de la cultura romana se observa también en la ausencia de edificios religiosos de tipo romano, de edificios de espectáculos, como teatros, anfiteatros y circos, donde se celebraban rituales de la tríada capitolina, de escultura y de bronce en número relativamente mediano”* (ibid: 111).

Retomando con nuestro tema de estudio, podemos señalar que incluso la institución del *hospitium*, coexistía en Hispania con otras de igual jerarquía. Si bien es difícil poder precisar, bajo que contexto operaba una y otra o por lo menos bajo que rango jurisdiccional, salvo que como advierte Blázquez *“el fundamento de algunas instituciones indígenas bajo Roma queda claro en la Tessera hospitalis del año 14, hallada en Herrera de Pisuerga. Al igual que la encontrada en Austurica Augusta, es doble. En el primer texto, la ciudad de los maggavienses otorga a Amparamos la ciudadanía y concede a sus familiares los derechos de que gozaban los maggavienses. En el segundo, Amparamos hace un pacto de hospitalidad con los maggavienses, en virtud del cual, Amparamos, los suyos y los descendientes, recibieron a los maggavienses en hospicio, fe y clientela, otorgándole los mismos derechos que disfrutaban él y los suyos. Las civitas maggaviensium recibió, a su vez, a un particular y éste acogió a sus componentes en hospicio, fe y clientela. Se da un hospitium, un patronatus y una adlectio in civitatem”*. (ibid: 130)

El excelente trabajo de Balbín Chamorro no podía comenzar de otra manera que señalando *“La península Ibérica es el territorio integrado en el Imperio Romano donde más tesserae y Tabulae de hospitalidad y patronato han aparecido, y a la documentación existente se añade cada año el hallazgo de nuevos textos que contribuyen a reavivar el debate historiográfico sobre su función social. Uno de los principales problemas que plantea la documentación epigráfica hispana relacionada con este tema deriva de la presencia simultánea de las dos instituciones, como sabemos, funcionalmente contrarias: el hospitium, relación equilibrada en la que ambas partes se relacionan de igual a igual, y el patronato, relación desequilibrada entre un cliente y un patrono”* (Balbín Chamorro, 2006:207). El mundo cultural romano e indígena en

Hispania era tan rico y variado que nos obliga a proponer ciertos puntos intermedios en nuestras afirmaciones. No obstante, acordamos con el profesor Blázquez (ya varias veces citado como un exponente reconocido del tema), que la explotación económica y la asimilación cultural parecen tener cierta relación si reobserva el hecho que las minas en las cuales se trajeron colonos itálicos (para reforzar la mano de obra) existe un grado de cultura romana mayor en comparación con las minas en donde se utilizó a la población autóctona celta o vasco no indo-europea. En ocasiones, en que la agricultura era desdeñada como forma principal de ingreso económico por la explotación de la minería, el progreso económico de la población se mantenía bajo. Por el contrario, cuando se combinaban ambas actividades y se daba participación a los indígenas, el progreso era mayor y consecuentemente también la asimilación cultural (Álvarez, 1963). Esto nos lleva (paralelamente) a comparar los rasgos de la presencia romana en otras provincias de origen celta como por ejemplo Las Galias.

CAPITULO V (LA PRESENCIA ROMANA EN LA GALIA Y GERMANIA: bajo la perspectiva de César).

La Guerra en las Galias

El territorio galo y parte de la Germania se anexiona por la fuerza, luego de la compañía militar conducida por Caius Julius Caesar entre 58 y 51 AC. Tras recibir, los poderes *proconsulares*, César extendió la guerra a toda Galia con el objetivo póstumo de incluir mayores extensiones territoriales en su favor y para Roma. Las ocho incursiones militares durarían 7 años hasta el 51 AC. Aunque no tenemos una verificación cierta, Plutarco sostiene que resultado del accionar de César, se pudieron someter 300 tribus, y subyugar 800 ciudades; aunque obviamente el dato pueda estar sujeto a algún tipo de exageración o manipulación política. (Plutarco).

Tras la invasión latina, los galos se unieron bajo las órdenes de *Wer-king-gheto-riks* (*jefe de los grandes guerreros*) o también conocido como Vercingetórix, pero fueron finalmente derrotados en la batalla de Alesia en 52 AC. Este caudillo era rey de la tribu Averna, en ese entonces una de las tribus más enemistadas con Roma (Dion Casio, XXII.23). Si bien al igual, que Hispania, esta región posee una historia de divisiones territoriales previas a la ocupación romana, para el I AC las Galias se dividían en tres secciones bien definidas: *Cisalpina*, *Transalpina* y *Comata*. La primera se extendía desde las tierras del norte entre los ríos Arnus y Rubico y siguiendo la divisoria del Po⁴⁷. La segunda región, estaba conformada por una franja costera más allá de los Alpes que iba desde Liguria a los Pirineos. La última, la Galia Comata o Cabelluda (por la extensión de los cabellos de sus pobladores) comprendía la mayor extensión territorial de la provincia, comprendiendo las actuales Francia, Bélgica y sur de Holanda.

La composición étnica de los habitantes de la Galia era de origen indoeuropeo céltico, aun cuando dentro de esa composición existían una variedad considerable en cuanto a sus lenguas y costumbres. De trazar una clasificación, aunque algo tosca podemos afirmar que *los galos* se agrupaban en *Celtas*, cuyo grupo comprendía a la tribu de los *helvecios*, *secuanos*, *senones* y *carnutos*; *Belgas*, compuesto mayoritariamente por *suesiones* y *belovacos*; y *Aquitano*s, formados por tribus de origen tarbelo y ausco.

⁴⁷ Al norte del río Po las tribus poseían un grado de asimilación cultural mayor en comparación con aquellas que se ubicaban más al sur.

(Dutour, 2005) ⁴⁸. Una de las ventajas que trae los testimonios de César, es que en la misma persona se juntan polaridades de dos estratos sociales que dentro de Roma se miraban con cierta desconfianza: los aristócratas y los militares. En efecto, César es en parte noble patricio por ser de la gens Julia y un hábil (así lo han demostrado sus victorias militares) general romano. En este sentido, no parece muy errado suponer que los testimonios que “el dictador” ha suministrado sobre su estadía en Galia y Germania se constituye como una obra (etnológica) más que útil y valiosa en el tema que se está estudiando (Gerlomini, 2004:29-31).

Según los hechos históricos podríamos hacer la siguiente referencia para ubicar al lector antes de sumergirnos en el antiguo mundo y los comentarios propios “del Dictador” y conquistador de Galia: los celtas se ubicaban en Galia desde el siglo VI AC, mezclándose a su llegada con los antiguos habitantes de la zona. Las diferentes tribus que residían en Galia, no tenían entre ellas conexiones políticas muy estrechas. En ocasiones, esto jugó a favor de César debido a que (además) para el I AC, no existía en los pueblos galos monarquías institucionalizadas sino que por el contrario, diferentes aristocracias se disputaban y alternaban en el poder. Este contexto, indudablemente, facilitó las cosas a los legionarios romanos (Gerlomini, 2004:24).

Así y aprovechando las diferencias internas, César entra en guerra contra los helvecios invocando la relación con otra tribu, los eduos. La victoria sobre los helvecios, provee a Roma de una entrada casi sin obstáculos a la Galia Central. ⁴⁹ Una vez allí, diversas incursiones bélicas contra los belgas y los vénetos consolidan la hegemonía imperial en la región. En el 55 AC, César cruza el río Rin llegando por primera vez hasta Germania y Britannia. Si bien existieron varias revueltas y rebeliones entre los galos, la de mayor impacto fue aquella acaecida en el 52 AC, en la cual una asamblea le dio poderes de conducción a un joven líder averno, Vercingétorix. Sin embargo, en septiembre de ese mismo año, se impone sobre los galos una rendición incondicional y cuatro años más tarde se ejecuta al líder galo con motivo de las celebraciones triunfales en Galia. (Gerlomini, 2004:27)

El resto de la historia en Galia, no es muy diferente de aquella que ya hemos señalado en Hispania. Los romanos, se enriquecían con la repartición de tierras, y conducían un

⁴⁸ El emperador Augusto realizó una nueva división de las Galias en el 27 AC: Narbonensis, Lugdunensis, Aquitania y Belga. Con referencia a la composición étnica descrita, ésta sufrirá innegables combinaciones y modificaciones, tras la invasión (254 AC) de los germanos tribu que limitaba con los galos por medio de la Germania Superior. Las incursiones germanas fueron graduales hasta la entrada de los vándalos, suevos y alanos en el 406 DC. Más tarde, ya caída la parte occidental de Roma, los terribles francos –también de origen germano- hacen posesión efectiva en el 486 DC.

⁴⁹ Tras una masiva migración Helvecia (por mala cosecha y presión germana), la táctica romana consistió en negarles el tránsito. Estos entablan un pacto con los secuanos, quienes le permiten el paso. Enterado de ello, César emprende un viaje con 5 legiones y en la travesía enfrentan a catúriges y ceutrones, empero como dice César “*los helvecios ya habían pasado con sus pertenencias a través de los desfiladeros y el territorio de los secuanos y habían llegado al territorio de los eduos y devastaban sus campos: cómo no podían defenderse a sí mismos ni a sus bienes, los eduos envían embajadores a César para pedirle auxilio*” (César, 2004:46). Movido por éste pedido de auxilio, César decide ir en ayuda de los eduos y enfrentar a los helvecios en el cantón de Tigurino. Ahora bien, aun cuando este hecho haya existido, surgen algunas dudas en cuanto a la manipulación política que César pudiera hacer del evento. Si bien, Roma ya tenía antecedentes de una invasión gala y en efecto temiera una nueva incursión, el punto es que esta diáspora céltica parece haberle dado “al dictador romano” la excusa perfecta para penetrar el corazón de Galia y luego de allí, extender toda la conquista para crear una barricada con Germania. Dada la riqueza del suelo galo, es extraño o por lo menos difícil creer en las razones altruistas de César.

proceso de asimilación cultural construyendo teatros, circos, templos y rutas que comunicaran todas las regiones de ocupación legionaria efectiva. En este sentido, las palabras de Nicolás Gerlomini, son más que elocuentes, “*con la campaña de Galia, César se hizo de un botín extraordinario, que alcanzó no sólo para enriquecer a sus soldados sino también para pagar las deudas contraídas durante su consulado y todavía mucho más. Para la Republica, la victoria significó un vasto territorio abierto a un rápido proceso de romanización, que comenzó con la construcción de ciudades, rutas, templos y teatros.*” (Gerlomini, 2004:27)

En palabras del propio César, sus *testimonii* comienzan de la siguiente manera “*la Galia, tomada en su conjunto, está dividida en tres partes; una de ellas la habitan los belgas; otra los aquitanos, y la tercera, los que se llaman, en su propio idioma, celtas, y en el nuestro, galos. Todos ellos se diferencian entre sí por el idioma, las costumbres y las leyes. El río Garona separa a los galos de los aquitanos, y los ríos Marne y Sena los separan de los belgas. De todos ellos, los más fuertes son los belgas, porque son los que están más lejos del género de vida y el refinamiento de la provincia, y es raro que los mercaderes los visiten o que ellos importen bienes que tiendan a afeminar el animo, y porque están cerca de los germanos, que habitan detrás del Rín, y con quienes hacen la guerra sin cesar*” (César, I, 1)

En este párrafo queda plasmada la perspectiva de César sobre Galia y la relación que las prácticas romanas (delicadas y orientadas al ocio distinguido) tienen en épocas de paz. La forma de pensar del dictador, sigue una dinámica que establece un vínculo causal entre “la importación de bienes romanos” con respecto al ocio y el apego a las armas. La ferocidad gala, asume César, es una consecuencia del alejamiento del mundo “civilizado”. Por ende, en cuanto más cerca se esté de los pueblos germánicos mayor será el grado de “ferocidad”; y ésta no parece ser una idea menor ya que va a acompañar el espíritu de Roma y de sus gobernantes por largo tiempo.

Sin embargo, los problemas de César no culminaron con la conquista de los helvecios. Se llamó a una asamblea de los pueblos galos para jurar fidelidad a Roma; pero en esa reunión eduos y secuanos (de origen galo) manifestaron a César, que una tribu germana, los harudes (de la zona de actual Hamburgo) habíanse establecido en las tierras secuanas. Ariovisto, rey de los harudes había impuesto grandes tributos a los galos, y paulatinamente éstos últimos eran desplazados de sus tierras tras la llegada de nuevos harudes provenientes del otro lado del Rin.

Estructura político-social y costumbres galas

En su libro número VI, de su *Comentarios sobre la guerra en las Galias*, César realiza una descripción etnográfica que sería la envidia de cualquier etnólogo moderno y de ellas hemos podido extraer ciertos fragmentos que han sacado a luz ciertas pautas y costumbres culturales de las tribus celtas en la región; sobre todo aquellas vinculadas a la organización política de sus tribus. La estructura político-social de las tribus se sustenta sobre facciones cuyos jefes o jefes mantienen para sí el mayor prestigio y cuya jurisdicción cae sobre todos los asuntos de estado público. La función de este líder es bregar y defender los derechos de sus súbditos, a tal efecto que “*ninguno tolera que los suyos sean oprimidos y avasallados; y si actúa de otra manera, no tiene ninguna autoridad entre los suyos*” (César, VI, 11).

Particularmente, siguiendo los comentarios de César, podemos establecer dos facciones dominantes en la zona: *los eduos y los secuanos*. Estima César, cuando él llega a Galia, el poder militar y político estaba en mano de los eduos. Pero luego tras ciertos pactos con los germanos harudes, los secuanos parecían tener controlada la situación hasta lograr finalmente la hegemonía de toda la Galia (César, VI, 11-12). En cuanto a la jerarquización social, los pueblos celtas ostentan dos clases de hombres libres: los druidas y los caballeros. Diferente son sus funciones, como también sus obligaciones y alcances; mientras los druidas se constituyen como un grupo élite religioso, los caballeros forman parte de un grupo guerrero. Luego, la plebe, los esclavos o clientes, pasan a ser parte de la mayoría de la plebe, pero éstos tienen escaso reconocimiento dentro de la cultura celta.

En boca del propio César, observamos que *“En toda Galia hay dos clases diferentes de hombres que tienen alguna importancia y honor. Pues la plebe tiene casi el lugar de los esclavos, de modo a que no se atreve a nada por sí misma y no es invitada a ninguna asamblea. Muchos se entregan como esclavos a los nombres, cuando son oprimidos por las deudas, por la cantidad de tributos o por la agresión de los poderosos; y para ellos rigen las mismas leyes que para los esclavos en relación con sus dueños”* (César, VI, 13). Por otro lado, la función de los druidas está vinculada *“a los asuntos divinos”*, encargándose de conducir los sacrificios públicos o privados e interpretar los deseos y satisfacciones de los dioses. Gran cantidad de personas, acude diariamente a este grupo para obtener por medio de la magia ciertas cuestiones. Principalmente, este prestigio les da a los druidas un gran poder político y se conforman como un grupo destinado al control social. *“Si se ha llevado a cabo un asesinato, si hay alguna controversia por una herencia, por los límites de un terreno, de igual modo son ellos quienes deciden y resuelven los premios y los castigos. Si algún individuo o pueblo no cumple con lo decidido por ellos, prohíben los sacrificios. Este es el castigo más duro entre los galos. Y quienes sufren esta prohibición son tenidos por impíos y criminales, todos se apartan de ellos, rehuyen su conversación para no recibir en el contacto parte de la calamidad”* (César, VI, 13)

La formación jerárquica dentro del mismo grupo es unipersonal, ya que sólo uno de todos los *“sacerdotes druidas”* ejerce la suprema autoridad. No obstante, el cargo no es perpetuo y es en ocasiones se otorga por votación o la lucha armada. La mayoría de ellos se capacitan y reciben sus tradiciones en la isla de Britannia (al norte de Galia); la transmisión de ese saber no es escrito sino oral, por lo que no existen mayor evidencias que ciertas crónicas de viajeros o militares; como la de Julio César que en este punto nos explica *“los druidas suelen estar ausentes de la guerra y no pagan tributo alguno a los demás. Están exentos del servicio militar y tienen inmunidad en todo. Tentados por semejantes privilegios, muchos van a aprender su doctrina por propia iniciativa o son enviados por sus padres y parientes. Dicen que allí aprenden de memoria gran número de versos. Y así algunos permanecen veinte años aprendiendo. No consideran lícito poner por escrito su enseñanza, mientras que en todas las demás cosas, negocios públicos o privados, usan las letras griegas”* (César, VI, 14).

Según la doctrina druida, las almas no mueren sino que pasan de un cuerpo a otro en forma de reencarnación. Esta costumbre vitaliza y renueva la valentía de los galos en frente al combate y exacerba su valentía. Tienen un detallado conocimiento sobre los astros y otros menesteres; y consideran que la escritura no permite mantener viva la memoria. En segunda instancia, tenemos a los caballeros o guerreros galos, que se

componen de ciertos valores con arreglo a la guerra y al linaje. En realidad, la segmentación y el estatus de los caballeros no estaban vinculados a los conocimientos de fórmulas religiosas adquiridas, sino a la cantidad de sirvientes conseguidos en batalla, al linaje al cual pertenecía el individuo, y a su propia fortuna. A grandes rasgos, en un atisbo de sociología contemporánea comparada, podemos señalar que mientras los druidas o sacerdotes fundamentaban su poder mediante a un estatus adquirido, los caballeros lo hacían por medio de un status adscrito.

Seguramente, los sacrificios humanos eran permitidos por los celtas, y esto habría causado mucha impresión por parte de los conquistadores romanos. En ocasiones, aquellos que eran apresados por robo o bandidaje eran sacrificados o quemados vivos como suplicio a los dioses, pero como bien observa César *“hay escasez de esta clase de gente, incluso los inocentes llegan a los suplicios”* (César, VI, 16-17). El tiempo para los galos, no se mide en días (como en los pueblos latinos) sino en noches, y los cumpleaños se celebran tomando en cuenta que el día debe seguir a la noche. En cuanto a los matrimonios, los varones aportan una parte de su patrimonio como dote, mientras las mujeres proponen la otra parte. Esta costumbre, va variando de tribu en tribu, y (a diferencia de sus primos los celtiberos) no se encuentra en todas las regiones por igual.

Por último, podemos decir que los rumores y chismes deben ser tratados exclusivamente en las asambleas públicas, y que enterado un sujeto de un rumor que hace a toda la tribu éste tiene la obligación de no divulgarlo; en este sentido, sólo los jefes de la asamblea harán mención a la noticia en concordancia con el bien de la comunidad. Asimismo, si la noticia es perjudicial o genera pánico, la asamblea está constituida de tal forma (por ley) que puede ocultar información o manipularla según sea la ocasión. *“Las tribus que son consideradas más eficientes en administrar los asuntos públicos tienen decretado por ley que, si alguien se entera de algo acerca de una cuestión pública, por los vecinos, gracias a un rumor o un comentario, debe llevar la noticia al magistrado y no compartirla con ningún otro, porque a menudo se vio que hombres temerarios y sin experiencia son aterrorizados por falsos rumores y llevados al crimen y a tomar decisiones sobre cuestiones cruciales. Los magistrados ocultan lo que saben; lo que juzgan que es de provecho, lo comunican a la multitud. No está permitido hablar de cuestiones públicas sino en la asamblea”* (César, VI, 19-20).

La mitología Germánica

Las tribus germánicas son originarias (en un principio) del norte de la Península Escandinava, donde se alojaron desde el 500 AC; aunque luego se expandieron por gran parte de la Europa Central. Lingüísticamente estos grupos se encuentran emparentados a la familia indo-europea (escandinavo, anglo-sajón, frisón y gótico se cree fueron las fuentes lingüísticas madres). En la actualidad, la división lingüística se orienta a clasificarlas en tres grupos principales: *oriental, nórdico y occidental*.

La primera rama se puede considerar una lengua muerta, en la cual entra el gótico como fuente principal. Existen estimaciones que apuntan a los godos, visigodos o ostrogodos como las tribus donde se hablaba esta lengua. El segundo grupo, el nórdico ha sobrevivido al paso del tiempo y se encuentra presente en las actuales lenguas sueca, feroés, danesa, noruega e islandesa (su matriz es el escandinavo arcaico). Por último, el grupo de las lenguas occidentales abarca al alemán, ydisch, afrikáans, holandés, y el inglés entre otros. Si bien no existe consenso entre los investigadores sobre cual es la lengua madre de estos idiomas, se observa una gran correlación con el frisón y el sajón

antiguo. También el escocés parece una lengua vinculada (transculturalmente) al sajón, aun cuando su raíz sea céltica.⁵⁰

La etimología de la palabra *germano* está sesgada por un pasado no siempre muy claro, pero existen dos pistas interesantes: la primera de ellas, hace referencia a la palabra *heer* (guerra) y *mann* (hombre), por lo tanto *germano* significaría “guerrero”. Sin embargo, por el momento, todo parece indicar el término deriva del celta (galo) *carmanos* que significa “los que gritan”. Es posible, los antiguos galos hayan observado esta distinción en los germanos antes de lanzarse hacia la guerra como método de intimidación; lo cierto es que originalmente el vocablo ha sido usado por Posidonio de Apamea y difundido por Caius Julius Caesar cuando escribe sus *Testimonii*⁵¹. Ahora bien, también se observa cierta similitud también con la palabra latina *cormanus* – *cor* (corazón) y *manus* (mano)-, cuyo significado es “*quienes hablan con la mano en el corazón*”. Más específicamente, si bien se conoce el momento en el cual es usado por primera vez (58 a 51 AC) su origen etimológico aún se torna difuso y poco claro. Para la época romana, los germanos habían descendido hasta ocupar los márgenes del río Rin y porciones de la Galia; diversas incursiones primero contra las tribus galas (célticas) y luego con los romanos, le dieron a los germanos una fama de “bravos guerreros”. Aunque gran parte de ellos, eran tribus pacíficas y agricultoras, pronto desde el sur hacia el norte, comenzaron a identificarse y practicar la guerra como su primera industria. No es particularmente extraño observar como Wodan además de ser “el dios de la guerra” también tiene jurisdicción para aplicar reglas de comercio en épocas de paz.

Paralelamente, Nerto y Freyja (dioses de la agricultura y el amor respectivamente) fueron reemplazados por el temible Odín (dios de la guerra). La mirada romana y los prejuicios de la época, de un Imperio que anhelaba volver a la austeridad y a la pureza espiritual perdida, le dieron a los nórdicos una imagen oscilando entre la admiración (por su valor y austeridad de costumbres) y el desprecio (por su falta de razón y supuesto primitivismo) (Robert, 1992) (Meunier, 2006) (Gerlomini, 2007). Su forma de organización, se dividía en tres estamentos: los nobles, capaces de heredar propiedades y riquezas, los hombres libres, cuya distinción era la capacidad legal de portar armas, y los esclavos, el más bajo de los escalafones. Todos los hombres libres, eran llamados dos veces al año a multitudinarias asambleas (denominadas Thing) donde discutían los destinos de su tribu. Las diferencias surgidas por dos hombres libres se dirimían (en última instancia) con un duelo que culminaba con la muerte de uno de los dos involucrados, *el holmganga*. Aun cuando estas tribus no dejaran un corpus escrito de su mitología, diferentes tradiciones orales fueron transmitiéndose de generación a generación, conformando lo que actualmente se conoce como la mitología germánica.

⁵⁰ La lengua escocesa sigue desconcertando a los estudiosos ya que por un lado mantiene raíces comunes con el anglo-sajón o germánico occidental y con el lenguaje gaélico o celta. La palabra libro denota la siguiente estructura y sus cognados: book (inglés), boek (afrikáans), bók (feroes e islandés), buch (alemán), bóka (godo), bog (danés), bok (sueco y noruego), y beuk (escocés). Pero, también existen estructuras comunes del escocés con el celta; por ejemplo la palabra cabeza en proto-céltico *kwennos* adquiere la siguiente forma: *kione* (manés), *penn* (bretón), *pen* (galés), *pennos* (galo moderno), *ceann* (irlandés) y *ceann* (escocés). Como se ve en el último ejemplo, existe en esta última palabra una similitud del escocés con la rama del goidélico y no con el germánico. Esto sugiere la idea que no existe una pureza étnico-lingüística como se creía en el siglo XIX. Como acertadamente afirmaba Polakovic (1978), la palabra Prusia (antigua Alemania) deviene de la tribu de los BORUSIOS de origen eslavo y no germánico.

⁵¹ Los generales romanos acostumbraban a guardar todas sus experiencias en los campos de batalla en lo que llamaban testimonios o *testimonii*. Así Julio César guardó (como un verdadero etnógrafo) sus vivencias en las Galias y Germania en la obra *Comentarios sobre la guerra en las Galias*.

No obstante, las formas y leyendas como así también los dioses adquieren diferentes interpretaciones, sentidos y connotaciones dependiendo de los diferentes pueblos que componían este grupo social.⁵²

El dios de la Guerra Voden, Woddan o Wotan (Oddin u Odin) fue originariamente una deidad propia de las tribus del sur ubicadas en los límites con Galia a orillas del Rin. Más tarde, por motivos que hacen a la adquisición de la guerra como forma de producción (posesión propia), las tribus del Norte comenzaron a adorar a Wodan (que significa Jefe de las Wuotes, el ejército furioso) (Meunier, 2006:61). A rasgos generales, la mitología de estos pueblos nos habla de Nerto, Diosa de la Tierra (responsable de las cosechas); Wodan-Odín dios de la guerra, Freyja, diosa del Amor, Ziu-Tyr (arcaica denominación de Odín), Aegir o dios del mar, Heimdallr, Balder (dios de la luz), Thor la divinidad de los campesinos, Freyr o Frigg, hermano de Freyja y dios de la fertilidad y la temible Midgard o el gigante Geirrod, entre otros (Meunier, 2006).

Una de las cuestiones que más impresionó a los romanos cuando tuvieron contacto con los germanos, fue el papel que desempeñaba la mujer en la vida pública de los hombres libres: iniciando ritos de augurio ya sea para la guerra o para el trabajo, eligiendo los matrimonios para sus hijos, o teniendo la facultad de heredar por linaje materno (César, 2004) (Tácito, 2007). En este sentido, es posible que el papel de la mujer en la organización social se fuera relegando a medida se abandonaban los cultos a las diosas Nerto y Freyja; y se adoptaban como propios los dioses de la guerra (Wodan o el irritante Thor). Si bien, también puede existir una similitud entre la Freyja (nórdica) y la Venus Amatoria (latina), lo cierto que es la demostración de amor romántico en el mundo latino era un signo de debilidad y afeminamiento (por tanto era repudiado por el varón); mientras en el mundo nórdico era señal de virtuosismo. El parentesco divino entre Freyja (diosa del amor) y Fricco o Frigg, dios de la fertilidad parece prueba – aunque algo polémica- de la relación entre la tierra y el trabajo. Así, la mujer se configuraba en el ámbito público como la organizadora del mismo en épocas de paz⁵³.

⁵² Las tribus nórdicas eran variadas y a grandes rasgos para el I AC pueden identificarse las siguientes tribus: marcómanos, sajones, suevos, gépidos, ubios, jutos, anglos, lombardos, godos, vándalos, harudes, burgundios, cuados, batavos, semnones, teutones, frisios, cimbro, francos, trebocos, camavos, rugios, y naristos entre otros muchos.

⁵³ Según Gerlomini aún no es probable la relación de la mitología germánica con las inefables prácticas de “exterminio” del tercer Reich III, durante la segunda gran guerra. Lo cierto parece ser, que ciertos aspectos de su mitología como el trabajo, la libertad y el poder pueden verse plasmados en los carteles colgados sobre los portones de los siniestros campos de concentración. Die “Arbeit macht Frei”. El trabajo es liberador. Donde, Trabajo (arbeit), poder (macht), libertad (freiheit). Aunque la idea de pureza étnica no estaba presente en los germanos arcaicos, sino por el contrario es un legado de Roma. En esta tribu exótica y físicamente diferente, los romanos vieron y construyeron una imagen ambigua: por un lado, se los admiraba como una forma de volver a la austeridad (pureza) y el coraje que Roma había perdido con el paso de los años, pero ésta admiración no era étnica sino espiritual. Aun cuando, físicamente las romanas gastaban fortunas en la compra de cabelleras nórdicas, mientras que los hombres pagaban altas sumas por los esclavos dálmatas o frisios, esto no se debía a otra cosa que una búsqueda constante de retornar a las costumbres “virtuosas” de Catón. Por otro lado, a los nórdicos se los estereotipaba como una tribu de salvajes desprovistos de cualquier tipo razón y habilidad para el comercio. Hecho, que obviamente ameritaba la presencia romana como una forma de civilidad y adoctrinamiento. Sólo en el ejercicio del comercio (intercambio) el salvaje puede ser “humanizado”. No todo bárbaro es salvaje. La condición de bárbaro (barbaroi) hacía referencia a la extranjería (con una cultura diferente) más que a la incivilidad. Para los primeros hombres de Roma al igual que para los griegos, los cartagineses eran bárbaros aunque su excelencia en el manejo del comercio, no autorizaba a llamarlos “salvajes” (Korstanje, 2007). Algunos prejuicios de los historiadores en el siglo XIX, que se

Dice, al respecto Cornelio Tácito “Mientras los germanos no hacen la guerra, cazan un poco y sobre todo viven en la ociosidad dedicados al sueño y a la comida. Los más fuertes y belicosos no hacen nada; delegan los trabajos domésticos y el cuidado de los penates y del agro a las mujeres, los ancianos y los más débiles de la familia, languidecen en el ocio; admirable contradicción de la naturaleza, que hace que los mismos hombres hasta tal punto amen la inercia y aborrezcan la quietud.” (Tácito, XV). En la actualidad, otro aspecto a favor de la mencionada hipótesis, es la forma femenina que toma el artículo cuando debe anteceder al trabajo como sustantivo. En moderno alemán *die* (la) hace referencia a, *die arbeit* (el trabajo), *det arbejde* (danés) o *det arbete* (sueco); mientras en lenguas romances derivadas del latín la forma masculina antecede a la palabra trabajo tal que: (el) trabajo (español), (il) *laboro* (italiano), (le) *travail* (francés).

El mundo trascendental de los nórdicos, se dividía en tres esferas: la primera era la Valhalla hogar donde residía en “gran dios” Odín (en las montañas o en el subsuelo). En este lugar eran recibidos los valientes guerreros que caían en batalla donde se les daba un festín en su honor; luego, el consejo de los dioses se encontraba en Gladsheim. Y por último la Valaskialf, mansión donde Odín ejercía su autoridad. Los gigantes vivían en regiones ubicadas en el norte, comúnmente llamadas Utgard y Jotunheim, de donde en ocasiones les declaraban la guerra a los dioses (también llamados ases). En forma sumariada, podemos señalar que sus estructuras mitológicas tenían ciertas semejanzas que pueden resumirse en a) la lucha incesante entre dioses y demonios como arquetipo entre el bien y el mal, b) el valor como forma de reconocimiento en la otra vida, c) el miedo a los muertos (sobre todo los enemigos) que perjudican a los vivos por medio del uso de su filgia, d) la pequeñez del hombre frente a la naturaleza, y por último e) la creencia en una fuerza (*Macht*) que rige los destinos de todos los seres vivos e inanimados (Meunier, 2006) (Dumezil, 1973; 1971).

Es precisamente sobre esta última, la creencia en el *Macht* (fuerza) predisponía al germano a pensar que su poder no se acabaría con el advenimiento de la muerte, sino que por el contrario, sus logros y méritos demostrados en los campos de batalla, lo acompañarían eternamente. En este sentido, ciertos objetos inanimados como ríos, manantiales, sus barcos o sus armas (sobre todo las hachas y espadas) también poseían su *Macht*, hecho que significaba una deidad protectora en caso de disminución de esa fuerza. Tras una rendición, el nórdico rehusaba a entregar su arma y causa de ello era muchas veces ajusticiado. No obstante, estas tribus eran muy respetuosas de la hospitalidad, y como lo demuestran las leyendas vinculadas a la enemistad entre Hrungrir y Thor, cuando éste último precisamente es privado de darle batalla al gigante, tras haber sido invitado al banquete por el propio Wodan en Asgaard. Luego de embriagarse, Hrungrir (el gigante) dijo tener el poder de matar a todos los dioses excepto a Sif y a Freyja (de quien se encontraba enamorado); al enterarse por los ases de ello, Thor hizo su aparición pero Hrungrir le recordó que atacarlo mientras se encontraba desarmado y bajo regla de hospitalidad, era signo de deshonor; por ese motivo, ambos se dieron cita a un duelo en Griotunagard entre los límites de la tierra de los gigantes (Riesenheim) y de los Ases (Asenheim) fuera del área de hospitalidad; de haber Thor incursionado contra el gigante mientras éste disfrutaba del banquete, hubiera tenido que vérselas con el mismísimo Wodan. Obviamente, a pesar de sus constantes y

ocuparon de estudiar Roma parecen ser los culpables de pensar durante mucho tiempo la civilidad y la extranjería como elementos similares, cuando en la realidad de la roma imperial nunca lo fueron.

recurrentes ataques de furia, éste era un lujo que Thor no podía darse. (Meunier, 2006:85-86)

A diferencia de otras mitologías, el héroe germano no es virtuoso, prudente ni mucho menos sabio; como lo demuestran las leyendas de Thor o Donar (dios del Trueno) y su inseparable compañero Locki (dios del Fuego) en tierras de los gigantes (Utgard) donde Thor es derrotado precisamente por su falta de compostura y arrogancia. Sin embargo, éste al igual que los héroes es sumamente fuerte y valeroso aunque en ocasiones estas virtudes no le sirvan para evitar los engaños de los que frecuentemente es presa; como cuando Thrym le roba su martillo o es embaucado por Hrungrnir en tierras lejanas (derecho de hospitalidad). (Meunier, 2006:75-90). Otros aspectos propios de estas creencias, tenían relación con la adoración de la naturaleza (sobre todo el agua y el fuego) como fuente de recursos y suma protectora; en efecto, estas tribus consideraban la pequeñez humana como un rasgo principal frente al cosmos y a los dioses; asimismo, la venganza también se encuentra presente como forma de reciprocidad (en la mayoría de los casos ejercida por parentesco). Un daño era para los nórdicos, plausible de ser respondido siempre con mayor intensidad al recibido; por ese motivo como veremos a continuación, intentaban no dejar enemigos vivos quienes pudieran perjudicarlos luego de una contienda. En este sentido, también “la predestinación” como creencia estaba ampliamente difundida entre los pueblos daneses y escandinavos. Antes de ir a la batalla, las valkirias ya sabían de antemano quienes iban a caer en ella.⁵⁴

Al respecto, Mario Meunier afirma “*los dioses están en lucha con las potestades demoníacas. Su suerte está ligada a la vida de Balder. Pero a éste sólo puede darse muerte por medio de un objeto (muérdago, arma) que se halla en manos de fuerzas subterráneas. Su enemigo lo consigue, y por medio de él causa a Balder la herida mortal. Pero éste, conforme a la tan divulgada creencia popular, renace en su hermano, el cual es vengador de su muerte*” (Meunier, 2006:98). En ocasiones, también se le otorgaban sacrificios humanos al dios Tyr para saber su voluntad con respecto a la batalla, pero en otros estas prácticas comienzan a ser reemplazadas por técnicas de adivinación de mayor complejidad como el sueño o las runas. Tanto la cosmogonía (creación del mundo) como la escatología (fin del mundo) escandinava nos habla de la re-encarnación y la venganza como dos elementos centrales. En ocasiones, estos rituales se llevaban a cabo al lecho de algún árbol sagrado o dentro de algún bosque. Pero lejos de lo aquello que escribió Tácito, estas tribus tenían una mitología no tan “simple” y “primitiva”, sino por el contrario “ambigua” y sumamente compleja. En parte, los germanos no creían en la inmortalidad de sus dioses, ya que éstos podían caer en fragor del combate y morir como un humano. Pero a la vez, su espíritu era re-encarnado en alguno de sus hijos para vengar su muerte. Esto se observa, en la muerte de Balder, de Heimdallr y del mismo Odín (el ocaso de los dioses). Al respecto, Meunier afirma “*en estrecha relación con Odín estaba también Vidar. Es hijo de Odín y de la gigante Gris y resuelve vengar a su padre cuando le mata el lobo de Fenris en la gran batalla de los Ases con sus enemigos.*” (ibid: 106)

Existen indicios de poesía islandesa (Voluspa) los hombres fueron creados, por intervención de tres dioses: *Odín, Hoenir y Lodurr*. El primero (Od-ín) les dio el alma,

⁵⁴ Existe, una gran concordancia entre el cisma protestante y la mitología escandinava, sobre todo en el caso del luteranismo que sostenía la humildad del hombre con respecto a Dios, y en consecuencia el futuro de éste predestinado a su voluntad divina. Recordemos la inexistencia, tanto de la predestinación como de la pequeñez humana en las mitologías judaica, greco-latinas y/o celtiberas.

pero Hoenir les entregó el espíritu (filgia) y Lodurr su color vital y brillante. En un principio, los árboles cumplieron un rol protagónico en la vida de los hombres, aconsejándolos, guiándolos en su destino y protegiéndolos.

Su contralor, el fin de se mundo creado hacía referencia al Ragnarok o también conocido como el “ocaso de los dioses”. Los dioses se habían caracterizado por entablar con los demonios diversos combates; sin embargo existe uno iniciado por la impulsividad de Thor que tras su ataque a uno de los gigantes inicia una guerra entre los Ases (dioses) y los Vanes (demonios). Es extensa la narración de esta batalla épica pero como resultado Odín, Balder, Freyr y Thor resultan muertos; hecho al cual se le suma la “corrupción de las costumbres de los hombres” como señal inequívoca del fin del mundo. Finalmente, son sus hijos Hod, Vali y Magni quienes dan muerte a los demonios en forma de venganza y restauran el orden de los antiguos Ases. El mundo parece encontrar una renovación tras hundirse en las olas del mar o por acción del fuego y emerger impoluto y renovado. (Meunier, 2006: 111-115)

Cabe mencionar que si bien existen algunos elementos los cuales pueden sugerir una comparación y vínculo entre el Ragnarok germánico y el retorno de Jesucristo en las creencias cristianas (Wilkinson, 2007); son más las diferencias entre ellas de lo que se cree. En realidad, la mitología cristiana y su antecesora la judía, mencionan una y otra vez al perdón o la expiación como posibles formas de renovación mientras que por el contrario en la mitología nórdico-germánica, la venganza ocupa ese lugar. Por otro lado, la venganza se deba (generalmente) por parte de los sucesores en linaje y parentesco; los hijos vengaban a sus padres (caídos); lo cual también traza una distinción con la mitología latina en donde padres e hijos se enfrentaban asiduamente por cuestiones de poder y prestigio. (Sola, 2004)

Sin embargo por un tema de espacio y tiempo, en este trabajo nos ocuparemos exclusivamente del culto a las filgias (muertos), dejando de lado otras figuras de la mitología nórdica, las cuales si bien pueden ser interesantes no hacen al tema en estudio. Asimismo, podemos señalar que para comprender el culto a las Filgias (Fylgja), hay que primero introducirse en la trascendencia. Los antiguos nórdicos creían en la dualidad del hombre; una especie de segundo “yo” que coexistía en el mismo cuerpo con el espíritu. A esta Filgia no se la identifica directamente con el alma (espíritu), sino más bien con un “compañero” el cual una vez personificado, puede trabajar, hablar, tomar forma incluso hacer daño a los enemigos.⁵⁵

Ciertas personas, mientras se encuentran dormidas tienen la habilidad de liberar su filgia para que ésta recorra varias regiones y paisajes. Al respecto el profesor Meunier sostiene “*cuando el dotado de esta facultad hace salir a la filgia de su cuerpo, éste queda como muerto, mientras la filgia viaja en forma de animal y recorre lejanas regiones. Se cuenta que muchos hombres, y también Odín, poseían esta facultad.*” (ibid: 47). En este sentido, al momento de morir, la filgia seguía disfrutando de una vida similar a la que tenía anteriormente. Se creía que éstas tenían la facultad de atormentar a los hombres en vida, arruinando sus cosechas, devorando a quienes se extraviaban en terrenos desconocidos y sembrando el terror por doquier. Por lo general, para desterrar a estos espectros, se acostumbraba a quemarlos o decapitarlos, ya que la cabeza es el

⁵⁵ La diferencia central entre la Filgia y El Alma, es que la segunda es incorpórea mientras la Filgia puede tomar forma de animales como lobos, osos o aves (Beowulf). Algunos pueblos la llamaban Hugr, Filgiur o Manna Hugir.

lugar donde residía el *macht*. Meunier no se equivoca cuando afirma “*en los muertos también, como cuando vivían, la cabeza es el asiento de la fuerza que sobrevive. Por lo tanto, a los cadáveres de esos hombres se les cortaba la cabeza, la cual era machacada o quemada. Sólo cuando se había hecho esto y desunido de este modo definitivamente la filgia del cuerpo, se impedía totalmente la aparición del fantasma*” (ibid: 52). Los sepulcros, enterrados en la tierra, también poseían una función profiláctica y protectora ante la presencia de los muertos. Se cree, aun cuando no esté demostrado que los nórdicos habrían sufrido grandes epidemias (quizás por sus constantes guerras), y en consecuencia hayan sido éstas las que difundieron la costumbre de enterrar a los difuntos con la creencia claro en la *filgia*.

Aunque, los difuntos tenían la capacidad, entre otras cosas de anunciar el futuro, lo cierto es que sólo decapitándolos se aseguraba su entrada al “reino de los muertos” o “Valhalla” (donde residía Odín). Si el guerrero había sido en vida un hombre de honor y valor, en el otro mundo era (en consecuencia) invitado a grandes festines donde comía, bebía y disfrutaba de la hospitalidad de “gran Dios de la guerra” (ibid: 57). La pasión de los germanos por la comida y la bebida era tal en su mitología como en su vida diaria que sorprendió al mismísimo César y puede verse reflejado el hecho también en las crónicas de Tácito. (César, VI) (Tácito, XXIII)

El momento del día, en que aparecen los muertos es la noche, sobre todo de invierno. “*de noche es cuando los muertos aparecen, especialmente en la grande y larguísima noche invernal, cuando la naturaleza está muerta. Es el tiempo en que aparecen también gran cantidad de fantasmas. Así se cuenta, que el fantasma de Glamr, regularmente durante la larga noche invernal sembraba la alarma por toda la comarca, entraba en las casas, mataba hombres y animales mientras permanecía tranquilo siempre a salir el sol y todo el tiempo que éste brillaba en lo alto del cielo*” (Meunier, 2006:52). La imagen, lejos de poseer un cuerpo, requiere de un medio para presentarse y re-presentarse a sí misma; en el antiguo culto a los muertos practicado por los diferentes pueblos en la antigüedad, se intercambiaba por el cuerpo en descomposición un recordatorio (duradero) hecho en barro o piedra. El renacimiento y la historia del arte como disciplinas, excluyeron de alguna manera “todas aquellas imágenes que tuviera un carácter artístico incierto” o relacionadas a la muerte; como ser las máscaras funerarias o los cabellos de los difuntos. La formación en el siglo XIX de la Academia de Arte consolidó una tendencia que mantuvo una distancia entre el medio y la imagen; como ser el caso de la fotografía. En este sentido, Belting advierte “*el dominio de la imagen de muertos en la cultura occidental cayó completamente bajo la sombra del discurso del arte, por lo cual en todas partes en la literatura de investigación se encuentra uno con material sepultado, o con el obstáculo de barreras de pensamiento que justo cuando se las quiere franquear pierden su conciencia de culpa*” (Belting, 2007:22).

Las incursiones germánicas y las revueltas célticas

“*Ariovisto, rey de los germanos, se había establecido en sus territorios y había ocupado la tercera parte de su tierra, la mejor de toda Galia, y ahora ordenaba, que los secuanos abandonaran otro tercio porque pocos meses atrás habían llegado unos veinticuatro mil harudes, a los cuales había que otorgar un lugar y residencia. En pocos años sucedería que todos serían expulsados del territorio de Galia y todos los germanos atravesarían el Rin. En efecto, la tierra de los galos no podía ser equiparada con la de los germanos, ni si manera de vivir es comparable con la de aquellos*” (César,

I, 31). Finalmente, César disuelve la asamblea prometiendo a los secuanos mediar con Ariovisto a favor suya. Es así, que envía embajadores con el mensaje de concertar una reunión con el “temible” rey germano. A esta petición, Ariovisto responde que *“el derecho de guerra de quienes habían vencido dominaran como quisieran a los vencidos; así, el pueblo romano no acostumbraba a dominar a los vencidos según la prescripción de otros sino según su arbitrio”*. (I, 36). A su vez, otra tribu gala los tréveros también acudían a las legiones romanas en busca de ayuda, debido a que un contingente de suevos (provenientes del Mosa) se habían ubicado en las orillas del Rin. En consecuencia con lo expuesto, *“César consideró que debía tomar grandes precauciones”* (I, 38), para evitar que los germanos pasaran a Galia.

Si bien sobre los germanos, caía una fama de ferocidad sin límites, César se predispuso a enfrentarlos y se dirigió hacia Ariovisto⁵⁶. Como general al mando, César pronto invocó a una reunión para calmar a sus tropas; recurrió una y otra vez, a los triunfos (míticos) de Mario contra la invasión de los teutones y los cimbros. Si Roma había salido victoriosa en aquella ocasión, que garantizaba que no lo fuera en ésta. Por otro lado, si los helvecios que en repetidas ocasiones habían vencido sobre los harudes, que suponía que Roma al vencer a los helvecios debía preocuparse por los germanos. *“Luego de este discurso, se transformaron de modo asombroso las mentes de todos y surgió una gran alegría y deseo de combatir”* (César, I, 41).

Tras el paso de los romanos, Ariovisto envía sus embajadores proponiendo se llevara la reunión, tal cual César había fijado en un comienzo. Los romanos pidieron que los Harudes cesaran en sus hostilidades sobre los secuanos, y también que no promovieran la inmigración de germanos hacia sus tierras. Ariovisto retrucó aduciendo haber sido invitado y llamado por los propios galos, y que según el derecho de guerra, estaba legitimados sus pedidos de tributos; *“en cuanto a hacer cruzar una masa de germanos, lo hizo con la intención de defenderse y no de atacar a Galia”* (I, 44). En resumidas cuentas, si los romanos no se retiraban de lo que llamaba “sus tierras”, debía de tomarlos como enemigos. La reunión finalizó y César se retiró a su campamento; y negó a Ariovisto una nueva reunión para concluir el tema. (César, I, 47)

Para los germanos, la guerra podía ser comprendida como un arte y existían diversos rituales que debían seguirse antes de una batalla formal. Cuenta Tácito, que las madres aplican el vaticinio para saber si es conveniente ir a la guerra o no. Este consiste en cortar pequeñas ramas y arrojarlos a modo azaroso sobre una tela blanca; si los signos son positivos o negativos, los resultados luego son revalidados por un sacerdote en forma pública (Tácito, 2002). Después de algunas idas y vueltas, intentos de negociaciones infructuosas y escaramuzas planificadas, la batalla se desató y las tropas de César no tardaron (luego del cruento combate) en alcanzar la victoria. En palabras de César, *“todos los enemigos nos dieron la espalda y no dejaron de huir hasta que llegaron al Rin, a cinco millas del lugar, Allí algunos pocos se apresuraron nadar*

⁵⁶ En los Testimonii, hay expresa referencia al temor que infundían los germanos en romanos y galos, aunque no podemos precisar si César infló los comentarios para ensalzar aún más el valor y el coraje de las legiones romanas, o si estos hechos coincidieron con la realidad. *“mientras se demoraban algunos días en Besanzón a causa de los víveres y el aprovisionamiento, a partir de preguntas de los nuestros y de comentarios de los galos y los mercaderes, que pregonaban que los germanos tenían unos cuerpos enormes, y una increíble valentía y pericia en las armas (decían que muchas veces, cuando se habían encontrado con ellos, no habían podido soportar siquiera sus rostros o la agudeza de sus miradas), de pronto se apoderó del ejército tanto temor no poco las mentes y los ánimos de todos”* (César, I, 39)

hacia el otro lado, confiados en sus fuerzas, o hallaron su salvación en barcas que encontraron allí” (César, I, 53).

Luego de esta victoria, los suevos parecieron alejarse de las márgenes del río en donde se habían apostado, y César retorno a la Galia Citerior (tras ser notificado de una incipiente rebelión belga); una nueva victoria romana (en sucesivas batallas contra nervios, belovacos y sucesiones entre otros) no tardaría en llegar perfilando lo que sería una campaña de expansión y honores militares que repercutiría hasta en el mismo senado, donde César no era tan popular. Así, se estima que para el 51 AC toda la Galia estaba en posesión de los romanos. Luego del triunfo sobre los nervios, César envió a Servio Galba con la legión duodécima a despejar el camino que va desde el lago Lemano hasta el río Ródano. Allí, nantuates, veragros y sedubnos exigían, a los mercaderes que transitaban por la zona, altos peajes. Tras cumplir con los deseos de César, Galba decidió asentarse con el objetivo de enfrentar el duro invierno que se avecinaba. No obstante, una noche descubrió que gran parte de los galos habían escapado del campamento romano y se preparaban para combatir; *“el hecho de que los galos súbitamente proyectaran pelear de nuevo y sorprender a la legión había sucedido por muchas causas: en primer lugar porque debido al número escaso menospreciaban a la legión ... además, también a causa de la desventaja del lugar, pensaban que una vez que ellos se lanzaran desde la montañas al valle y arrojaran proyectiles, sería imposible resistir el primer ataque”*. (César, III, 2)

No obstante, la legión de Galba no muestra mayores problemas para controlar la situación; y luego de vencidos los insurgentes e incendiadas sus casas, se apresta a retornar a la provincia. A su vez, César logra pacificar a los vénetos ubicados en toda la costa marítima y cómo duro escarmiento dispuso que los prisioneros sean vendidos como esclavos. P. Craso, al mismo tiempo, llevó la victoria a Roma en contra de los aquitanos y emprendió su marcha hacia los sociates (César, III, 15-21). Al verano siguiente (en los consulados de Pompeyo y Craso, por el 60 AC) los romanos reciben la noticia de que otro contingente de tribus germánicas había pasado los límites del Rin nuevamente; en efecto, ténteros y usípetes presionados por los temibles suevos decidieron dejar sus hogares y emprender una migración forzada hacia Galia; *“la razón fue que los suevos desde hacía muchos años los hostigaban y presionaban con la guerra y les impedían cultivar sus campos. La tribu de los suevos es por lejos la más grande y belicosa de todos los germanos”* (César, IV, 1).

Las costumbres de éste pueblo diferían bastante de los celtas y hasta de los propios romanos. Su forma de producción económica es agrícola aunque sólo producen cantidades para sí mismos. De acuerdo a los *testimonii*, podemos suponer que los germanos alternan un sistema de cultivo con prácticas guerreras en forma simultánea. Así, mientras un grupo cosecha durante determinado año, el otro emprende las acciones bélicas en contra de las tribus vecinas, mientras que retornado el contingente de guerreros, aquellos que estaban ubicados en la cosecha se preparan para combatir. En este sentido, si las observaciones de César son acertadas, esto explica la tendencia de éstas tribus a desplazarse constantemente hacia otros territorios, ya que poseer grandes extensiones de territorios sin poblar representa para ellos “un símbolo de fuerza y poder político”; más específicamente *“consideran que la mejor gloria de una tribu es tener alrededor de su territorio grandes extensiones de tierra desierta. Piensan que esto significa que un gran número de pueblos no ha podido resistir su fuerza”* (César, IV, 3)

Según la impresión romana, las costumbres germanas no sólo son extrañas sino incivilizadas, debido a la escasa tendencia al comercio; y ésta parece ser la diferencia sustancial con respecto a los galos, belgas y aquitanos. Particularmente, los romanos consideraban al comercio como una forma de civilización que humanizaba a los pueblos bárbaros. Obviamente, los germanos vestían pieles en lugar de togas, usaban cabellos largos, no soportaban ni ingerían el vino cuyas consecuencias se relacionaban con el afeminamiento, no cabalgan en caballos importados, mucho menos compraban a los mercaderes galos sino que sólo vendían lo que obtenían por el botín de guerra, y no existía entre ellos la tierra privada, debido a que todo el territorio era parte de la tribu, y por ende considerado público. (Tácito, XVII)

En este sentido, las costumbres galas parecían constituirse en forma antagónica a las germánicas, por lo que entonces suponemos que éstos no sólo tenían una estrecha relación política con Roma sino que además comercializaban con sus productos mientras que los proveían de trigo, leche y brazos para la guerra. Cuenta César, que *“es costumbre gala obligar a los viajeros a quedarse, incluso contra la propia voluntad, e interrogarlos acerca de cualquier cosa que hayan escuchado o conocido, y la muchedumbre rodea a los mercaderes y los obliga a decir de que regiones vienen y que cosas conocieron allí. Movidos por estas razones y habladurías, a menudo, en cuestiones importantes, emprenden planes de los cuales tienen que arrepentirse de inmediato, ya que son esclavos de rumores inciertos y la mayoría de los viajeros les da respuestas inventadas según el deseo de ellos mismos”* (César, IV, 5)

En el momento, en que César llega a Galia, la cultura celta estaba experimentando un cambio sustancial en sus costumbres y estilos de vida. Varias tribus estaban migrando de los campos hacia las ciudades y poco a poco sus arcaicas costumbres se estaban dejando de lado. El segundo punto, es que varias tribus (procedentes de Escandinavia) estaban bajando hacia el Rin y allí se establecían. Encerrados tanto por el avance latino como por el germano, no es extraño que en ocasiones los galos entablaran estrategias ambiguas para con uno y otro bando. Según los comentarios de Castro Cisneros (2006) *“leyendo los Comentarios desde otra perspectiva, descubrimos a través de las palabras de César a un pueblo que lucha por su libertad y empieza a ser consciente de que sólo lo logrará si se unifica bajo un caudillo como Vercingetórix, el más digno de enfrentarse a César. Descubrimos las tradiciones y costumbres celtas mal vistas o mal interpretadas por el ojo latino, y aunque el autor falla o exagera en ciertos detalles de sus descripciones, es mucho lo que se puede rescatar del relato para la reconstrucción de la vida celta. Los Comentarios pueden ser leídos como la gesta heroica de los últimos celtas continentales que ven como sus esperanzas de ser libres van siendo aniquiladas, el texto formaría parte de una historiografía céltica inventada por los estudiosos modernos, ya que lo que se sabe de este pueblo es a través de los autores antiguos”*.

Sin embargo, por otro lado los testimonii son uno de los pocos materiales que nos quedan escritos por alguien que estuvo presente en la región, y cuyas experiencias (si bien pueden ser cuestionables en cuanto a su exageración) constituye un trabajo etnográfico de incuestionable calidad y valía, aun cuando influido por el etnocentrismo romano de la época. Las legiones de César, finalmente, salen al encuentro de los ténteros (y aún tras haber negociado con embajadores ciertas condiciones de retorno) se enfrentan en un combate entre caballerías. Al otro día, los germanos se excusan ante César y solicitan “al dictador” una tregua. No obstante la desazón y la desconfianza de

los romanos con respecto a los ténteros no podían ocultarse y tras una última embestida éstos son nuevamente arrojados al otro lado del Rin. Pero las constantes invasiones, las repetidas invitaciones galas, y las propias ambiciones del dictador, hacen que se considerara seriamente la posibilidad de cruzar el río. *“Concluida la guerra con los germanos, César, por muchos motivos, consideró que debía cruzar el Rin. De éstos, el más justo era el hecho de que, como vio que los germanos eran llevados tan fácilmente a cruzar la Galia, quería que, por su parte, ellos sintieran temor al saber que el ejército del pueblo romano podía y osaba cruzar el Rin”*. (César, IV, 16)

A su favor y como excusa ideológica, César tenía una amistad y pacto de no agresión con los ubios, pueblo de origen nórdico, que también estaba siendo asediado por los suevos, y cuyos embajadores se presentaron ante César pidiendo ayuda. *“Por estas causas que mencioné, César decidió cruzar el Rin. Pero consideraba que cruzarlo con naves no era suficientemente seguro, y demás juzgaba que no era propio de su dignidad ni la del pueblo romano”*, entonces ordenó construir un puente que permitiera el paso de sus tropas hacia tierras de los sugambros (alojados al norte de los ubios).⁵⁷

Las acciones romanas no pasaron inadvertidas por los germanos, por su parte los sugambros emigraron a los bosques, mientras que los suevos se propusieron nutrirse en el centro de su territorio para armarse y lanzarse al combate. Al momento en que César se dio cuenta de ellos, decidió que debía retornar a Galia, pues el honor de sus aliados los ubios había sido saldado⁵⁸. Consecuentemente, se predispone a incurrir en territorio de Britannia, hasta el momento casi desconocido para los romanos de no ser por fábulas y leyendas que comentaban los galos. La incursión en el sur de la región se llevó a cabo en forma poco amistosa, y tras una encarnizada u dura pelea sólo sirvió para aumentar el ego de las milicias latinas. *“Ratificada así la paz, cuatro días después de la llegada de César a Britannia, las dieciocho naves que mencionamos más arriba, que habían embarcado la caballería, soltaron amarras en el puerto del norte con viento suave”* (César, IV, 28). Sin embargo, una tormenta causó gran daño a la flota romana, y los britanos aprovecharon la situación para cortar todo suministro a los supervivientes. Los romanos se encontraban en inferioridad de condiciones, y tras desgastar a las cohortes con varias escaramuzas y combates menores, los britanos se agruparon para presentar batalla y aunque todo parecía señalar que la derrota romana era inevitable, un nuevo triunfo romano permitió que se reorganizara el improvisado campamento de César; empero por un tema de orden metodológico, la fascinante historia de las incursiones en Britannia no serán abordadas por el momento. En su lugar, proponemos retomar nuestro punto central en referencia al ocio como factor lúdico y su lazo con el orden político.

⁵⁷ *“Diez días después de haber comenzado a juntar la madera, con toda la obra terminada, el ejército puede cruzar, César después de dejar en ambos extremos del puente una fuerte guardia, marcha hacia el territorio de los sugambros”* (César, IV, 18)

⁵⁸ La incursión de César a Germania fue simbólica, y el temor a los desconocido habrá sido tal que pronto César retorno a territorio galo. Se asume que la palabra “germano” proviene de “heer” guerra y mann “hombres, por ende “guerrero”. La verdadera conquista de Germania se llevará a cabo durante el reinado de Augusto, en donde se incorporarán sus territorios formalmente al imperio. En el 12 AC, Druso derrota a los sugambros y llega hasta el río Lippe, donde derrota a otra tribu los queruscos. En el 9 AC derrota estrepitosamente a los marcomanos y luego otro triunfo de Tiberio sobre los dálmatas. Aunque una rebelión encabezada por Arminio, en ese mismo año aniquiló tres legiones romanas en una cruenta emboscada conocida como la “batalla del bosque de Teutoburgo” (durante la regencia de Augusto). Las fronteras romanas (limes) con respecto a Germania se mantuvieron hacia el eje Rin – Danubio y los sucesores de Augusto (Claudios) no intentaron expandirse fuera de esa línea. Inevitablemente, la derrota augustea en Varo había tenido un alto impacto para el pueblo romano. En el 16 AC Tiberio y Druso militarizaron la frontera con el Rin con las legiones XVII y XVIII.

¿Qué papel jugaba el ocio como práctica social en ese proceso de aculturación y sostenimiento del orden político en Germania?

Las costumbres germanas y el ocio

Los testimonios de Tácito han sido más que útiles para reconstruir los estilos de vida y las costumbres germanas. En uno de sus pasajes, éste los describe como *“tienen casi todos la misma disposición y talle, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes y fuertes solamente para el primer ímpetu”*. Obviamente, que existían diferencias entre las tribus nórdicas sólo que eran más las semejanzas a los ojos romanos de lo que realmente habían podido conocer por haber convivido con ellos. En las tierras de Germania, no predomina ni la plata mucho menos el oro. Su forma de intercambio más común era el trueque, aun cuando aquellos que más cerca se ubican de las fronteras del Rin, tienen mayor apego por el comercio y las costumbres romanas. Eligen a sus regentes por un régimen de linaje, aunque los generales de sus tropas son elegidos por el valor. Algunas de las tribus, promueven el sacrificio humano, aunque esta costumbre no esta extendida en todas. No poseen templos, ya que no consideran dignos de los dioses encerrarlos entre paredes. Realmente poco se conoce sobre los dioses germanos ya que éstos no han dejado legados escritos al respecto. De lo poco que se pudo reconstruir sobre la mitología germánica sabemos que existía en ellos una fuerte pasión por la guerra (heer-mann).

Básicamente, recordemos sus relatos mitológicos hacen referencias a ciertas figuras divinas como Odín/Podan/Wottan, Tor, Nerto, Donar, Geirrod, Heimdallr, Freyja, Baldes y Hrungrnir entre otros. Cada uno de ellos ubicados en contextos diferentes con atribuciones y debilidades propias, en situaciones y lugares específicos empero con ciertas similitudes en sus aventuras y formas de vida. En efecto, es de notar que la cosmología escandinava descansaba en los siguientes pilares: a) La vida después de la muerte por medio de su filgia (alma). Esta no sólo que trascendía luego de la muerte, sino que tenía acción sobre los vivos. No es extraño notar que los suevos y sajones quemarán a ciertos muertos por considerarlos peligrosos en vida, y así como lo fueron en vida lo serían una vez muertos. El fuego cumplía una forma de barrera y mecanismo profiláctico. B) La creencia en las fuerzas de la naturaleza como entes divinos encontrados en un campo de batalla. En forma arquetípica, las tribus seguían el ejemplo de sus dioses y así como ellos la guerra se convertía en una forma de dirimir sus conflictos. C) Una falta de unidad y codificación en comparación a otras mitologías dependiendo de cada tribu. D) El valor como forma de reconocimiento en la otra vida, este se demostraba en el campo de batalla. E) El azar y la adivinación como voluntad de los dioses, este acto se llevaba a cabo en forma privada y pública antes de entrar en combate. F) La lucha constante entre dioses y demonios. Este escenario mítico nos ayuda a comprender mejor el apego del germano hacia sus armas y hacía sus caudillos militares. F) La venganza como figura mitológica presente en la mayoría de las poesías. (Meunier, 2006) ⁵⁹.

En cuanto al ocio, los germanos acostumbran a llevar una vida serena y pacífica. Aquellos guerreros de mayor valentía son los que derivan todas las tareas hogareñas en otros, en todo momento llevan sus armas consigo. *“Mientras los germanos no hacen la*

⁵⁹ A diferencia de la mitología griega o latina, la escandinava no tenía unificada el contenido de las leyendas, y en ocasiones aún entre pueblos vecinos no sólo se adoraban a diferentes dioses sino que la tradición oral de sus hazañas difería notablemente.

guerra, cazan un poco y sobre todo viven en la ociosidad dedicados al sueño y a la comida. Los más fuertes y belicosos no hacen nada; delegan los trabajos domésticos y el cuidado de los penates y del agro a las mujeres, los ancianos y los más débiles de la familia, languidecen en el ocio; admirable contradicción de la naturaleza, que hace que los mismos hombres hasta tal punto amen la inercia y aborrezcan la quietud” (Tácito, XV). El príncipe por lo general es acompañado a todas partes por un séquito de guerreros, que se esmeran todo el tiempo por acercarse a él. Cuanto más cerca se esté del regente de la tribu mayor es la valentía del guerrero y su prestigio. Asimismo, en la guerra, una vez muerto el príncipe se da muerte a los infames sobrevivientes por no haber cumplido su misión, proteger al rey. En sus matrimonios, las dotes son ofrecidas por los hombres y no por las mujeres, mientras que éstas son aprobadas por los padres de la mujer. No tienen escrituras ni textos, mucho menos bibliotecas. En lo que al ocio y el hospedaje respecta, los germanos parecen ser una tribu sumamente amigable según los comentarios de Tácito:

“No hay nación más amiga de fiestas y convites, ni que con mayor gusto reciba los huéspedes. Tiénese por cosa inhumana negar su casa a cualquier persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más que darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña a casa del vecino, donde, aunque no vengán convidados (que esto no hace al caso), los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia cuanto al hospedaje entre el conocido y el que no lo es. Es costumbre de ellos conceder cualquier cosa que pida el que se parte, y la misma facilidad tienen en pedirle lo que les parece. Huelgan de hacerse dádivas y presentes los unos a los otros; pero ni zahieren los que dan, ni se obligan con los que reciben. Tratan cortésmente a sus huéspedes en todo lo necesario para la vida”. (Tácito, XXI)

Este párrafo parece coincidir con la forma colectiva en que los nórdicos cultivan los suelos, y precisamente por ser una zona de pocas riquezas materiales en cuanto a minerales, no es extraño que sus costumbres se tornen con una tendencia al colectivismo que en las sociedades célticas o latinas; lo cual también explica aunque de forma parcial esa tendencia a colonizar y migrar hacia nuevas tierras constantemente.

Estos mismos dichos se encuentran en los *testimonii* de César por lo que parece validar las crónicas de Tácito; en cuanto a los germanos el dictador afirma *“no tienen interés en la agricultura y la mayor parte de ellos se alimenta de leche, queso, carne. Y nadie tiene extensión determinada de tierra o campos propios, sino que los magistrados y jefes atribuyen cada año a los clanes y linajes... la extensión de terreno y ubicación que les parece, y al año siguiente los obligan a trasladarse a otro lugar. Aducen muchos motivos para esto: que no cambien adoptada la costumbre, el afán en la guerra por el trabajo en el campo; que no haya interés en adquirir grandes tierras y los más poderosos expulsan de sus posesiones a los más débiles... que no surja ningún deseo de dinero... La mayor gloria para las tribus es, después de haber devastado los territorios vecinos, tener a su alrededor la mayor cantidad de tierra desiertas. Por eso consideran propio de su valentía que los vecinos, expulsados, abandonen sus campos, y que nadie ose establecerse cerca de ellos”* (César, 2004:201)

Sin embargo, ante los extraños son extremadamente hospitalarios tal que como afirma Julio César en sus memorias, *“no consideran lícito deshonorar al huésped; los que vienen a ellos, sea por la causa que fuera, son protegidos contra la agresión y*

considerados sagrados y todos les abren sus casas y se comparte con ellos el alimento” (César, VI, 23). Según sus costumbres, Tácito señala *“no tienen por afrenta gastar el día y la noche bebiendo. Son muy ordinarias las riñas y pendencias, como entre borrachos, que pocas veces se suelen acabar con palabras, y las más con heridas y muertes. Y también tratan en los banquetes de reconciliarse los enemigos; de hacer casamientos y elegir príncipes, y, en fin, muchas veces de las cosas de la paz y de la guerra”* (Tácito, XXII) ... *“hacen una bebida de cebada y trigo, que quieren parecerse en algo al vino.. Sus comidas son simples: manzana salvajes, venado fresco y leche cuajada”*. (Tácito, XXIII)

En cuanto a sus entierros, los germanos acostumbrar a quemar a sus muertos, cuidando de usar cierta leña para tal fin. Las propiedades del difunto, como caballos o armas son quemadas junto con el cuerpo. Las mujeres lloran y los hombres tienen como costumbre acordarse de muerto y sus actos en vida. Otro de los testimonios sobre la vida cotidiana de estas tribus, lo aporta Julio César en los Testimonii. Entre otras cosas, nos cuenta que las relaciones sexuales como convenciones sociales sólo son permitidas y bien vistas luego de cierta edad, que va a partir de los veinte años. (César, VI, 19-23)

Los pactos políticos muchas veces están estrechamente vinculados al estatus y al prestigio, en forma análoga a los celtas, los nórdicos también intercambian regalos entre sus propias étnicas como símbolo de paz y buena voluntad. *“Es costumbre que espontánea e individualmente las tribus ofrezcan a sus jefes ganado y cereales, lo cual, recibido por éstos como un homenaje, también satisface sus necesidades. Pero ante todo les halagan los presentes que les son enviados de pueblos vecinos, no sólo por particulares, sino también oficialmente, tales como caballos escogidos, ricas armas, faleras y collares (...)”* (Tácito, XV). Un conocido sociólogo de principios del siglo XX, Marcel Mauss, supuso en su teoría del don, el *wadium* germánico podía asimilarse al *nexum* romano. Según este autor, ambas civilizaciones (al igual que otras muchas) poseían en el sistema de intercambio una necesidad de dar para luego recibir. Según su tesis, éste parecía ser el núcleo de lo que hasta el momento parecía ser la pregunta de moda: ¿Qué mantiene unida a la sociedad?. Mauss, de esta forma, parecía estar empeñado en demostrar que el intercambio no sólo era una necesidad de los pueblos indo-europeos sino una tendencia de la mayoría de los pueblos del planeta (Mauss, 1979:247). Precisamente, Tácito no nos da ninguna pista sobre si la afirmación de Mauss, tiene relación con esta arcaica institución de intercambio. De todos modos, sus testimonios parecen apuntar al hecho de que en efecto, los germanos al igual que los celtas y latinos, poseían un sistema de reciprocidad inter e intra clánica para con sus vecinos. Sin embargo, a diferencia de los galos, éste sistema estaba estrictamente marcado por la jerarquía social. Parece ser, que los germanos, obedecen a una organización matricial en donde la familia y el clan se mantienen unidos conviviendo en la misma comarca. Este aspecto, no puede confirmarse en todas las tribus célticas aunque si podemos resaltar el papel pro-activo de la mujer en los matrimonios y las herencias (hecho que obviamente contrastaba con las costumbres romanas).

En cuanto a su arquitectura, podemos afirmar que los pueblos germanos no habitan en ciudades, y además es bien sabido, incluso no toleran que las casas sean contiguas. Se establecen en lugares aislados y apartados, en relación con una fuente, un campo o un prado, según les place. En este sentido sus *“aldeas no están construidas como nosotros acostumbramos, con edificios contiguos y unidos unos a otros; cada uno tiene un espacio vacío que rodea su casa, sea como defensa contra los peligros de incendio, sea*

por ignorancia en el arte de la construcción. En realidad, no emplean ni piedras ni tejas, se sirven únicamente de madera sin pulimentar, independientemente de su forma o belleza. No obstante embadurnan los lugares más destacables con una tierra tan pura y brillante, que imita la pintura y los dibujos de colores. También acostumbran a excavar subterráneos que cubren con mucho estiércol y que sirven de refugio durante el invierno y de depósito para los cereales, puesto que estos lugares los preservan de los rigores del frío. Y de este modo, si el enemigo aparece, sólo saquea lo que está al descubierto, las cosas ocultas y enterradas o bien las ignoran o bien por ello mismo les escapan, puesto que habría que buscarlas”. (Tácito, XVI)

Las vestimentas, al igual que otros códigos, nos permiten conocer parte de la cultura de los pueblos que estamos analizando. En esta línea, Tácito narra con lujo de detalles las formas y vestidos que utilizaban los antiguos germanos para el siglo I. *“Para todos el vestido es un sayo sujeto por un broche o, a falta de éste, por una espina; sin otro abrigo permanecen días enteros junto al fuego del hogar. Los más ricos se distinguen por su vestidura no holgada, como la de los sármatas y los partos, sino ajustada marcando los miembros. También visten pieles de fieras, descuidadamente los más próximos a las orillas, con más esmero los del interior, para quienes las relaciones comerciales no pueden dar otro atavío. Eligen determinadas fieras y adornan con manchas las pieles arrancadas (...) y el vestido de las mujeres no difiere del de los hombres, excepto en que las mujeres se cubren más frecuentemente con tejidos de lino adornados con púrpura y en que la parte superior del vestido no se prolonga formándolas mangas; llevan desnudos los brazos y los antebrazos, incluso la parte alta del pecho aparece descubierta.” (Tácito, XVII)*

De este párrafo podemos extraer tres interesantes conjeturas que nos llevan inevitablemente a profundizar en el factor lúdico como elemento de distracción y regulación del conflicto. En primera instancia, hacemos hincapié (nuevamente) en el papel del comercio y la ubicación geográfica como signos de sociabilidad y civilización. La hipótesis de Tácito, más o menos (entonces) sería: a medida en que mayores relaciones comerciales tienen los germanos con los pueblos civilizados mayor es la tendencia a usar ropas elaboradas. Al igual que en Hispania y Galia, hemos de resaltar la vestimenta como un elemento plausible de asimilación cultural. En segundo lugar, cabe detenerse por un momento y notarse la falta de una división clara por género en cuanto a los vestidos (cosa casi impensable entre los latinos); y por último, el uso del color púrpura entre las mujeres. Recordemos, que en Roma, el color púrpura simbolizaba poder y estatus social. Hecho que en ocasiones, nos demuestra que era un color muy usado por senadores, generales y emperadores que hacían su entrada en espectáculos públicos.

En lo que respecta a las actividades lúdicas, los germanos no poseían (como los latinos y los griegos) una industria que entablara un intercambio y circulación de divisas monetarias. Al contrario, para el nórdico las fiestas y los juegos sólo representaban una forma de entretenimiento no remunerado. Así, señala Cornelio Tácito que *“sus fiestas y juegos son siempre unos mismos en cualquier junta. Algunos mancebos desnudos que tratan de este juego, se arrojan saltando entre las espadas y frameas. El ejercicio les ha dado el arte para hacerlo bien, y el arte de la gracia: pero no lo hacen por ganancia o salario; aunque es precio y paga de aquella su temerancia lozanía el gusto y aplauso de los que los miran. Es mucho de maravillas que juegan los dados estando templados, y entre las cosas de veras, con tanta codicia y temeridad en ganar y perder, que cuando*

les falta que jugar, la última parada y apuesta es la libertad y el cuerpo.“ (Tácito, XXIV)

Según lo expuesto, podemos afirmar que para fines del siglo I DC, las costumbres germanas se encontraban poco romanizadas, y el *otium* (a diferencia de los galos) tenía escasa significación para estas tribus que habitaban del otro lado del río (Rin). Si bien, los nórdicos como civilización han tenido sus formas y prácticas con respecto al tiempo libre, éste nada o casi nada tenía que ver con el ocio romano, extremadamente elaborado y codificado. A medida que las tribus en las riberas del Rin comenzaron a tener contacto comercial con los galos, y por defecto con los romanos, comenzaron a dejar de lado las propias tradiciones; sin embargo, esto no va a ser observado para gran parte de la Germania sino luego de la caída del Imperio de Occidente en el 476 DC.

Concluimos este último capítulo aclarando que por el momento, es poco el material que se tiene sobre las costumbres y las formas de organización de los pueblos nórdicos; esto puede ser en parte debido a la cantidad de etnias que han formado a esta civilización; pero más que eso, ha sido la tendencia a constituirse como una sociedad ágrafa, el hecho determinante para que los arqueólogos no pudieran dar con testimonios escritos por ellos mismos. Lo que se sabe de los germanos en la actualidad, está vinculado a las obras clásicas de los romanos y griegos (como las de Tácito) que si bien por un lado, intentan narrar exhaustivamente sus costumbres, por el otro parecen estar manchadas por las tintas del etnocentrismo latino; y sobre todo romano.

CONCLUSIONES FINALES

Parece que el mundo romano ha fascinado a los medievales y a los modernos por largo tiempo; y parece que lo seguirá haciendo por mucho tiempo más. Obviamente, que por limitaciones personales y de tiempo no nos hemos podido ocupar de todos los aspectos en la vida del Alto imperio, mas sólo focalizar en las formas de ocio que se practicaban en ese entonces y su relación con el mundo político tanto dentro como fuera de las grandes urbes. De todos modos, creemos que los resultados a los cuales hemos llegado se tornan interesantes como nueva forma de estudio dentro de *turismología y la historia antigua*. Cada civilización ha tenido sus formas particulares de ocio y entretenimiento, consecuentemente estudiando cada una de ellas, es posible aislar ciertos elementos analíticos (que con cierto recelo) pueden ser comparados en sociedades modernas. No obstante, volviendo al objeto de estudio que nos convoca en esta ocasión, creemos necesario exponer las siguientes conclusiones básicas a las que hemos podido arribar: Si bien no existe consenso, hemos seguido a Suetonio y elegido como unidad de estudio una parte de la historia de Roma, precisamente aquella que va desde el comienzo de la dinastía Julia en el poder (27 AC) hasta el final de la Flavia (96 DC).

Esto nos permite poder comparar ciertos elementos analítico-empíricos de tal manera de poder responder las preguntas fijadas en la introducción. Consideramos, a su vez, que las particularidades económicas, militares, sociales e institucionales de las dinastías Julia, Claudia y Flavia difieren en cuanto a la estabilidad de los límes, el apego del culto imperial, y las tradiciones religiosas, con respecto sus sucesoras. Ese fue el motivo, por el cual hemos fijado en la dinastía Flavia como la última perteneciente al Alto Imperio. Por otro lado, el crecimiento de Roma como civilización fue dándose lenta y paulatinamente. De resumir las causas que llevaron a Roma a convertirse en un Imperio, podemos señalar que los botines y riquezas obtenidas de las conquistas militares y la

llegada de capitales en busca de inversiones; diversas alteraciones en la forma de producción agrícola.

Asimismo, muchas tierras eran compradas por el senado o repartidas a una suma muy cómoda, generando una nueva forma de trabajo. Numerosa cantidad de esclavos eran enviados a trabajar los campos; con la excepción de que en este nuevo sistema económico los amos no residían en los latifundios sino que se habían instalado en las grandes urbes. Finalmente, los ex propietarios de las tierras, quedaban casi acorralados en un camino de difícil solución, quedarse en los campos como arrendatarios o incorporarse a las filas de los clientes en las ciudades. Desde el punto de vista económico, las conquistas romanas (en sus comienzos) suministraron no sólo equilibrio institucional, sino que emanciparon a las clases menos favorecidas a emigrar hacia las nuevas tierras en búsqueda de oportunidades bajo la figura legal del *ager publicus* (*propiedad colectiva*). Fundamentalmente, este hecho es simultáneo a un proceso masivo de acuñación monetaria, en el cual la moneda clásica de plata de los siglos V y IV es reemplazada para el siglo III por bronce. (Grimal, 2002:109). Aunque a medida, que crecía la pasión de los romanos por las facilidades de la vida urbana, este proceso no sólo fue disminuyendo sino que también fue invirtiéndose.

La moral de Roma se encontraba en un dilema de difícil solución; y aunque Octavio intentó restituir en la vida cotidiana los valores tradicionales, su barco naufragó, en el océano del placer y la ostentación. A esa civilización de humildes campesinos latinos con costumbres rígidas y sagradas, con apego al trabajo y sobre todo a la tierra, se le fue oponiendo un romano competitivo, capitalista, cuya ambición no era otra que el cultivo masivo y la posesión de extensos territorios en las afueras de Roma, la celebración de lujosos espectáculos, y banquetes en donde se pusieran de manifiesto todas sus riquezas y vanidades. Las diferentes conquistas contribuyeron a la formación de un Estado inmenso, gobernable sólo por medio de la mercantilización del placer, la manipulación política del tiempo libre y la transformación del trabajo en ocio codificado. La rígida moral de los primeros padres de Roma se tornaba insuficiente, para mantener pacificados a esos millares de ciudadanos y peregrinos que invadían las ciudades. Para ello, ha contribuido en gran parte la tergiversación de las doctrinas epicúreas. El mismo Epicuro sostuvo que el placer era necesario para el sufrimiento de cuerpo y espíritu. Sin embargo, pronto los dichos del filósofo griego iban a ser comprendidos acorde al contexto social y político en el cual se vivía en las puertas del I AC. El conductor de esta nueva moral de placer y deseo, han sido el teatro y la comedia en donde la cortesana es la figura principal (productora de placer y dinero) (Robert, 1992:25-27).

El profesor Jean Noel Robert nos introduce (por la segunda guerra púnica) en la paulatina incorporación de la Venus del monte Eryx, (lugar en donde se dio la exitosa ofensiva romana contra Cartago). Una forma de demostrar agradecimiento, era la veneración y el tributo a Venus. Asimismo, esta Diosa conformada en Sicilia por costumbres orientales que los antiguos romanos de la República consideraban escandalosa trajo no pocos problemas al senado. De esta forma, la institución intentó por todos los medios aceptar a la Venus Erycina, la cual simbolizaba el desenfreno, el amor, la pasión y la lujuria, oponiendo una figura totalmente contraria a ésta: la Venus Verticordia, orientada a la virtud, la castidad, el amor como signo de belleza y pureza.

Esta hipótesis nos lleva a suponer que entonces hubo una era dentro de la historia latina, en la que ocio y placer parecen no haber sido la misma cosa. Aunque por otro lado, si

bien la mayoría de los romanos (de poca instrucción) confundiera placer con ocio, existía un grupo de individuos cuya visión sobre el placer adquiere caracteres negativos: los filósofos. El tiempo libre (el cual era un atributo también de los esclavos), en este sentido, comienza a codificarse de tal manera que da nacimiento a una nueva forma de teatralización del tiempo no obligado cuya base descansaba en el control social y político. Ya al pobre, no le interesaba tanto emigrar hacia los campos en donde sus posibilidades podían mejorar, sino que prefería disfrutar de las fiestas y los ludi gladiatorii en las grandes urbes del imperio. Estas tramas llegaron a ser tan pero tan ambivalentes y contradictorias, que un esclavo podía gozar de un sinnúmero de placeres mientras un ciudadano libre apenas podía contarse con un baño termal.

Durante la dinastía Julia, fecha en que se comienza a conformar el Imperio como tal, se ha observado una tendencia compulsiva a construir edificios y organizar festivales como modo de apoyo político a la gestión personal. Así, el ocio como elemento onírico (político) invierte el orden establecido en la cultura política pero a la vez la legitima. Estas conclusiones parciales, traen consigo cuestiones de otra índole que deben continuar siendo investigadas; ya que los resultados obtenidos (por un lado) sólo son aplicables en un ámbito geográfico determinado: la ciudad de Roma. Empero fuera de ella, existía todo un mundo en ocasiones parecido pero también diferente.

La construcción de la civilidad y la barbarie estaba relacionada al uso de la razón como elemento ordenador del mundo (influencia de la filosofía estoica). Dentro de éste Ethos, existían variados matices y grados mientras que fuera de él, se ubicaban el mundo no civilizado y consecuentemente los bárbaros. El comercio y el intercambio de bienes con Roma no sólo era un elemento que contribuía a la colonización económica política sino que además influía en la asimilación cultural como el caso de Bética y parte de Galia. A medida que los diferentes pueblos iban aceptando las vestimentas, costumbres y formas de ocio romanas iban dejando de lado sus propios estilos de vida. Este fenómeno puede observarse en regiones en las cuales se ubicaba una elite de ciudadanos romanos producto de la explotación minera. En los casos de Germania, o Cantabria parece que los romanos no tenían mucho interés en interactuar con las tribus locales. La germaneidad, luego de las derrotas de Vero (Teutenburg) fue construida tomando ciertos parámetros específicos con mención explícita al salvajismo, el coraje, la comunidad, el desapego a la agricultura y a la posesión territorial, el nomadismo como símbolo de atraso económico y la hospitalidad como modo de pacto político inter-tribal. A pesar de las incursiones de César, el Rin se constituye no sólo como un límite territorial entre el mundo civilizado romano y “la Germania profunda” sino como un límite psicológico de caos y desorden. Los celtas (tanto en parte de Hispania, Galia y Britania) por su parte, se constituyeron en una imagen intermedia con arreglo a valores tales como: la astucia, la ambigüedad, la hospitalidad, el valor, en algunos casos la amistad con Roma, las intrigas, y cierto esoterismo religioso proveniente de un grupo privilegiado de sacerdotes “druidas”. Esta civilización significaba para Roma, el eslabón intermedio entre el salvajismo puro (cuya máxima expresión eran los germanos) y la civilización helénico-latina.

Si bien en parte *“es muy difícil querer juzgar un hecho de civilización con unos valores distintos a los que regían en la sociedad que se pretende juzgar”* (Robert, 1992:114), Roma y sobre todo su proceso socio-económico de expansión, conquista y romanización tienen mucho para decir (aún) con respecto a la construcción cultural del ocio y/o el placer, como mecanismos de control político, social y económico. En líneas

generales, coincidimos plenamente con el profesor Jean Noel Robert, quien siguiendo a Tertuliano señala “*allí donde hay placer, hay pasión; es la pasión la que da al placer su sabor. Allí donde hay pasión, hay competencia; es la competencia la que da a la pasión su sabor*” (Robert, 1992:113).

Estas conclusiones, aunque necesita y merecen seguir siendo estudiadas nos oponen en latitud de 180 grados con aquellos estudiosos que pre-suponen que el ocio (*otium*) es una construcción moderna producto de la era capitalista (Dumanzedier, 1954) (Parker, 1971). En efecto, el ocio no sólo es una construcción social ya presente en la antigüedad clásica sino que además ya en ese entonces conservaba una relación directa con las estructuras económicas y políticas como se puede observar en la actualidad. A grandes rasgos, Roma nos ayuda a comprender las dinámicas del ocio, sus manifestaciones y expresiones como así también los aspectos analíticos que en su proceso intervienen. Al respecto, Frederic Munné señalaba “*el otium de la sociedad romana presenta unas connotaciones nuevas que responden a un contexto económico y político diferente; en efecto, Roma introduce, por primera vez, el ocio de masas. Desde los ludi y los numera hasta los mimos y la comedia (atellane), organizados por el Estado en los días de fiesta que ocupaban casi la mitad del calendario, el ocio popular, masivo y anónimo, es despreciado por las élites que lo alientan y utilizan como instrumento de dominación*” (Munné, 1999:43)

Sin embargo, la observación de Munné es creíble sólo en parte ya que el ocio, en ocasiones, se tornaba algo más que un instrumento de dominación política (como ya hemos visto). Posiblemente, en los ludi, los banquetes, los teatros surge una tendencia a la teatralización y la dramatización de las prácticas sociales, en donde sus participantes no sólo legitimaban sus jerarquías sino que también competían por la adquisición de status, nuevos roles, ostentación, competencia y poder. En resumen, el ocio romano significaba no sólo una forma de esparcimiento sino toda una estructura (industria) al servicio del ciudadano, la cual recordaba constantemente la grandeza de Roma sobre el resto del mundo conocido. Como forma de control política, el *otium* no sólo era una institución sino que se presentaba como un conjunto de normas, valores, y prácticas específicas a modo de ser manipuladas estratégicamente tanto por los príncipes como por sus soberanos. En este contexto, el emérito profesor de la French School en Roma, J. Carcopino afirma “*la política de los Emperadores estaba prescripta por la necesidad de gobernar a las masas. Acabamos de ver principios similares en la Alemania moderna con el Kraft durch Freude, en Italia con el Dopo Lavoro, en Francia con el Ministerio de Ocio. Pero estas políticas no tienen punto de comparación con aquellas que llevaban a cabo los romanos. Por medio del propio ocio, el Imperio Romano pudo legitimar y preservar su propia existencia en una capital que se encontraba superpoblada con gran parte de la población sin sus necesidades satisfechas, manteniendo además la paz en casi un millón de personas*” (Carcopino, 1956: 214).

La exhuberancia y la voluptuosidad daban placer a un espíritu que exigía trascendencia, y que siglos más tarde encontraría una nueva crisis (con la llegada del cristianismo como religión del Estado). Es que, algo hay de Roma en Occidente Moderno que aún siendo sociedades tan distantes las hace semejantes en algún sentido. De todos modos, como advirtió Douglas la similitud no explica per se causalidad científica; es por ello que deben estudiarse exhaustivamente los contextos históricos y los elementos que han intervenido en la formación etno-genética de cada civilización. Roma sugiérenos hipótesis de estudio tentativas y nos invita a reflexionar constantemente, quizás esa es la

fascinación que ha despertado a lo largo de los siglos. Empero, esta idea asume una de mayor relevancia.

“En este sentido, consideramos oportuno volver a señalar (más allá de Roma) las posibilidades que nos tiende el estudio del ocio en grupos y civilizaciones tan diferentes a la nuestra (pero a la vez tan parecidas). Más aún, consideramos al estudio del ocio antiguo como una forma científica (y disciplinar) que en los próximos años ayudará a los contemporáneos a comprender las dinámicas que adquieren sus propias prácticas con respecto al tema; y en conjunción con sus estructuras políticas y formas de construir la “otredad”. Es quizás la relación entre tiempo libre, explotación económica, codificación del ocio y asimilación cultural, una fórmula que nos lleva hacia las siguientes preguntas. ¿qué vínculo existe entre el ocio y la estructura política?, ¿es el ocio la codificación política del tiempo no obligado?” (Korstanje, 2008:6).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Álvarez, Estefanía. (1963). “Aspecto económico de la penetración y colonización romana en Asturias”. Revista Emérita. Número 31.
- Aristóteles, de Estagira. (1997). *Ética Nicomaquea*. México, editorial Porrúa.
- Balbín Chamorro, Paloma. (2006) “Ius Hospitii y ius civitatis”. Revista Gerión. Numero 1. Pp.:207-235.
- Balmaceda, Catalina. (2007). “Virtus Romana en el Siglo I. AC”. *Gerión*. Vol. 25 (1): 285-304.
- Bartolomé, Miguel A. (1997). *Gente de costumbre y gente de razón: las identidades étnicas en México*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Belting, Hans. (2007). *Antropología de la imagen*. Madrid: Katz Editores.
- Birley, Anthony. (2004). *Adriano: la biografía del emperador que cambió el curso de la historia*. Barcelona: Editorial Península.
- Blázquez, José María. (1989). *Nuevos Estudios sobre la Romanización*. Madrid: Ediciones ITSMO.
- Bram, Joseph. (1967). *Lenguaje y Sociedad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Bringmann, Klaus (s/f). *La Fiesta. De las Saturnales a Woodstock*. Madrid: Editorial Alianza. Adaptación disponible en <http://www.temakel.com/fiestassaturnalesromanas.htm>
- Carcopino, Jerome (1956). *Daily Life in Ancient Rome*. Canada, Pinguin Books.
- Castro Cisneros, Laura. (2006). “La victoria de Julio César y el lamento de la Gaita”. América Celta. Material disponible en <http://www.americacelta.com/debellogallico/index.html>

- César, Julio Cayo. (2004). *Comentarios sobre la guerra de la Galia*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Chamley, Christophe. (2006). "The Roman Empire". Disponible en <http://people.bu.edu/chamley/95141/Roma1.pdf>. People Group. Boston University.
- Cicerón, Marco Tulio. (1985) *La Adivinación*. Buenos Aires, Ed. Hyspamerica.
- Cioce Sampaio, Carlos Alberto. (2005). "El turismo como fenómeno histórico". *Estudios y Perspectivas en Turismo*. Volumen 13. Números 3 y 4. Pp.:290-302
- Coulanges, Fustel. (2005). *La ciudad Antigua*. Buenos Aires: editorial Edad.
- Cristóbal, Vicente. (2006). "La Eneída de Virgilio, un viaje entre Troya y Roma". *Revista de Filología Románica*. Anejo IV: 85-100.
- Derrida, Jacques. (2006). *La Hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Dion Casio. (2004). *Historia Romana. Libros I-XXXV y XXXVI-XLV*. Madrid: Editorial Gredos.
- Douglas, Mary. (1996). *Estilos de Pensar*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Duby, Georges y Aries, Phillippe. (1985). *Histoire de la Vie Privee. Tome 1. de L'empire Romaní I'an Mil (Poche)*. Paris: Editions du Seuil.
- Dumanzedier, Jofre. (1954). "Les Loisir dans la via quotiedienne. En la Enciclopedia Francesa. París. Tomo XIV, sección G. "La civilisation quotiedienne, en colaboración con George Friedmann y Edgar Morin.
- Dumezil, George.
 - (1971). *El Destino del Guerrero: aspectos míticos de la función guerrera entre los indoeuropeos*. México: Siglo XXI.
 - (1973). *Los Dioses Germanos: ensayos sobre la formación de la religión escandinava*. México: Siglo XXI.
- Dutour, Thierry. (2005). *La ciudad medieval: orígenes y triunfo de la Europa urbana*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Eliade, Mircea.
 - (1968). *Mito y Realidad*. Madrid: Guadarrama.
 - (2006). *El Mito del Eterno Retorno*. Buenos Aires: Emece Editores.
- Estrabón (1853-1877). *Geographica*. En Muller C y Dubner F. Volumen 2: París.

- Firth, Raymond. (1961). *Tipos Humanos: una introducción a la antropología social*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Fortunato, Norberto. (2005) “El territorio y sus representaciones como fuente de recursos turísticos: valores fundacionales del concepto de parque nacional”. *Estudios y Perspectivas en Turismo*. Volumen 14. Número 5. Pp: 314-348.
- Foucault, Michel. (2000). *Defender la Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Friedlander, Ludwig. (1982) *La Sociedad Romana*. Madrid: FCE.
- García y Bellido, Antonio. (1945). *España y los españoles hace dos mil años: según la geografía de Estrabón*. Buenos Aires: Editorial Espasa Calpe.
- García Quevedo de Rama, Diana. (2005). “La Antigua Roma y la ideología de la revolución norteamericana”. *Gerión*, Vol. 23 (1): 329-343.
- Gelormini, Nicolás. (2004). “Introducción: roma hasta la época de César.” En César, Julio Cayo. *Comentarios sobre la guerra de la Galia*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Getino, Octavio. (2002). *Turismo: entre el ocio y el neg-ocio*. Buenos Aires: ediciones Ciccus.
- Gibbon, Edward. (1776-1788) *Decline and Fall of the Roman Empire*. Chapter XVI Conduct Towards The Christians, from Nero to Constantine. Volumen 2. Disponible en www.sacred-texts.com.
- Grimal, Pierre.
 - (1985). *Virgilio o el segundo nacimiento de Roma*. Buenos Aires: Eudeba.
 - (2002). *El Helenismo y el Auge de Roma: el mundo mediterráneo en la edad antigua II*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Gygax, Marc D. (2007). “El Intercambio de dones en el mundo griego: reciprocidad, imprecisión, equivalencia y desequilibrio”. *Gerión*. Vol. 25 (1): 111-126.
- Hidalgo de la Vega, María José. (2005) “Algunas Reflexiones sobre los límites del *olkoumene* en el Imperio Romano”. *Gerión*. Número 1. Pp: 271-285
- Hobbes, Thomas. (2004), *Leviatán*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.
- Humbert, Michel. (1978). “Municipium et civitas sine sufragio. L’organisation de la conquête jusqu’à la guerre sociale. Roma.
- Jiménez Guzmán, Luis Fernando. (1986). *Teoría Turística: un enfoque integral del hecho social*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

- Jiménez Sánchez, Juan Antonio. (1998). Poder Imperial Y Espectáculos En Occidente Durante La Antigüedad Tardía. TESIS DOCTORAL DIRIGIDA POR Josep Vilella Masana. Departamento de Prehistoria, Historia Antigua Y Arqueología. Universidad de Barcelona.
http://www.tesisenxarxa.net/TESIS_UB/AVAILABLE/TDX-0220102-103830/TOL42.pdf
- Kaerst, Jullius. (1929). "Scipio Aemilianus, die Stoa und der Prinzipat". Neue Jahrbucher fur Wiss. Und Jugendbild. Pp: 653-675.
- Khatchikian, Miguel. (2000). *Historia del Turismo*. Lima: Editorial de la Universidad San Martín de Porres.
- Korstanje, Maximiliano
 - (2007). "Aportes de los viajes a las Ciencias Sociales". Material en proceso de publicación en Gestión Turística. Diciembre. Universidad Austral de Chile.
 - (2008a). "Notas Fundamentales sobre Estudios de Ocio Antiguo". Revista Turydes: revista de investigación en turismo y desarrollo local. Volumen 1. Número 2. Pp:1-7.
 - (2008b). "La Influencia de la Filosofía Epicurea en el Otium Latino". Revista A parte Rei. Número 57. Universitat Ramon Llull, España. Material Disponible en www.ethos.url.edu/articles.
 - (2009). "Interpretando el Génesis del Descanso: una aproximación a los mitos y rituales del turismo". *Pasos*. Vol. 7 (1): 99-113. Disponible en <http://www.pasosonline.org/Paginas/Publi7-1.htm>.
- Martínez Pinna, Jorge. (2002). "Conclusión a la etnogénesis Latina. Revista de Filología Románica". La Prehistoria Mítica de Roma. Gerión Anejo VI: 169-179.
- Malinowski, Bronislaw. (1993). *Magia, Ciencia y Religión*. Buenos Aires: Ediciones Planeta Agostini.
- Mauss, Marcel. (1979). *Ensayo sobre los dones: motivo y formas del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Editorial Técnos
- Mehesz, Kornel Zoltan.
 - (1967). *El Pretor y la Jurisprudencia Pretoriana*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Córdoba.
 - (2003). *Roma Corrupta, Roma Perversa*. México: Ediciones Plaza.
- Meunier, Mario. (2006). *Mitología Nórdica*. Buenos Aires: Libros de la Esfinge.
- Montero, Santiago. (1995). "Adivinación y Esclavitud en Roma antigua". *Ilú: revista de Ciencias y Religiones*, 0. Universidad Complutense de Madrid. Material disponible en <http://revistas.ucm.es/ccr/11354712/articulos/ILUR9595110141A.PDF>.
- Montesquieu, Charles. (2004). *Del Espíritu de las Leyes*. Buenos Aires: Ediciones Libertador

- Munné, Frederic. (1999). *Psicosociología del Tiempo Libre*. México: Editorial Trillas.
- Nieto Sánchez, José. (2006). *Historia de Roma*. Madrid: Editorial Libsa.
- Norrild, Juana. (2005). “Turismo. Entre el ocio y el neg-ocio: identidad cultural y desarrollo económico en América Latina y MERCOSUR”. *Estudios y Perspectivas en Turismo*. Volumen 14. número 4. Pp.: 369-372
- Norval, A. J (1935). *La Industria Turística*. Traducción y presentación de Francisco Muñoz de Escalona (2007). Disponible en www.eumed.net/cursecon/libreria. Universidad de Málaga, España.
- Lévi-Strauss, Claude. (2003). *El Pensamiento Salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lomnitz, Adler de Larissa. (1989). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Editores Siglo XXI.
- Ovidio. (s/f) *Metamorfosis*. Material disponible en www.sepeap.es/libros/literatura.
- Pagden, Anthony. (1997). *Señores del todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra, y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Buenos Aires: Editorial Península.
- Paoli, Ugo Enrico (2007). *La vida cotidiana en la Antigua Roma*. Buenos Aires: Terramar Ediciones.
- Parker, Stanley. (1971). *The Future of work and leisure*. Londres: Editorial Mac Gibbon & Kee.
- Plutarco (2007). *Vidas Paralelas. Volumen IV. Alejandro y César; Agesilao y Pompeyo; Sertorio y Eumenes*. Madrid: Editorial Gredos.
- Polakovic, Esteban. (1978). *La formación del Ser nacional*. Buenos Aires: Lumen Ediciones.
- Ramos y Loscertales, José María. (1948). “Hospicio y clientela en la España Céltica”. *Revista Emerita* 10. Pp. 308-337
- Robert, Jean-Noel. (1992). *Los Placeres en Roma*. Madrid: Editorial Edaf.
- Rostovtzeff, M (1962). *Historia Social y Económica del Imperio Romano*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Ruiz Doménec, José Enrique. (2004). *El Mediterráneo: historia y cultura*. Barcelona: Editorial Península.

- Sahlins, Marshall.
 - (1972). *Stone Age Economics*. Londres: Routledge.
 - (1988). *Islas de Historia: la muerte del Capitán Cook, metáfora, antropología e historia*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Segovia, Carlos. (2007). “El mismo y el otro. La evolución asimétrica de algunos lexemas propios de las lenguas semíticas e indoeuropeas y su incidencia en la revelación bíblica y coránica”. *Revista Límite*. Volumen 2. Número 5. Pp: 21-37
- Séneca, Lucio Anneo.
 - (1984). *Cartas Morales a Lucillio*. Tomos I y II. Buenos Aires: Ediciones Orbis.
 - (2007). *Diálogos I*. Buenos Aires: Editorial Losada. Edición bilingüe (Latín / Español).
- Suetonio, Cayo. (1985). *Los Doce Césares*. Madrid: Editorial Sarpe.
- Solá, María Delía. (2004). *Mitología Romana*. Buenos Aires: Editorial Gradifico.
- Tácito, Cornelio.
 - (1952). *De las costumbres, sitio y pueblos de la Germania*. Trad. C. Coloma. *Obras Completas*. Buenos Aires: Colección Clásicos Inolvidables.
 - (1993). *Anales*. Madrid: Editorial Alianza.
 - (2002). *Agrícola – Germania: dialogo sobre los oradores*. Madrid: Editorial Gredos.
- Tito Livio (1990/1997). *Historia de Roma desde su fundación*. Madrid: Editorial Gredos.
- Torrecarav, Paola. (2003). “La Influencia del modelo de Alejandro Magno en la tradición escipiónica”. *Gerión*. Vol. 21 (1): 137-167.
- Torrè Martín-Romo, Rodrigo de la. (1985). “Tradición de algunos juegos de fichas en los signos lapidarios”. *Revista de Folklore*. Tomo 05^a. Número 49. Fundación Joaquín Díaz. Disponible en <http://www.funjdiaz.net/folklore>.
- Veblen, Thorstein. (1974). *La Clase Ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Veyne, Paul. (1985). *Histoire de la Vie Privée*. París: Editions Du Seuil.
- Virgilio. (1982). *La Eneida*. Buenos Aires, Ediciones Hyspamerica.
- Weiner, Annette. (1992). *Inalienable possessions: the paradox of keeping-while-giving*. Berkeley: University of California Press.

- Westmoreland, Mark. (2008). "Interruptions: Derrida and Hospitality". *Kritike: journal of Philosophy*. June. Vol. 2 (1): 1-10.
- Wilkinson, Roy. (2007). *Mitología nórdica y su significado*. Buenos Aires: Editorial Antropomórfica.
- Wolf, Eric. (1993). *Europa y la gente sin historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zanker, Paul. (1992). *Augusto y el poder de las imágenes*. Madrid: Editorial Alianza.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todos los que hicieron posibles la redacción de este libro entre ellos a mi familia, mi mujer M. Rosa Troncoso, mis hijos Benjamín y Olivia y a Dios quien me ha dado la posibilidad de ser padre por vez segunda.